ISABEL FRANC

DOS TAZAS

EL REGRESO DE LA INSPECTORA GARCÍA

13

Una serie de robos a ancianas ricas. Un sospechoso intento de suicidio de una escritora cuyo libro compromete a varias personas. En su reingreso al cuerpo de policía, la inspectora Emma García tendrá que enfrentarse a estos dos casos en paralelo y ambos le crearán problemas morales. Con la ayuda de su siempre fiel compañera, la Mossa d'Esquadra Montse Murals, recorrerá el camino de la resolución pasando por una sucesión de peripecias que removerán su pasado, sus sentimientos y su sentido de la ética. García ha vuelto. Casi 25 años después de la publicación de la novela lésbica más leída en español (Con pedigree), Isabel Franc vuelve con una desternillante novela protagonizada por su personaje más icónico, la inspectora García.

Isabel Franc

Dos tazas

El regreso de la inspectora García

Título original: *Dos tazas*
Isabel Franc, 2020

-

Revisión: 1.0
26/08/2021

Para Laura
por la compañía, la complicidad, los cuidados…
sí, sí, pero sobre todo por la paciencia.

Tras el caso del Raval, la inspectora García fue readmitida en el cuerpo.

—No es una readmisión —aclaró la subcomisaria cuando oyó que alguien pronunciaba esa palabra—. Fue suspendida de empleo y sueldo por un tiempo. Ahora ya ha cumplido, por eso se reincorpora.

—Pues han pasado unos añitos —murmuró por lo bajinis la agente Murals.

Readmisión o reincorporación, era en cualquier caso bien merecida. Ella solita, desde su modesto despacho de detectives, que apenas le daba para pagar el alquiler, había desenmascarado a una banda de proxenetas que explotaba niñas extranjeras. El caso EXoTiKa copó durante semanas la prensa de todo el Estado. Y alguna pluma malintencionada había cuestionado al cuerpo de policía por haber desterrado de sus filas a una inspectora tan eficiente (a pesar de ser madrileña). Cierto que su actuación en el caso de la asesina del lazo rosa había sido controvertida. Pero ¿dejó, realmente, escapar a la asesina? Tampoco quedó claro. La cuestión fue que no la encontraron y que a García le había tocado hacer de cabeza de turca, de chiva expiatoria… eso lo sabían desde las agentes rasas hasta la cúpula de la DGS.

La subcomisaria dio a la prensa las explicaciones pertinentes, no exentas de palabrería con cierta demagogia, y García volvió con todos los honores a su vieja comisaría.

El día de su reincorporación, las *mosses* de turno le montaron un recibimiento por todo lo alto, con cava y pastel de merengue que era su favorito.

—Esto ha sido cosa suya, ¿eh, Murals? —exclamó con los ojos

empañados cuando trajeron la tarta blanca que parecía más propia de una boda que de un reencuentro.

Murals hizo un gesto como para quitarle importancia, pero se la veía orgullosa y emocionada. Sí, ya la tenían de nuevo allí, donde le correspondía. Durante los últimos años, la agente la había ayudado en su agencia de detectives, le había hecho de confidente, para ser exactas; y, más o menos, juntas habían resuelto algún caso sin demasiada importancia. El del Raval fue el espaldarazo, la confirmación de que el nombre de la exinspectora debía estar entre las más grandes. Regresó a su puesto, decíamos, con todos los honores y la inquina de la subcomisaria, que siempre le había tenido cierta envidia.

Acabado el piscolabis de recibimiento, en el que la subcomisaria no participó excepto para hincarle el diente a los cruasanes de chocolate minis (que la volvían loca), la agente Murals le presentó a García el caso que andaban investigando. Entró en el despacho de la inspectora en el momento en que esta se acababa de sentar en su viejo sillón y contemplaba con nostalgia los años pasados entre aquellas paredes. Nunca pensé que volvería, rumiaba justo en el momento en que sonaron un par de golpecitos en la puerta anunciando la llegada de la agente, que entró sin esperar respuesta y con una carpeta rellena de documentación. La dejó caer sobre la mesa de su superiora y rebotó ligeramente al son de un mórbido golpe.

—¡Está de buen ver! —exclamó García tratando de disimular la debilidad emocional que acababa de asaltarla—. ¿Qué tenemos?

—Un robo. Por lo que parece, entraron en casa de una abuela rica y la desplumaron. Todo muy limpio, sin violencia, sin ruidos, sin desorden…

—Alguien conocido, fijo —sentenció—, algún familiar o la persona que la cuidaba. Parece un caso típico.

—Sí, yo también lo he pensado. Lo que me mosquea es que hace unos meses tuvimos un asunto muy similar y todavía no está resuelto.

La que se mosqueó entonces fue la inspectora.

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, una anciana forrada de pasta que se despierta un día con la casa pelada y su asistenta desaparecida. En este caso, como en el anterior, la persona que la cuidaba se despidió unos días antes. Me da en la nariz que no es casualidad, diría que aquí nos vamos a topar con lo mismo. Y mucho me temo que detrás encontraremos a la misma persona.

García sintió un ligero sudor frío.

—¡No me joda! No me creo que pueda acabar mis días aquí con una *psicokiller* y empezarlos, de nuevo, con una *psicothief*.

Por unos instantes, Murals se quedó algo confundida, pero de inmediato estalló en una carcajada.

—¡Qué bueno, jefa! Esta me la apunto. —Y volvió a reír a pierna suelta—. Caray, tú… desde que domina idiomas… —hipaba entre risotadas.

Aun queriendo parecer seria y darle cierta trascendencia a la *reentré*, a García también se le escapaba la risa por debajo de la nariz.

—¡Dominar idiomas! Eso es mucho decir; cuatro nociones de espanglish y va que chuta.

—No se haga la modesta. Y el catalán qué, ¿eh?

La inspectora ladeó ligeramente la cabeza como dándole la razón.

—No sabe lo contenta que me *hace* oírla hablarlo —continuó la agente—. ¡Y se desenvuelve bien, puñetera! —le dio un golpecito en el hombro con el puño cerrado—… con acento de la Terra Alta.

Y ahí sí, se troncharon al unísono.

Qué buen humor, qué buen rollito el primer día de trabajo, pensó García sin que la conciencia le advirtiera que no hay buen rollo que cien años dure.

—Bueno, jefa, échele un vistazo al expediente y ya me dirá. Si le parece, sobre la una y media podríamos ir al domicilio de la anciana.

—¿Después del carajillo? —preguntó García con cierta malicia.

—¡¡Qué dice!! No, mujer, después del cortadito —respondió Murals con picardía.

Antes de cerrar la puerta, volvió a mirar a la inspectora con los ojos aún brillantes de lágrimas risueñas y repitió:

—*¡Psicothief!*

Las carcajadas de la agente Murals se perdieron tras la puerta.

3.30 h.

La inspectora García duerme un sueño plácido y angelical.

La doctora Marta Dylan trampea como puede uno de esos, ya habituales, desbordantes turnos de Urgencias. Se ha echado en la cama reservada al personal con intención de descansar un par de horas. La situación parece controlada. Su compañera, que se ha incorporado hace menos tiempo, la ha animado a acostarse un rato mientras ella se hace cargo del grupo de pacientes. Es un acuerdo que hay entre el personal de urgencias; ni en guardias de 24 horas como esta se les permite reponer fuerzas.

Apenas acaba de tumbarse y apenas ha podido cerrar los ojos y poner la mente en blanco, relajarse, sin forzar el sueño, solo descansar, solo descansar… repite como un mantra hasta que el tono muscular disminuye y se adormece y adiós estado de vigilia. Y, justo en ese momento, llega una paciente que pone a todo el servicio en alerta.

—Tenemos un coma.

Elisabeth Gálvez, la enfermera con quien mantiene una relación de amistad que sobrepasa los muros blancos del hospital, ha entrado a saco. Marta Dylan sabe que si Lis la llama a esa hora, con esa contundencia, el asunto es de veras urgente.

Se levanta como si tuviera un resorte. No tarda ni dos minutos en estar delante de la camilla en la que yace una mujer con un aspecto nada esperanzador. Por el pasillo, Lis la ha ido informando:

—Ha tenido espasmos y vómitos. En la ambulancia todavía convulsionaba. Después ha entrado en bradicardia sinusal, le han puesto cinco miligramos de Diazepam intramuscular.

—¿Ritmo cardíaco?

—Está a cincuenta.

—¿Se sabe si ha tomado algo?

—Las del SEM me han dado esto, lo han encontrado en la mesilla de noche —saca del bolsillo de la bata una caja de Plenur de 400 mg, un antidepresivo compuesto de litio; se lo entrega—. Parece bastante claro que se trata de un intento de suicidio.

La caja está vacía. Al llegar al box, le están tomando las constantes. Dylan pide que la monitoricen, que le midan el azúcar y que le hagan una analítica con vía y un electro. Le mira las pupilas, pero no se detiene a verle la cara, no le preocupa si es joven o anciana, si viene de fuera o de dentro, si es rica o si es pobre; lo único que le importa es sacarla de aquel pozo en el que ha caído, tanto si la han lanzado como si se ha tirado ella solita.

—Necesitamos saber los niveles de litio en sangre. Ponle suero fisiológico, 500 ml en carga. Y control de diuresis —habla con rotundidad—. ¿Cuánto hace que se lo ha tomado?

En medio del trajín, le suena el busca. No hace caso. Parece que ni siquiera lo ha oído.

—¿Lo cojo yo? —pregunta Lis.

Asiente con un cabeceo casi indiferente, como si le importara un comino lo que pueda estar pasando o como si estuviera convencida de que, sea lo que sea, no va a resultar más urgente.

—Llaman de la quinta, que si puedes subir. La de la 502 se está ahogando.

—¿Es la abuela de 97 años que tenemos en formol?

A Lis se le escapa una risa.

—La misma.

—Entonces, mejor que llamen a un sacerdote. Diles que le suban el oxígeno. Iré en cuanto pueda.

Y continúa con el protocolo.

—Le hacéis control de diuresis y de Glasgow. Hay que esperar a que estén los resultados y ver cómo evoluciona. ¿Tiene acompañantes?

—No. La ha encontrado una vecina por pura casualidad. Por lo visto, volvía de una cena y ha oído llorar a la perra; como al llamar

no ha respondido y ella tiene llave, ha decidido entrar. Pero no ha podido venir, se ve que tiene una hija pequeña.

—¿Y con quién la ha dejado mientras cenaba? —por primera vez, alza la mirada.

Lis la frena con una regañina afectuosa.

—Anda que lo que te preocupa a ti, también… Pues con una cangura.

—¿Y la perra, con quién está ahora?

—Supongo que con ella. Marta, no tengo ni idea.

Dylan vuelve a la paciente.

—Sí claro. —Manipula, observa, se lleva un dedo a la frente—. ¡Ah, sí! —acaba de recordar lo que quería decirle—. ¿Dónde la han encontrado? ¿Estaba en el suelo? Si se ha dado un golpe en la cabeza habrá que hacer también un TAC y…

Lis ataja:

—No, no. Estaba en la cama.

—Vale. Hacedle analítica de orina con determinación de tóxicos para descartar que no haya tomado algo más.

—Ahora mismo.

Y, entonces, sí, la mira. Justo un instante, antes de salir. De mediana edad, pelo canoso pero cuidado, labios finos. Algo de ella le conmueve. Se resiste, no le gusta que sus pacientes la enternezcan. Pero algo le estremece y no sabe qué es exactamente. Una sensación indefinible. ¿Atracción? ¿Compasión? ¿Ternura? No puede precisar y eso le incomoda más todavía. Además, su cara le resulta familiar. ¿Dónde la ha visto?

—Marta, tienes a la de la 502 esperando.

Suelta un bufido y abandona el box.

—Me avisáis en cuanto lleguen los resultados de la analítica y si veis que se inestabiliza, me llamáis enseguida —recita camino del ascensor—. Queda claro, ¿no?

En la 502, la abuela jadea aspirando bocanadas de aire irregulares y dilatadas, como el pez que lleva demasiado tiempo fuera del agua. La doctora Dylan la ausculta, nota que el corazón le falla y anuncia a la familia que ya no se puede hacer nada más.

Suspiros, murmullos, lágrimas de cocodrilo. Cada una de las tres acompañantes reacciona a su manera. La hija baja la cabeza, saca un tisú y se lo pone delante de la boca y la nariz; no queda claro si para un llanto que no aflora o un alivio que hay que disimular. La nuera suspira con desahogo y sin contemplaciones. El hijo lanza un hipido descontrolado, se congestiona todo él y escupe:

—¡Si no hubiesen tardado tanto…!

La doctora le dedica una mirada neutra, de lo más profesional; una de esas miradas que esconden la impotencia, el cansancio, la mala hostia que se le ha ido acumulando en las más de 20 horas que lleva de guardia.

—No había nada que hacer ni antes ni ahora —dice con la misma neutralidad—, ya les dije que estaba muy justita. En este momento, lo más importante es procurarle el máximo confort posible, quitarle la sensación de ahogo. Para ello, lo que corresponde es administrarle cloruro mórfico, Lo haríamos en dosis pequeñas para no provocar un paro respiratorio. Aun así, podría pasar, mi obligación es advertirles de ello. Ustedes deciden. —Hace una pausa, no hay respuesta, concluye—. Lo que queremos es que no sufra.

Diez minutos más tarde, mientras cose una ceja abierta por lo que en el argot de urgencias llaman un golpe etílico contra una farola, le comunican la muerte de la anciana.

Las siete cuarenta y cinco. Última ronda. Le quedan varios informes por redactar antes de irse.

Teclea a toda velocidad. No ha bebido agua, piensa. No ha ido al lavabo, piensa. Le quema la lengua, le oprime la vejiga. ¿Puede pasar algo más?

Sí.

—Borges quiere verte para una sesión clínica.

Lis no se inquieta cuando ve que ella sigue tecleando sin inmutarse. Pero que el jefe de urgencias quiera verla antes de que se vaya no indica nada bueno.

—Me temo lo peor.

—Yo también.

Está exhausta, cabreada, hambrienta. Los nervios a punto de estallar. Le gustaría lanzar por la ventana el ordenador, el pijama, los zuecos, el fonendo y a Borges y, después de hacerles un sonado corte de mangas, irse al puerto a tomar el primer barco, que la llevara adonde la llevara, pero bien lejos.

Frente a ella, la pantalla parece mofarse. Será mejor que te quites de encima el informe de la anciana, parece decirle. Es el más sencillito, el más claro, y como Borges va a pedirte explicaciones… Porque está claro que la sesión clínica es la pataleta del hijo que necesita volcar todas sus frustraciones en la muerte de su matusalénica madre. Probablemente, ni siente la pérdida ni pasará un duelo ni le importa un pito cómo se haya ido. Probablemente, el traspaso de su madre le aportará más beneficios que otra cosa, pero ¿y todo lo demás? Todo lo que le agobia en su acomodada vida de burgués fracasado, toda la mezquindad que le envuelve, ¿no merece ser desahogado con la más cercana víctima propiciatoria?

Lo apuntas todo bien ordenadito, le dice la pantalla, que quede bien clarito que no había nada que hacer, que has seguido los protocolos, que ese hombre es un histérico…

Pero no le hace caso.

¿Por qué no ha seguido las indicaciones de la pantalla? ¿Por qué en un impulso que ni ella misma entiende ha ido directa a la ficha de la mujer del box?

Y, entonces, al ver su nombre…

Eran las ocho y media, la mañana ya estaba en marcha. La inspectora García cerraba la puerta de su pequeño apartamento en el carrer de l'Amistat y se dirigía hacia la rambla del Poblenou para ir a coger el metro en Llacuna. Las pesquisas del día anterior no habían dado mucho fruto. En efecto, la anciana a la que habían desplumado tenía una chica «muy maja» que la ayudaba, no solo en temas domésticos. También le daba conversación, la paseaba, la entretenía, la hacía reír… Se lo pasaba superbien con ella, había dicho, y que le apenaba tanto o más la desaparición de la chica que la de sus propias pertenencias.

—Al fin y al cabo —se lamentó—, tampoco se llevó mucho, y sin embargo, no tenerla aquí… ¡eso sí que es una pérdida!

—Más o menos, como la otra —había dicho Murals al salir—. Para mí que es la misma persona; ya le dije que me lo olía.

Mientras esperaba el metro y durante todo el trayecto en aquel vagón limpio, no demasiado lleno teniendo en cuenta la hora, García iba repasando la conversación. O sea, una chavala que engatusa a señoras ricas y solas se gana su confianza y luego las deja peladas, recapitulaba.

—Lo que me sorprende es que haya salido de una agencia —le dijo a Murals ya en comisaría—. ¿No cree que nos lo está poniendo demasiado fácil?

—¡Uyyy, espere, espere! Que vamos a sufrir, seguro.

—Siempre tan optimista.

Pero no era por eso por lo que García iba a sufrir en los próximos días. A eso de las diez, recibió una llamada.

—¿Detective Angie?

—¿Eh? No… digo, sí…, es decir…

—Soy la doctora Dylan, ¿se acuerda de mí?

¡Ostras, ostras, ostras! Por supuesto que se acordaba. En realidad, fue gracias a ella como se resolvió el caso ExoTiKa. Recordaba a la perfección sus ojos color verde aceituna, sus piernas largas, el fonendo cayéndole en cascada por los pechos. La recordaba toda y le ponía muy nerviosa tenerla al otro lado del teléfono.

—Es que ya no soy la detective Angie…, quiero decir, sí que lo soy, pero ya no ejerzo, he vuelto al cuerpo de policía.

—Necesito hablar con usted. ¿No podría concederme una entrevista?

Percibió cierto tono de súplica en su voz. Titubeó antes de responder, pero al final accedió.

—De acuerdo. ¿Le parece que nos veamos para comer? A eso de las dos me iría bien, es que tengo el día un poco liado.

Para la doctora Dylan era el momento ideal: acababa de salir de una guardia de 24 horas, se pasaría la jornada durmiendo, recuperando fuerzas y, si tenía tiempo, recopilando información. De hecho, eso fue lo que más hizo. El desasosiego solo la dejó dormir un par de horas de un sueño profundo e imprescindible del que se despertó con la sensación de haberse peleado con el colchón. No recordaba nada en concreto, pero sabía que había tenido pesadillas. Fue hasta la cocina seguida por su elocuente gata, que allí donde iba profería expresivos maullidos explicando su situación vital.

—¿Y ahora qué quieres? —le preguntó al tiempo que introducía una cápsula en la cafetera automática, modelo sostenible y con cartuchos reciclables; al menos eso decía el anuncio cuando la compró.

La tomó en brazos y le hizo carantoñas mientras, de fondo, el zumbido de la máquina ponía la banda sonora. Al finalizar, lanzó al suelo a la gata, echó un chorrito de leche de avena al café y, con la taza en la mano, fue hasta la estantería, cogió un libro y se quedó mirando el nombre de la autora: Iris Ferrán, el mismo que había escrito en el informe que redactó a primera hora de la mañana.

Murals notó que la llamada, de alguna manera, había turbado a la inspectora. Estaban a punto de ir a almorzar. García se había parado unos minutos ante la puerta de su despacho para responder al teléfono y la agente se había quedado plantada junto a ella, escuchando toda la conversación. Cuando colgó, le hizo un gesto interrogativo con el hombro, sin mediar palabra, y la inspectora García le respondió como una corderilla desamparada:

—Era la doctora Dylan.

—¿La que atendió de urgencias a la chiquilla del caso ExoTiKa?

García respondió afirmativamente y empezó a caminar hacia el pasillo.

—Dice que quiere verme.

—¡Ay, ay, ay! —canturreó Murals socarrona—. ¡Ay, que le querrá tirar los tejos!

—No, Murals, ha preguntado por la detective Angie.

—Bueno, es como la conoce.

—Ya, pero si hubiera querido quedar conmigo por un tema personal me habría llamado por el nombre. ¿O no?

—¿Acaso lo sabe? —dijo Murals con decisión—. ¿Verdad que no? —García esbozó una tímida negativa con la cabeza—. No sea boba, la habría llamado Angie igualmente.

Estaban ya ante la puerta del ascensor que las iba a bajar hasta el *hall* Justo entrando, Murals apretó el botón de la planta baja.

—No me diga que en su momento no tuvieron *feeling* —insistía.

García miró la pantalla del móvil antes de guardarlo en el bolsillo interior de la gabardina. Todavía lo llevaba en la mano.

—Sí, pero quedó en nada.

Un «*cling*» electrónico anunció que habían tocado tierra. La

puerta se abrió y Murals le hizo un gesto para cederle el paso.

—En nada, en nada no será, visto que vuelve a llamarla.

Al cruzar la puerta de salida a la calle, García ya empezaba a estar harta de las ironías de su subalterna. Se la quedó mirando con aquella expresión de «no me toque las narices» y le soltó:

—¿Sabe qué, Murals?

La otra se quedó tiesa, mirándola también y esperando recibir una de las típicas broncas de su jefa cuando llegaba a su límite de tolerancia. Las recordaba bien. Encogió la frente y entornó los ojos como si eso pudiera amortiguar el golpe y se quedó de una pieza al oír:

—Tómese un carajillo, en serio, no hace falta que se esconda. Y cuando volvamos al trabajo, nos miramos el expediente de la saqueadora de ancianas. ¿Le parece?

Murals profirió un suspiro de relajación y pensó: Se está haciendo mayor.

Antes de salir de casa, la doctora Dylan llamó al hospital. Quería saber cómo evolucionaba Iris Ferrán. Todo seguía igual, le dijeron, y ella insistió en que la informaran si se producía cualquier cambio.

Tanto interés por una paciente no era habitual. Lo notó y se sintió intranquila. Una comezón interna, como la que deben sentir las delincuentes, la obligó a justificarse.

—Es que la conozco —argumentó—. Bueno, no directamente, pero tenemos conocidas en común y están preocupadas.

La médica de turno no puso pegas.

Lo que dijo no era del todo cierto ni del todo mentira. Iris Ferrán no era una escritora famosa, pero sí bastante conocida en los círculos de mujeres. Se declaraba abiertamente feminista y lesbiana, y frecuentaba lugares y gente con los que la doctora tenía relación. Lugares, hay que aclarar, por los que Dylan se dejaba caer y gente con la que se relacionaba cuando su profesión se lo permitía, es decir, bien poco. ¡Esas guardias salvajes…! Después de 24 horas en urgencias, ¿se pude hacer algo más que dormir y reparar el cuerpo para la próxima?

Pero había una amiga, una amiga cercana que conocía bien a Iris Ferrán. Se llamaba Dora. Dora Rigol. Todavía no había podido contactar con ella, ya que estaba en África de viaje. Con toda seguridad, ni siquiera sabía que Iris yacía en coma en una camilla de urgencias. No valía la pena decirle nada por teléfono. Además, primero quería saber qué opinaba la… ¿la detective? ¿Angie? Bueno, en aquel preciso momento, no tenía ni idea de cómo se llamaba. Solo tenía claro que era la única persona a la que podía recurrir.

—Emma, me llamo Emma García —le dijo con una cierta timidez mal disimulada—. Soy inspectora de policía. He estado un

tiempo fuera del cuerpo, por… bueno, por motivos que no vienen al caso. Monté la Agencia de Detectives E&G para sobrevivir. El trabajo no era como para tirar cohetes, pero al menos me ayudaba a pagar el alquiler.

Estaban sentadas en un chiringuito de la playa del Bogatell. No en los del paseo sino en uno de esos que se asientan en la arena. Se vivía un otoño muy suave, tanto que a mediodía se podía ir tranquilamente en manga corta.

—Aquí no hacen menú —dijo la inspectora como disculpándose —, pero tienen tapas y platitos muy ricos. Y hay mucha oferta vegetariana.

Marta Dylan sonrió. Aquel atolondramiento adolescente que asaltaba a la inspectora en las distancias cortas la enternecía; estaba tan en contradicción con su profesión…

—Además —acabó García de redondear los argumentos en favor del chiringuito—, aquí, al lado del mar… Es un lujo, ¿verdad?

Sí, sí lo era. Y la comida estaba buena. García, para no importunar a la doctora, se apuntó a la opción vegana. Compartieron un plato de hummus, un guacamole y una ensalada variada con rúcula y frutos secos, elementos nada habituales en la dieta de la inspectora.

—¡Mmmm! *Ta* bueno este hummus —reconoció untando en él un trozo de pita y disfrazando el deseo interno de zamparse una buena hamburguesa.

El vino también era de calidad, la temperatura ideal, el mar en calma… Por un momento, la doctora Dylan sintió que aquella era una escena llena de magia y que sería una lástima romperla exponiendo el verdadero motivo por el que había llamado a su *partenaire*, en calidad de detective. Suspiró con intención de disipar aquellos pensamientos y, ya con el café y un cigarrillo entre los dedos, quiso lanzarse a la explicación, pero García retrasó todavía unos minutos el discurso.

—¡No me jodas! ¿Tú fumas?

Dylan estaba bastante harta del ¿tú fumas si eres médica?, que tan a menudo tenía que encajar. Su respuesta solía ser algo referido a

que además de médica era humana, pero en aquella ocasión, tal vez animada por las dos copitas de verdejo que llevaba encima, adoptó un aire de Mata Hari.

—El índice más alto de fumadoras se da entre el personal sanitario. ¿No lo sabías, inspectora? —se llevó el cigarrillo a los labios y lo encendió mirándola directamente a los ojos, como Lauren Bacall.

García carraspeó. Dylan tuvo que reprimir una sonrisa triunfal que clamaba por aflorar y fue directa al grano.

—Ayer ingresamos a una paciente en estado de coma. Parece un intento de suicidio, pero yo lo dudo. Es escritora. Me gusta lo que hace, he ido a escucharla en alguna ocasión y conozco a gente muy cercana a ella. Hace bien poco… una semana como mucho, me prestaron un libro suyo; por lo visto es el último y te aseguro que puede crear una buena polémica. Es más, creo que puede poner en entredicho a una persona conocida. —Se detuvo un segundo—. No sé, Emma. —A García le gustó oír su nombre—. No soy aficionada a la narrativa negra y criminal, pero te aseguro que esto… me da muy mala espina. Llámale corazonada, llámale paranoias mías. Estoy segura de que hay algo oscuro detrás de este —hizo el gesto de poner comillas con los dedos que tenía libres del cigarrillo— accidente.

—¿Y qué quieres que haga yo? No tienes ninguna prueba, ningún argumento, no hay denuncia hecha. Como policía no puedo abrir un expediente.

—¿Y como detective?

—¡Ostras! —la pilló por sorpresa—. Es que no me dedico a esto yo, ya. Además ahora, como policía en activo, no puedo ejercer ninguna otra actividad profesional, y mucho menos de detective. La Ley de Seguridad Privada lo deja bien claro: podríamos beneficiarnos de nuestra situación, de contactos, de ayudas o informaciones que corresponden a la policía. Lo siento, de veras, pero no puedo ayudarte.

—Puede que no como policía ni como detective, pero… ¿y como amiga?

García empezó a sudar.

—Emma —le suplicó la doctora—, no tengo a nadie a quien acudir, hay una mujer a punto de morir. No sé si podremos recuperarla. Y si no sale adelante…

García sintió que la mirada verde de la doctora la atravesaba hasta el hipotálamo. Le habría gustado ofrecerle su mano, su ayuda incondicional, pero no podía jugársela de nuevo.

—¡Es que me cae un puro…! —rezongó con voz trémula y frotándose la frente.

La doctora Dylan echó mano al bolso. Un saco de grandes dimensiones lleno de objetos innecesarios que lo cargaban inútilmente. Extrajo un libro y se lo entregó.

—Toma. Léelo. Échale un vistazo, al menos. Eso no te compromete a nada. ¿No?

García resoplaba.

—Pues hazme ese favor —insistía Dylan.

García tragaba saliva sin atreverse a cogerlo.

—Por favor —repitió.

En el momento de alargar la mano, sintió como si una guillotina se estuviera alzando sobre su cabeza.

A eso de las cuatro, propuso a Murals ir a tomar café.

—Pero vamos fuera, que el de la máquina de aquí me provoca arcadas. —Y añadió—: *Som-hi!*

Una expresión catalana de cierto nivel, con *pronom feble* incluido. La agente, poniéndose la chaqueta, hizo un gesto de orgullo; ¡caray, cómo mejoraba su jefa en la lengua de Rodoreda!

Ya en la calle, en lugar de ir hacia el Café di Roma que tenían en frente de la comisaría, la inspectora tomó la vía directa hacia el fránkfurt de la esquina.

—Aquí no hacen el mejor café del barrio, que digamos —protestó Murals.

—Pero sí las mejores hamburguesas.

—¿Ahora se jalará una hamburguesa? ¿Que no ha comido con la doctora Dylan?

—Sí, he comido con ella, pero qué quiere que le diga, me apetece picar algo. Como para redondear el ágape, ¿sabe? —dijo quitándole importancia.

Subió al taburete de la barra, agarró la carta que relucía sobre el mostrador en vertical y con reguerillos de grasa y, señalando una de las fotos, le dijo a la encargada:

—Ponme una doble con cebolla y kétchup. Y una cerveza sin alcohol.

La camarera hizo un gesto de asentimiento y se quedó mirando a la *mossa d'esquadra*.

—Yo, un cortado descafeinado —pidió después de hacer una respiración profunda.

—¿Sin nada? —preguntó la camarera.

—Pues, sí, mira, ponle una madalena al lado, que, por lo visto,

hoy toca alimentarse.

Pasaron el resto de la tarde trabajando en «el caso de las abuelas saqueadas», como se le ocurrió a Murals calificarlo después de que García se negara en rotundo a llamarlo «el caso de la *psicothief*».

—Pues, *ínter nos* y para entendernos, sería el nombre adecuado —García rezongó y la agente siguió—. La cuestión es que tenemos a una chica que desvalija ancianitas indefensas y que me juego el cuello a que está preparando su próxima acción.

—¡Indefensas, indefensas! —canturreó la inspectora—. No les ha hecho ningún daño y…

—*Collons*, jefa, que las ha *dejao* peladas —cortó la agente.

Y, al quedársela mirando, pensó que algo no acababa de ir bien. Primero la hamburguesa y ahora aquella rejodida flaqueza que tantos y tan graves problemas le había comportado en el pasado.

—No empiece a defenderla, que ya sabemos qué pasa cuando se enternece con las delincuentes.

Al oír la advertencia, García se dio cuenta de que se había ido al limbo por un instante y reaccionó. Alzó la mirada, sacudió la cabeza como para quitarse de ella el hechizo y se centró en el tema.

—Sí, sí, tiene razón. Miramos a ver cómo podemos… cómo podemos frenar la próxima acción. Vale.

—Venga —se animó Murals—. Tenemos como nexo común una señora que se despierta por la mañana y le han «limpiado» la casa. Fíjese en que en ambos casos el robo tuvo lugar poco después de que su cuidadora se despidiera. Por eso se me ocurrió relacionarlos. El relato de los hechos parece sencillo: es persona de confianza, si alguien del barrio la ve entrar en la casa no sospechará y hacerse con una copia de la llave, lo más fácil del mundo. Se despide de la anciana: «Mire, señora, que ya no vendré más». «Oh, qué pena, buscaré a otra», un par de besos, bli-bli, bla-bla y una noche, mientras la anciana duerme, se cuela en la casa y va directa al botín. Sin ruidos, sin llamar la atención… Si la anciana se despierta, la tranquiliza: «Ay, señora, me olvidé… —yo qué sé—, me olvidé mi móvil, he venido a recogerlo, no quería molestarla, etc., etc.».

—Mucha literatura la suya, Murals, pero debo reconocer que

tiene su lógica.

—Hay que buscar por ahí: señora rica que solicita dama de compañía.

Se pusieron a revisar todas las demandas de soporte asistencial, tanto privado como público, y los perfiles de las señoras adineradas susceptibles de ser la siguiente víctima. Les conmovió ver la cantidad de ancianas, con la vida resuelta económicamente, que se encontraban más solas que una seta. Tuvieron que acotar la zona de búsqueda a un barrio de la parte alta: Bonanova, Sarrià y Tres Torres para empezar. El paso siguiente era determinar quién había ido a cada casa y hacer un seguimiento de las personas de asistencia enviadas a cada una de las abuelitas.

—¿Y a los abuelos, no los investigamos? —propuso Mimáis—. Que hasta ahora haya desplumado a señoras no quiere decir que los señores estén descartados. ¿No le parece?

—¡Oh, sí, claro! —exclamó la inspectora en tono sardónico—. Y también están las señoras menos ricas pero no descartables, y las que fingen ser ricas pero no tienen un euro, y las de comarcas… ¿Qué quiere que le diga? Vamos paso a paso, ¿no?

—¡Vale, vale!

Al atardecer, después de una jornada intensa, García entraba en su apartamento del carrer de l'Amistat.

Encendió el televisor nada más llegar para ir escuchando mientras se ponía cómoda. En el Telenotícies hablaban de una consulta soberanista, luego sobre una trifulca entre la Unión de Entidades LGBTI y la Conselleria d'Acció Social, luego mucho fútbol y, por fin, la predicción meteorológica. Anunciaban lluvias y, como una amenaza, la llegada abrupta y prematura del invierno. Echó una ojeada al calefactor que dormitaba en un rincón del minúsculo salón. Ya en zapatillas y ropa de estar por casa, se estiró en el sofá, disparó el mando a distancia para apagar el televisor y abrió el libro.

No le toca guardia, pero vuelve a estar ahí. Le ha cambiado el turno a una colega. Quiere estar cerca de Iris Ferrán.

Va a verla en cuanto llega, antes de empezar la ronda. Sube a planta, deja sus cosas en la taquilla, se pone el pijama. Ha llegado con margen suficiente.

—¡Qué puntual! —oye.

—El autobús vino rápido —justifica.

La UCI es amplia, silenciosa, con una banda sonora de clics, pitidos, ritmos mecánicos y alarmas. Durante el día, se ilumina con luz natural. Ahora está en penumbra. Iris continúa estable, dormida, hasta con una expresión plácida.

Solo por deformación profesional se le escapa la mirada hacia el monitor, pero a quien quiere mirar es a ella. La observa y se debate entre propósitos encontrados. Habría que ponerle, habría que hacerle… intervención profiláctica. Que no le vengan con medicinas alternativas ni con esoterismos, que lo que funciona es la química.

Entonces, ¿por qué esa díscola tentación de ofrecerle afecto, de insuflarle energía, de encender velas, incluso?

En los estadios más profundos del coma, aun si la persona afectada no responde a ningún estímulo, el sentido del oído queda preservado. Eso no lo leyó en una revista de peluquería.

La persona en coma no quiere vivir ni tampoco quiere morir. Pero su espíritu está presente, hay que convencerla para que vuelva. ¡Estupideces!

La madre de una paciente asegura que su hija, en estado vegetativo desde hace año y medio, responde abriendo los ojos y dirigiendo la mirada cuando le pone su música favorita. No la creyeron. Al año siguiente, salía del hospital consciente. ¡Qué más

da dónde lo leyó! Si hubiera, aunque solo fuera una remota posibilidad, un hilo de esperanza… Convendría que alguien le hablara.

—Pues no, nadie ha preguntado por ella.

La administrativa se lo ha dicho a la entrada con su natural sin sustancia.

—¿Y vosotras habéis preguntado a alguien?

—Nuestro trabajo no es asistencial. Si tuviéramos que ir buscando familiares de toda la gente que entra, estaríamos listas.

Lo que estáis es bien tontas, piensa, pero como de costumbre, se lo guarda.

—¿Tenéis su móvil?

—Pues no, no traía nada. Si la encontró una vecina a las tantas de la madrugada y la trajo la ambulancia… a nadie se le ocurrió coger el móvil. Lógico, ¿no?

Ha desistido. Ha subido a la UCI. Ha mirado a Iris, se ha acercado a su oído y le ha susurrado:

—Lo descubriremos. Haremos lo que sea por sacarte de ahí… pero tienes que despertarte.

Portada: un degradado de colores en el que se distingue la silueta nebulosa de dos mujeres.
Título: *La Gran Victoria*
Autora: Iris Ferrán
Año de edición: 2014
Solapa: datos de la autora, sin foto.
Contraportada: sinopsis poco clara con una apunte final: «Un intrincado juego psicológico que nos muestra cómo el rencor y la codicia pueden llevar las relaciones humanas hasta la destrucción. Un *thriller* impecable».

¡Jolín! ¿¡Una novela policíaca!? García se sorprende: pero ¿no dijo la doctora Dylan que había creado o podía crear mucha polémica? Tendría que tratarse de un ensayo, ¿no? Pues no.

Empezó a leer y se enganchó.

Como era viernes y el hospital estaba ubicado en una zona de ocio nocturno, aquella noche las urgencias recibieron toda una serie de visitas habituales del fin de semana. La primera fue una chiquilla vestida —es un decir— con cuatro trapos estratégicamente colocados en las nalgas y el pecho, medias oscuras de rejilla y tacones como para romperse la crisma al más ligero patinazo. Llegó en estado de amodorramiento, flacidez y falta de reacción a los estímulos. Cuando la doctora Dylan le levantó los párpados, vio que los globos oculares viajaban a su aire como la rueda desbocada de una noria. El tufo a *gin-tonic* era detectable aun con la boca cerrada. A pesar de todo ello, el nivel de conciencia era aceptable y no presentaba traumatismos. Lis ya le había tomado las constantes y tampoco manifestaba una hipotensión severa.

—¿Y tú qué haces aquí si no te tocaba?

—Ponle una ampolla de Benerva y que duerma la mona. Le he cambiado el turno a Román. ¿Y tú?

—Me pedí una semana de vacaciones, ¿no te acuerdas? Me toca recuperar horas.

No insistió. Sabía que si Dylan no quería soltar prenda no había nada que hacer.

La noche parecía tranquila. En el box contiguo, había una señora con una arritmia benigna y bastante frecuente.

—FA rápida de debut con ángor hemodinámico —anunció Lis.

—¿Tenemos el perfil clínico? —la doctora miraba los datos de la paciente mientras hablaba y cavilaba al mismo tiempo—. Hay que hacer un tratamiento frenador y administrarle anticoagulantes, no vaya a hacernos una AVC.

En aquel momento, se oyó la llegada consecutiva de dos

ambulancias y un murmullo de chiquillería en la sala de espera. Acababa de entrar un accidente de moto, un abuelo con insuficiencia respiratoria y tres amigas de la chica ebria, una con un corte en la mano provocado, con toda seguridad, por un vaso o una botella rota; la otra con náuseas, vómitos y una ligera ataxia motora; y la tercera, tan borracha como las otras pero más entera, de mera acompañante.

—Tendremos una guardia divertida —exclamó la doctora Dylan sin ocultar su hartazgo.

Un escalofrío repentino sacudió a la inspectora García echada en el sofá sin mantita ni nada y con el calefactor apagado. El libro dio un pequeño brinco en sus manos. ¡Ostras, a ver si pillo un resfriado!, rezongó al tiempo que se levantaba. De fondo se oía la sirena de una ambulancia que, a buen seguro, no tenía nada que ver con el hospital donde trabajaba la doctora Dylan, pero que a García le hizo pensar en ella aún más. Fue hacia el cuarto de baño con el libro en la mano y frotándose el cuerpo con la que le quedaba libre para entrar en calor. Al pasar delante de la habitación, lanzó el libro a la cama sin detenerse y entró en el baño. Hizo un pipí, se lavó los dientes y a continuación puso el calefactor en la habitación, lo programó para que se apagara él solito en un par de horas y, con el pijama de franela, una mañanita por los hombros y un *buff* al cuello, por si acaso, se deslizó entre las sábanas y la nórdica y continuó la lectura tras un sonoro suspiro de gusto.

—Yo las obligaba a pagar la visita —gruñía iracunda la doctora Dylan. Eran casi las dos de la madrugada, tenían la sala de espera llena y no paraban de entrar ambulancias—. No damos abasto y tenemos que estar invirtiendo tiempo y energía con estas niñatas pijas que no saben ni beber.

La de la mano cortada combinaba risitas y lloriqueos con una tontería digna de correccional. La de los vómitos exageraba su estado hasta la tragedia a fin de conseguir un informe médico que enterneciera a sus familiares cuando llegaran para recogerla y la encontraran en tan lamentable estado. La acompañante, retuiteando con su móvil, perdió el oremus y por poco no se rompe la crisma al caer hacia la silla de al lado. Tuvieron que atenderla de un chichón espectacular aunque sin consecuencias. Al salir del box, se cruzó con otra colega que acababa de escupir la ambulancia con un tobillo desencajado en la pista de baile gracias a los diez centímetros de tacón de aguja. El de la moto era también del grupo; se había roto el húmero al empotrarse en un árbol. Iba de maría hasta el culo. Y todavía tenían a otro chico traído de la misma discoteca con un ojo morado a causa de una pelea.

—Yo les hacía pagar la visita, te lo juro. Ya verías cómo se lo pensaban dos veces antes de venir a urgencias.

Tuvo que ir un momento al servicio para ponerse un támpax porque —por si el panorama era poco—, además, le había venido la regla. Por el pasillo iba todavía dando instrucciones.

—Pide una placa para el de la moto y pásame la analítica del abuelo… Y dale un vistazo a la señora de la FA, no le vaya a dar un jamacuco y rematemos la noche.

El ajetreo duró todavía un par de horas más, pero hacia las

cuatro de la madrugada todo se había calmado un poco. La fauna discotequera ya se había ido, excepto el chico de la moto, al que había que operar. El anciano con insuficiencia respiratoria fue derivado al hospital que le correspondía por zona y el resto parecían estar tranquilos.

Antes de retirarse a descansar un rato, la doctora Dylan pasó por la UCI y tomó la mano de Iris Ferrán.

A la misma hora, García afrontaba el último capítulo con los ojos irritados y medio llorosos, y a la que leyó la palabra «fin», cayeron el libro sobre su pecho y ella en los brazos de Morfeo.

Hacia las nueve y media, justo cuando salía del hospital, la doctora Dylan recibió una llamada de la inspectora García.

—¿Podríamos vernos?

Era sábado y García no estaba de servicio. La novela le había dejado un regusto extraño, como si hubiera estado leyendo una historia tan real como aterradora. Pero ¿qué tenía que ver con el intento de suicidio de Iris Ferrán?

—Quedamos a la hora de merendar, si no te importa. He tenido una guardia muy dura y necesitaría dormir un rato largo.

Pues vaya, qué remedio, pensó García, pero ¿dónde se encontrarían? A aquellas horas, las granjas del carrer Petritxol estarían a reventar y no era cuestión de ponerse a hablar en medio del jaleo. Aun con cierto apuro, García se atrevió a pedirle:

—¿Te importa si nos vemos en tu casa? Así podremos hablar con tranquilidad y tú —añadió para reforzar sus argumentos— podrás descansar hasta el último minuto. Si quieres, puedo llevar *coca de forner*. Aquí en la rambla del Poblenou hay una panadería donde la hacen riquísima.

Marta Dylan sonrió por debajo de la nariz y el bufido llegó hasta el oído de Emma García, que se sintió a la vez complacida y avergonzada.

—De acuerdo, yo haré el té.

El piso de la doctora no era muy grande, pero sí tenía unos cuantos metros más que la caja de cerillas en la que vivía la inspectora. Luminoso y céntrico, con un patio interior. Soleado y tranquilo todo él.

—Pareces cansada —dijo García al verla.

—¿Cómo quieres que esté? Hemos tenido una nochecita…

Bueno, qué te voy a decir, como la mayoría de las veces. ¡Estoy más que harta!

Entró en la cocina seguida de la inspectora y fue directa al calentador de agua para llenarlo bajo el grifo. La gata la miraba desde lo alto de la nevera, una de sus atalayas favoritas, y profería maulliditos tenues como pidiendo vete a saber qué. Acostumbrada a sus demandas, Dylan no le hacía el menor caso, y se desplazaba por la cocina con movimientos premiosos, algo descoyuntados. Llevaba unos tejanos y una camisa amplia por encima de una camiseta de cuello redondo. Los pechos le destacaban bajo la tira central desabrochada. García no pudo evitar mirarlos. Por suerte, la doctora no se dio cuenta; continuaba trajinando con el calentador de agua y las tazas, platos, cucharillas y todo lo necesario para poner a punto la merienda.

—¡Mmmm! Sí que está buena esta coca, sí —gozaba la doctora al pegarle un soberano bocado a uno de los trocitos que había cortado en tiras de unos tres centímetros y se fundían en la boca tras el crepitar de la corteza caramelizada—. Crujiente, dulce… está en su punto. —Y encajó otro mordisco con auténtica delectación.

Habían pasado al salón. La doctora estaba en el sofá y García sentada en una poltrona bastante incómoda, mirándola con una etérea fascinación. De repente, veía a la persona más allá de la doctora. Persona de carne y hueso, con las necesidades y miserias de cualquier ser humano. Le cayó una miga de azúcar en la pechera y ella se la sacudió con un manotazo inopinado mientras masticaba y aguantaba con la otra mano el trozo de coca medio mordido. Aún no había tragado la bola triturada y dulce, y ya estaba encajando otro bocado. Hasta que se dio cuenta de que se estaba abandonando demasiado y se disculpó por su exceso de confianza tapándose la boca y soltando una risita avergonzada.

—Perdona, es que es lo primero que como desde esta mañana. Me tomé un cortado y una madalena sin ningún apetito. Cuando salgo de guardia, no me entra nada.

—¡Ah… bu…! Tú a lo tuyo. No pasa nada —titubeó García, igualmente turbada y manteniendo una postura más bien ortopédica

a causa de la poltrona.

Esperó aún un rato antes de lanzarse al tema que la había llevado hasta allí. Hurgó en su gabardina, donde llevaba el libro de Iris Ferrán en uno de los bolsillos exteriores lo suficientemente amplio.

—Me lo he leído —inició, haciendo el gesto de devolvérselo.

—Quédatelo —dijo la doctora, y acercó sus dedos largos y huesudos hacia la mesita centro en la que tenía un paquete de tabaco —, ya me compraré otro.

—No, mujer, en todo caso me lo compro yo.

Dylan se levantó y fue hacia el ventanal que daba a un patio interior, lo medio abrió y se puso a fumar allí, de pie, expeliendo el humo hacia el exterior.

—¿Te ha gustado? —preguntó tras lanzar una bocanada larga y gris.

García tuvo que girarse porque la tenía casi a la espalda, y su columna vertebral se retorció hasta la contorsión.

—Me ha resultado inquietante. La historia que narra… no sé, será ficción, pero da la impresión de que relata hechos muy reales y, si es así, resulta aterradora al tiempo que totalmente verosímil; no se le escapa el más mínimo detalle. Parece del todo cierta. —Hizo una pausa como si estuviera rumiando, y enseguida continuó—. Pero ¿qué relación tiene con el suicidio de Iris Ferrán? ¿Crees que ella es la *prota*? Quiero decir, que ¿el libro es autobiográfico? No paro de darle vueltas y es la única conexión que se me ocurre —hablaba como para sí misma—. Ha vivido esos hechos en la vida real y se siente culpable de lo que hizo. Deja escrita una confesión pública y después —alzó la mirada hacia su interlocutora—… ¿se suicida?

Marta Dylan machacó la colilla, cerró el ventanal y regresó al sofá.

—No.

García la miraba sin atreverse a mover un músculo. La contundencia de la respuesta la había dejado petrificada.

—¿No?

—No.

—No, ¿qué?

—Que no es la protagonista. La historia tiene mucho de autobiográfico, pero ella solo es una observadora que ejerce de cronista. Está hablando de otra persona y mucho me temo que sé quién es. Quiere denunciar unos hechos que han quedado impunes. Hechos que solo conoce un número reducido de personas y que, si nadie los hace públicos, quedarán en el más absoluto silencio. Creo que su libro es un intento de hacer justicia. Hay detrás una cuestión de prestigio, de poner a cada cual en el lugar que le corresponde.

—¿Te refieres a las protagonistas reales?

—Exacto. Estoy segura de que Iris no ha intentado suicidarse, creo que se la han querido quitar de en medio.

García empezó a sentir una especie de desvanecimiento interno que la estaba dejando casi sin aliento.

—Cuando despierte —seguía Dylan—, necesitará ayuda, alguien que esté a su lado, que conozca lo sucedido y que la respalde. Si todo fuera bien tendría que reaccionar, y en pocas horas estar más o menos consciente, pero no veo que esté respondiendo al tratamiento. Y si no sale del coma…

Sus miradas se cruzaban clavándose directamente en los ojos. El verdor melancólico de las pupilas de la doctora se introducía hasta las de García y le daba la sensación de que podrían, incluso, fundirlas. Sintió un hormigueo subiendo por el esternón hasta llegarle al cuello. Cuando pudo por fin respirar, solo fue capaz de exclamar:

—¡Cagüen…, Marta! ¿Y por qué me metes a mí en este embrollo?

El lunes, García volvió al trabajo afectada de una ansiedad tan evidente que Murals respiró un par de veces antes de interesarse por su estado.

—¿Que no se encuentra bien, jefa? —le preguntó, yendo hacia el garaje.

—Tengo *cagarrinas* —respondió ella con notable mala leche—. ¿Qué pasa? ¿No puedo tener el intestino descompuesto yo, o qué?

En lugar de preocuparse, y menos todavía ofenderse, Murals respiró de nuevo, pero en esta ocasión con cierto alivio: ya vuelve a ser ella, pensó mientras disparaba el mando de la llave y se desbloqueaba la puerta del vehículo que las iba a llevar hasta la residencia de la aristócrata Elisenda Camargues, una de las que había solicitado los servicios de una ayudante, persona de compañía, asistenta o como se le quisiera llamar, y que, debido a su perfil, tenía muchos números para ser la siguiente víctima de la *psicothief*.

—Está forrada de pasta, la tía esa —le comentaba Murals ya al volante del coche—. Parece mentira, poseer tanto patrimonio y no tener con quién compartirlo —chasqueó la lengua antes de continuar con otro asunto—. Cuando lleguemos, si le parece, vamos a tomar un cafelito y le enseño la última documentación que he encontrado. Bueno, usted mejor se toma una manzanilla, ¿eh?… si está con coliquillos.

Pero en la parte alta de la ciudad no era fácil encontrar un bareto donde tomar el ansiado cafetito, que en realidad iba a ser un cortado y un cruasán, el almuerzo favorito de la agente, y mejor aún si era un carajillo.

Calles casi desiertas, porteras barriendo las entradas de suntuosos edificios, empleadas de jardinería arreglando los parterres,

alguna mucama latinoamericana empujando un cochecito de bebé o una silla de ruedas con una abuela medio reseca, y poco personal más por las aceras. Ni una tienda ni una cafetería, solo clínicas dentales y oftalmológicas y centros de reparación estética.

—Vivir en esta zona ha de ser la hostia de divertido —ironizó Murals—. ¡Se ve una marcha ya de buena mañana…!

—No diga palabrotas, coño, que se me revuelven aún más las tripas. —La inspectora necesitaba también encontrar un establecimiento en el que tomarse la manzanilla o un Vichi Catalán, que siempre le arreglaba el intestino—. ¡Cagüen…, qué barrio más desangelado!

Pero estaban llegando ya al domicilio de la señora Camargues y no era cuestión de seguir dando vueltas; tendrían que haber ido a una de las calles principales, y eso significaba volver atrás.

—Ya tomaremos algo al salir —sentenció la inspectora y Murals se tragó las ganas, pero no pudo evitar un mohín de fastidio.

La vieja dama las recibió encantada, las hizo pasar al salón y les ofreció unas hierbas.

—No, gracias, señora, estamos de servicio —dijo Murals bastante cabreada y toda ella muy puesta en su papel de *mossa*.

—Pues yo sí, se lo agradeceré mucho —contradijo la inspectora dirigiendo a su subalterna una mirada de soslayo—. ¿Qué hierbas son?

La abuela se alegró de que aceptara la invitación. No solo tenía visita, además parecía que le garantizaban un buen rato de conversación y de compañía. Hizo un auténtico soliloquio sobre las ventajas de la marialuisa, que mezclada con melisa y regaliz resultaba la combinación más digestiva y sabrosa de la que se puede gozar. García aceptó una tacita, Murals se mantuvo morruda en su negativa y la anciana gritó con notable acento catalán:

—¡Nélida! Haga el favor de preparar una infusión para estas señoras.

Apareció entonces una criada de rasgos quechua, frotándose las manos en el delantal.

—¿De cuál, señora?

La dama respondió con impaciencia.

—¡Pues de las de siempre, las digestivas! ¡Qué llegas a ser paradita!, ¿eh, nena?

García y Murals cruzaron una mirada. Por lo visto, ¿ya tenía asistenta?

—¡Ah, no! —dijo, cuando le preguntaron—. No. Esta solo viene a limpiar. Y ¿qué quiere que le diga? Yo no tengo nada en contra de que sea extranjera, pero conversación, lo que se dice buena conversación, no tiene, la verdad. Yo necesito alguien con quien compartir opiniones, leer la prensa, comentar la actualidad… y, sobre todo, que hable catalán. ¡Virgen Santa, lo que cuesta encontrar a una que sea de aquí! Y luego dicen que hay crisis y desempleo. Son muy remilgadas las de aquí. ¡Y no me dirán que no es un trabajo tranquilo y bien pagado! Ocho horas de darme conversación y pasearme, a mil euros más extras. —Hizo una pausa para suspirar—. Bueno, sí, siempre se alarga un poco, pero yo las trato muy bien, ¿eh? Si se comportan como corresponde, alguna buena propina ya les cae. Así que…

García empezaba a impacientarse. Miró a Murals y supo que estaban pensando lo mismo. No dijo nada. La agente, como estaba cruzada por no haber podido desayunar, no se reprimió:

—¿Dice que su asistenta no tiene conversación porque la presupone inculta, o porque no habla con ella?

—¡Ah, no! —respondió la anciana obviando el comentario—. Es muy callada. Y, además, hay que decirle todo. Yo necesito una más espabilada.

Volvió a su verborrea y parecía que no se iba a callar nunca. Ni García ni Murals sabían cómo contenerla y la cosa se presumía larga, había entrado en el capítulo de cómo llegó a su situación actual: dos hijas, una en Estados Unidos, la otra con un maromo que, además de no trabajar, la había puesto en su contra…

—La pobre… ¡qué digo, la pobre, si es una *bleda*! La mía pequeña siempre ha sido muy boba, se pasa el día trabajando para poder llevar un tren de vida muy por encima de sus posibilidades, mientras que él se rasca los cascabeles. Pues allá ella, ¿eh? porque de

mí… ya le digo yo que no va a sacar ni un euro. Si fuera para ella, yo la ayudaría, pero mientras esté con ese… —buscó la expresión— ¿se dice «cabeza de corcho» en castellano?

—De alcornoque —respondió García e hizo un intento de atajar el discurso de la anciana, pero ella ni siquiera la oyó.

—Tanto da. Están esperando a que me muera para heredar. Pero se llevarán un buen disgusto, porque he hecho testamento en favor de una ONG. Van a tener que conformarse con la legítima. —Soltó una risita maliciosa y se lanzó a hablar de las Misiones de la Caridad, a quienes tanto beneficiaba su aportación económica anual.

Ahí fue cuando a la inspectora le empezó a hervir la sangre más de la cuenta. Por un momento, hasta le pasó por la cabeza dejar que la *psicothief* la desplumara antes de detenerla, incluso se planteó cómo hacer para que Murals no lo supiera, porque sabía que no iba a aprobarlo. Harta ya, tomó aire y frenó a la anciana.

—Verá, señora, estamos aquí porque usted ha solicitado una persona de asistencia. Nos interesaría que nos tuviera al corriente de sus acciones, ¿sabe? Tenemos sospechas de un fraude y…

—¿Fraude? ¿Qué tipo de fraude?

—Chicas que, en realidad, lo que quieren es ganarse la confianza de personas como usted para robarles. Comprenderá que no podemos detener a nadie si no tenemos pruebas, nos convendría sorprenderla *in fraganti*. Por eso necesitamos su colaboración.

La mujer frunció ligeramente las cejas calibrando las ventajas que le reportaría su participación en un caso policial. Le encantaban las novelas de *Miss* Marple, los pequeños asesinatos de Agatha Christie, las resoluciones de Hércules Poirot o cualquier telefilm de entretenimiento criminal que le pusieran delante de las narices. Y, de repente, se veía protagonista de una de esas tramas.

—¡Mira por dónde! —exclamó entusiasmada después de confirmar que, en efecto, la nueva asistenta empezaba al día siguiente—. Va a ser muy entretenido.

Al salir, entre la conversación y el estómago vacío, andaban ambas más bien descompuestas. Además, Murals le daba vueltas a lo último que había dicho la anciana y no las tenía todas.

—Jefa, no sé yo si estamos llevando la estrategia adecuada. Esa mujer, con tal de divertirse, es capaz de encubrir a la *psicothief*.

—Sobre todo si es oriunda —interrumpió García—. ¡Vieja racista! —masculló a continuación.

—Pues sí, y capaz de fastidiarnos la resolución del caso. ¿Ha visto lo contenta que se ha puesto cuando le hemos dicho que podía tratarse de una delincuente?

—¿En eso se ha fijado? ¿No en lo facha asquerosa que es?

—Bueno, jefa, sea lo que sea, nuestro deber es atrapar a la…

García no la escuchaba:

—¡Cómo se puede ser tan hipócrita! Limpia su imagen enviando dinero a las misiones de la India y no es capaz de tratar a su empleada con un mínimo de dignidad.

—Sí, jefa, dan ganas de que la *psicothief* la desplume.

—¡Bonita ocurrencia! —protestó García—. Y deje de llamarla *psicothief*, que se nos va a quedar la palabrita y un día… igual se nos escapa delante de la subcomisaria. ¡Con las ganas que tiene de encontrar motivos para recriminarme!

Bajaban por el carrer de les Escoles Pies a paso bastante ligero. La inspectora, más bien encogida, mientras que la agente caminaba erguida en su uniforme, las gafas modelo Ray-Ban Aviator; toda ella con un aire a *Reservoir Dogs* que no iba más allá de la estética. Giraron por Pau Alcover en dirección al *párking*.

—Creo que cuando aparezca la chica habrá que ponerle vigilancia, seguirle los pasos —continuó Murals—, investigarla a fondo, saber de dónde viene…

García se paró en seco y la miró. Murals era casi diez centímetros más alta, lo que acrecentaba el mal humor de la inspectora, que, para colmo, acababa de sentir un retortijón.

—¿Se está haciendo la lista? —soltó en tono amenazante—. ¡Lista! Se está haciendo otra vez la lista.

—Pero… ¿por qué, jef…? No se enfade conmigo, que yo solo…

—Eso ya se me había ocurrido a mí.

Siguieron caminando.

Como amiga, ayudarla como amiga. Aquella petición le

martilleaba en la cabeza. Ayudar como amiga a la doctora más guapa de la ciudad, la más deseable, la más atractiva, la más todo; la que unos meses antes le había hecho perder la compostura, le había quitado el sueño; la que, si se detenía a mirar un par de minutos, la hacía soñar.

Llegando a Ganduxer sintió otro retortijón.

En situaciones como aquella, cualquier comentario, incluso cualquier silencio, podía disparar la ira de la inspectora. Ajena a las elucubraciones de su superiora, Murals calibraba cómo canalizar la situación cuando García se dobló sobre sí misma emitiendo un quejido.

—Necesito un baño.

Justo al doblar la esquina, cual palmeras en el desierto, aparecieron las copas de un grupo de sombrillas instaladas en lo que se presumía la terraza de un bar. Era una de esas cadenas de venta de pan artesanal, hecho con masa madre, que tienen servicio de cafetería.

—Paremos ahí un momento —dijo Murals—. Seguro que los lavabos están limpios. Además, conozco esta empresa y hacen unos cruasanes de chocolate… para chuparse los dedos.

—Sí, eso, repásemelo por las narices —refunfuñó García conteniendo una arcada.

Estaban ya entrando en el establecimiento y la saturación de la agente rozaba el límite.

—Pues mire, jefa, si quiere me pongo en otra mesa, pero yo el cruasán de chocolate y el cortado me lo tomo. ¿Le pido una manzanilla?

—No, pídame un cortado a mí también.

—Pero, jef…

García ya se había dado la vuelta y se estaba dirigiendo hacia el cartel con dos monigotes que indicaba las *toilettes*. El ambiente era de cierta algarabía. En una cola más o menos organizada, la clientela iba recogiendo sus demandas y llevándolas en bandejas de plástico hasta las mesas. Cuando regresó García, Murals empezaba ya a reconciliarse con el mundo gracias a los bocados que, con auténtica

delectación, le pegaba al cruasán de chocolate. En sus tacitas de cerámica industrial, humeaban los dos cortados, cuyo olor llegó hasta la pituitaria de García y, de alguna manera, también la hizo revivir. Sacudió un sobrecito de azúcar y lo derramó entero en su taza.

—¿Ha evacuado?

—No entremos en detalles, haga el favor.

—Está un poco pálida, no sé yo si eso es lo que más le conviene en su estado —dijo señalando con un cabeceo el cortado de la inspectora, quien negó con la cabeza y con aires de derrota reconoció.

—No, Murals, esto no va de indigestión —chupó la cucharilla antes de dejarla en el platito y alzar la taza—. Son los nervios.

—¿Nervios? ¿Por qué, jefa? A la chica esa la atraparemos tarde o temprano. Bueno, también es lógico que sienta la presión del reingreso al cuerpo, pero, vamos, que lo está llevando superbién, ¿eh?

La *mossa* pegó otra dentellada al cruasán y Emma hizo una inspiración profunda antes de confesar.

—Que no, que no, que no es eso. —Breve pausa, la miró a los ojos y, en tono suplicante, añadió—: Murals, necesito consejo.

—¿Consejo de una subalterna?

—Consejo de una amiga.

Por un momento, la agente se sintió azorada masticando el cruasán. Tragó casi entero el bocado que tenía entre las fauces antes de preguntar:

—¿E… es por la doctora Dylan?

—¡Qué rejoía es! ¿Cómo lo ha intuido?

La agente sonrió.

—Bueno, como dice usted: es que soy poli.

Ambas se echaron a reír. Aquel comentario había destensado la situación, incluso sosegado a la inspectora, que ahora se veía con fuerzas para explicar la situación. La doctora Dylan la había llamado para pedirle ayuda porque tenía en la UCI un intento de suicidio que podía muy bien ser un asesinato frustrado, y todo ello

relacionado con un libro en el que se narraba una historia que, de ser cierta, comprometía y mucho a una determinada persona.

Murals la escuchaba con los ojos desorbitados ya casi sin masticar una bola de cruasán que se le había quedado en la boca y danzaba de un carrillo al otro sin decidirse a bajar. No había pruebas, no había nada más que la intuición de la doctora y aquella petición a la que García no podía negarse.

—El caso es que, si le digo que sí, va a tener que ayudarme.

La *mossa* tragó, por fin, la bola pastosa que le quedaba en la boca y lanzó al plato el último cuernito de cruasán que le quedaba en la mano. Ya no le entraba nada. Se limpió los morros con la servilleta de papel antes de exclamar:

—*No foti!*

García la miraba suplicante. Murals se removía en la silla como si el asiento le quemara las posaderas. Agarró su gorra, negó con la cabeza, miró a las dependientas, que trajinaban detrás del mostrador, y de repente le vio aquella expresión de pajarillo perdido que le hacía temer lo peor.

Como en los viejos tiempos, pensó antes de clavarle la mirada y soltarle:

—Inspectora, lleva media vida buscándose y buscándome la ruina.

Hubo un silencio corto y muy tierno antes de que la voz de la inspectora emitiera en un hilo:

—¿Eso es un sí?

Para Marta Dylan no existe el día, no existe la noche, no se establece un ritmo acompasado de sueño, vigilia, sueño; su ciclo vital es aleatorio: ahora duerme, ahora vive, independientemente de por dónde campe el sol en aquel momento.

Son las cinco de la madrugada y está despierta, sentada en una banqueta frente al ventanal por el que se accede al patio. Fuma de forma pausada; acaricia a la gata, que se ha hecho un ovillo en su regazo, y piensa.

Hay personas que nos salvan la vida, personas cuyo oficio sobrepasa lo estrictamente profesional y se sitúa en lo humano. Hay palabras que te rescatan del abismo, mensajes que te dan la clave para seguir respirando. Hay manos invisibles, manos simbólicas que un día te llegan y estrechan la tuya para sacarte del pozo.

El humo del cigarrillo dibuja ondas blanquecinas escapando hacia el exterior por esa rendija abierta que deja el ventanal abatible. La gata se encrespa, arquea el cuerpo y bosteza. Quiere salir. Marta le abre y le dice no te escapes.

Su hueco lo ocupa ahora la tablet. Un dedo saltando aquí y allá para corroborar lo que ya sabe. Demasiadas coincidencias. Le hierve la sangre.

El calor del té chai desciende por el esternón hasta situarse en el lugar donde las emociones danzan su impenitente baile de disfraces. Allí, en la boca del estómago, se concentran en este instante conatos de rabia, ansiedad contenida, el temor de que Iris Ferrán no despierte, la impotencia de no poder salvarla, la inquietud de la espera, la necesidad de hacer algo: poner en marcha un motor que lo destape todo, encender la mecha de una bomba llamada a explotarle a alguien en la cara.

Todo se mezcla:

La melodía inextinguible de una voz que calmó su angustia.

La necesidad de devolverle aunque solo sea una nimia parte de lo que recibió.

El deseo de hacer justicia.

La tablet volando hasta el sofá.

Pasan las horas. La claridad se cuela lenta por los tejados. Dibuja una línea de edificios a contraluz ante un fondo que va cambiando de tonalidad: azulado, rojizo, amarillento, violeta… una sucesión de colores que se superponen como en una bandera. Y cada vez se perfilan más las formas. El sol despunta al fondo. Un rayo amarillo estridente aparece por detrás de un torreón de estilo gótico, cuya punta destaca sobre el resto de los edificios como la brizna de hierba que se abre camino entre las rocas. Es la Basílica de la Concepció. Inmaculada concepción, purísima concepción… Ahí la tiene. Pulcra, pura y virgen, libre de pecado original, llena de gracia. *Mater misericordiae*, esclava del señor, abogada nuestra en este valle de lágrimas, bendita entre todas y bendito su fruto… ¡¡Ya podría hacer algo, joder!!

Machaca el último cigarrillo en un cenicero lleno de colillas.

—Está estable —dice Lis al otro lado del teléfono.

Ha amanecido. En la mesa, un café y una tostada. La gata ha vuelto.

—Sí, sí, he estado pendiente de ella toda la noche. Oye, ¿coincidimos el finde?

Lis ha contestado con una llamada de móvil el mensaje de texto que le ha enviado Dylan. Lo ha recibido hace apenas media hora, una vez finalizado su turno, pero aún de servicio. Una urgencia tardía o demasiado temprana lo ha alargado. Ya en la calle, le resulta más fácil responder de viva voz que dándole al dedito en un teclado tan digital como inestable; además, ambas lo consideran más social, más humano. Son de las que todavía hablan en directo, no mantienen largas conversaciones a través de mensajes de voz ni mucho menos por escrito. ¡Qué antiguas somos!, suele bromear la enfermera. El sol invade ya el cielo urbano. Lis recorre hacia su

retiro las calles que empiezan a despertarse. Siempre al revés del mundo, piensa.

—Oye, y tú, haz el favor de descansar —dice antes de colgar.

—Sí, me echaré una buena siesta —le promete la doctora.

Pero antes quiere hablar con García. Necesita su respuesta. Está segura de que será positiva y quiere pasar a la acción cuanto antes.

La principal preocupación de Murals en aquellos momentos era si la inspectora sería capaz de gestionar ambos casos. Y su temor, que le dedicara mucha más energía a la doctora Dylan que a la *psicothief*. Pero en esta ocasión, y para su sorpresa, parecía estar concentrada en lo que tocaba.

—Murals —le dijo aquella misma mañana—, estamos equivocando la estrategia. Está bien lo de vigilarla, pero también tendríamos que investigar el pasado de la presunta *psicothief*… —chasqueó la lengua—. ¿Lo ve?, ya me lo ha pegado.

—Pues claro, es lo que yo dije.

—No, usted dijo que había que «seguirle los pasos», me acuerdo bien porque me pareció una expresión inapropiada.

—Y también dije «saber de dónde viene». ¿Le parece más apropiada esa expresión?

—Bueno, bueno, no se me pique. La cuestión es que no es a esa a la que tenemos que investigar, sino a las dos anteriores, quiero decir, a la o las que actuaron en los dos casos anteriores.

—Bien visto, jefa. Se nota que ya tiene el intestino tranquilito.

—Entonces, manos a la obra. —Tomó la carpeta del caso y con ella en la mano siguió dando instrucciones—. Llame a la agencia y averigüe si era la misma chica, cuánto tiempo estuvo trabajando, a cuántas casas fue, si hay algún informe, testigas… en fin, lo de siempre. Ya sabe.

—De acuerdo —Murals agarró la carpeta—. Usted, mientras, podría mandar a alguna agente para que vigile la casa de Camargues y saque alguna foto de la chica, cuando la envíen. Nos vendría bien. —Hizo el gesto de retirarse, pero notó que García le clavaba la mirada sin soltar la carpeta—. A ver —aclaró—, que es una

sugerencia, ¿eh? No se lo tome ahora como que le digo yo lo que tiene que hacer.

—Exactamente. La que dice lo que hay que hacer aquí soy yo —soltó la carpeta—. ¡Ah! Y… una cosita más —sacó del cajón de su mesa el libro de Iris Ferrán y se lo entregó también—. Léase esto.

Sola en el despacho, miró el reloj. Faltaba media hora para su encuentro con Marta Dylan en un pequeño bistró de la Ronda Sant Pere. En lugar del típico vermut, a la doctora le gustaba tomarse un vino blanco con unas *chips* y unas olivas. El aperitivo perfecto.

Cuando llegó García, ella ya estaba en la terraza, saboreando un verdejo bastante afrutado y expeliendo humo por la boca. Se saludaron sin demasiada efusión. Emma tendría que haberle dicho algo así como: me lo he pensado y he decidido… O, tal vez, Marta debería haber preguntado: Entonces, ¿vas a…?, o haberse lanzado, sin preámbulos de cortesía, con un: Sabía que ibas a ayudarme. Nada de eso tuvo lugar. García pidió una cerveza sin alcohol a la camarera, que enseguida se había acercado a servirla, y fue directa:

—Dame todos los detalles.

—Violeta Selvi: psicòloga, pensadora y líder feminista. En todo lo que cuenta el libro veo paralelismos con su historia. Mientras lo estaba leyendo no me di cuenta. Algo me sonaba muy familiar, es cierto, pero no sabía con qué relacionarlo. En el momento en que reconocí a Iris Ferrán en urgencias, tuve una punzada interior. Fue como si de repente todo encajara. A veces dudo, no te lo negaré, pienso que estoy fantaseando con algo que no va más allá de la mera tabulación, pero he estado revisando su biografía en internet y hay tantas coincidencias… Y lo que más recelo me crea es que los últimos años de su vida desapareció de la escena pública, y apenas hay información sobre lo que hizo. El libro de Iris da una versión de los hechos. Creo que ahí está la clave.

—Ya veo. Hay una persona de su familia que no sale muy bien parada.

—Exacto. Además, Ferrán hace una jugada maestra. Es una novela, una historia de ficción, por lo tanto no acusa a nadie directamente. Si esa persona que —hizo el gesto de entrecomillar la frase— sale tan mal parada protestara o se querellara, estaría admitiendo que habla de ella, se estaría delatando a sí misma. Por otro lado, los paralelismos hacen que, conociendo la historia real, se puedan atar cabos. Es decir, que una lectora que sepa quién era Violeta Selvi, conozca un poco su historia y sepa cómo acabó podría relacionarlo fácilmente.

—¿Tú crees?

—Yo lo he relacionado.

—Bueno, es que tú eres lista.

—Déjate de adulaciones, mucha gente en el movimiento feminista podría deducirlo. Ferrán lo hizo adrede. Por eso han

querido quitarla de en medio.

—Tiene sentido. —Se quedó pensando—. De todos modos… el libro ya está publicado. Si llega a descubrirse quién le ha hecho daño… Sería también una forma de delatarse.

—Intento de suicidio. Emma, entró en urgencias con esa etiqueta. ¿Alguien va a investigarlo?

—En principio, no.

Hubo un silencio largo, incómodo; una pausa tensa que Dylan llenó encendiendo otro cigarrillo. Seguía dándole vueltas al tema mientras Emma se fijaba en sus manos largas, de huesos finos y movimientos precisos. Dio una bocanada rabiosa y, antes de expulsar el aire, exclamó:

—Aun así —echó el humo con energía—, era una forma de asegurarse. Mientras Iris siguiera viva cabía la posibilidad de que destapara la verdad. Mejor eliminarla, ¿no?

Había soltado el humo como quien escupe un hueso de aceituna, pensó Emma, y miró hacia la mesa donde estaba todavía el cuenco de olivas casi lleno y unos pocos huesos roídos. Para rematar el escenario, las pupilas aceitunadas de Marta Dylan danzaban entre parpadeos. Le revolotearon en la cabeza «los olivos cargados de gritos» de García Lorca.

—Pero ¿sabes qué creo?

¿Qué?, intentó decir Emma, pero tenía la garganta tan reseca que apenas emitió voz. Bebió un trago largo de cerveza sin alcohol y, procurando disimular su azoramiento, se metió en la boca una aceituna, pero enseguida se arrepintió y la paseó por el paladar sin saber muy bien qué hacer con ella antes de masticarla. Un monstruo, decía Marta, sea quien sea, ha actuado por venganza, por puro odio. Intentaba concentrarse en sus palabras, pero su atención se centraba en cómo expulsar el hueso; hasta pensó en tragárselo. Aprovechó un momento en el que la mirada de la doctora se perdió hacia otro lado para escupirlo en el hueco de una mano ubicada a modo de trompeta.

—Tenemos que elaborar un plan de acción —dijo enseguida.

—¿Tienes alguna idea?

—Sí, bueno… Déjame que hable con Murals esta tarde… —Se detuvo; aunque Marta no había dicho nada, le pareció que se inquietaba—. Perdona, es que… se lo he dicho. —Carraspeó—. Y le he prestado el libro. Murals siempre ha sido mi confidente… es más que una subalterna, ¿sabes? —Hizo el gesto de coger su copa, pero no llegó a beber—. Necesitamos su colaboración. —Ahora sí, dio un trago—. Pero no te preocupes que es del todo discreta. Yo confío plenamente en ella. —Esperó unos segundos viendo cómo Marta fumaba y asentía ligeramente con la cabeza—. ¿Te parece mal? —preguntó con un nudo en la garganta.

—No. Si está dispuesta a ayudarnos…

Bien, se había salvado, la sangre volvía a fluir ligera.

—Vale, pues entonces esta tarde mismo nos ponemos a elaborar la estrategia de trabajo. ¿Tú podrías…?

—No… lo siento, sea lo que sea no puedo. Esta tarde tengo que dormir, vuelvo a entrar de guardia a las 21 h.

—¡Ah, bien! Perfecto… quiero decir, no, vaya, qué lata otra guardia, pero… podrías intentar averiguar algo más sobre la gente cercana a Iris Ferrán, quién es la vecina que llamó a la ambulancia, por ejemplo, y si tiene familia cercana.

Marta accedió sin problemas.

—La que más información podría darnos es Dora, Dora Rigol. Es su amiga más cercana, pero está de viaje, no sé si te lo comenté.

—Sí —recordó García—, en Gambia o por ahí, ¿no?

—En Guinea. Trabaja en una red de cooperación con mujeres africanas. Está en una aldea perdida llevando un proyecto de desarrollo económico. Si fuera necesario, podría intentar localizarla, pero me parece un poco absurdo preocuparla. Además, regresa en unos días. Mejor me espero, ¿no?

García asintió. Marta inició la maniobra de retirada: guardó el paquete de tabaco, sacó el monedero… Tuvieron un rifirrafe que si pago yo; no, pago yo… hasta que García claudicó ante la contundencia de la doctora y su rapidez en alargarle un billete a la camarera. Mientras esperaban el cambio, en esos minutos previos a la despedida en los que ya se ha dicho todo y hay que agarrarse a

cualquier banalidad para evitar la torpeza de un silencio, Emma soltó sin pensar, como si se le hubiera escapado:

—Y tú, ¿qué interés tienes en todo esto?

—Violeta Selvi ayudó a muchas mujeres. —Llegó la camarera, depositó en la mesa el platillo con las monedas, Marta dejó un par de ellas y antes de levantarse concluyó—. Yo fui una de ellas.

Murals pasó el resto del día enfrascada en el caso de las ancianas. Revisó toda la documentación referente a los dos episodios anteriores. Misma situación, idéntico *modus operandi*. Necesitaba una descripción detallada de las dos chicas para saber en qué coincidían y si podían ser la misma persona. La estrategia, pensó, era visitar a ambas víctimas y conseguir una imagen lo más aproximada posible. Además se moría de ganas por estrenar su nueva aplicación Face Discover, una herramienta de última generación para hacer retratos robot sin tener ni idea de dibujo, habilidad de la que Murals no gozaba. Qué grande es la tecnología, pensó guardándose su tablet en el bolsillo izquierdo de la casaca. En el derecho, metió el libro que le había dado García. No tenía intención de volver por la oficina.

Ojos pequeños, cejas altas, pelo corto, nariz respingona, orejas planas, pómulos marcados (una de las ancianas advirtió que su color rosado era un signo de salud), labios finos, boca larga de amplia sonrisa y una pequeña cicatriz en el extremo inferior de la ceja izquierda. Estatura media, complexión delgada, huesuda y fibrosa.

Murals iba eligiendo las diferentes opciones según le marcaba el programa. ¿Y la estructura de la cara? ¿Tirando a rectangular, ovalada…? ¿Y los párpados? ¿El superior algo elevado, tal vez? ¿El inferior horizontal, quizás? ¿Tenía arrugas en la frente? ¿Más bien en la parte superior o inferior? ¿De forma ascendente o descendente? Así hasta completar una imagen que en ambos casos coincidía al cien por cien. No cabía la menor duda: se trataba de la misma persona. Y, en ambos casos, llegó a través de la misma

agencia, que, para mayor fortuna, coincidía también con la que enviaba la asistenta a Camargues.

¡Ya la tenían!

Ahora, solo era cuestión de contactar con la agencia, mostrar su imagen y pillarla. Parecía fácil.

Demasiado fácil. Un moscón le rondaba detrás de la oreja.

Pero lo que le resultaba más curioso era la fascinación que ambas ancianas mostraban por la chica. Constaba en el informe de la primera anciana y recuerda que, al leerlo, le llamó la atención. Ahora ambas volvían a insistir. La segunda, incluso, le preguntó compungida:

—Entonces, ¿no volverá?

¿Qué debía de darles?

Con esa incógnita en la cabeza anduvo las horas siguientes. Comió un menú de poca monta, pasó por su casa, se vistió de paisana y se dirigió ilusionada y decidida a la sede de su escuela en el edificio histórico del Ateneu Barcelonès.

¡Uy, el libro! Justo cuando estaba saliendo de casa, recordó que lo había dejado en el bolsillo de la casaca. Volvió a entrar y se lo metió en su cartera de escritora en ciernes.

Aquel día empezaba el nuevo curso en l'Escola d'Escriptura. Ya muy adelantada, se había matriculado en Novela II, tercer curso del itinerario de narrativa. Se sentía orgullosa de sí misma; estaba, como quien dice, a punto de licenciarse. ¡Ah!, suspiraba pensando en sus inicios, cuando garabateaba poemas «huyendo de la soledad», o inventaba pequeñas historias que leía con timidez a su círculo más cercano. Fue aquel premio en los juegos florales de su colegio, cuando ganó con una redacción sobre la estanquera de su barrio que fumaba en pipa y regalaba altramuces a la chiquillería. Ya ahí aparecía su vena feminista y reivindicativa. La tituló «Viva la pipa» y recibió tantos elogios como críticas. Pero ganó. Y nunca se sintió coartada por los rumores que le llegaron sobre la presión que, muy probablemente, había ejercido en el jurado su profesora de literatura, mujer de maneras varoniles, algo entrada en carnes y admiradora de Gloria Fuertes. ¿Fue el premio o fue aquella maestra la que estimuló

su pasión por las letras? O ambas cosas. O lo llevaba dentro y aquella mujer la ayudó a despertarlo… Debería tenerlo claro por si un día se hacía famosa y la entrevistaban.

Entró en el carrer Canuda por la plaça Vila de Madrid. Siempre que podía, evitaba las Ramblas. Desde hacía unos años se habían convertido en un muestrario de aberraciones turísticas. Las clásicas paradas de flores y pájaros habían derivado en puestos de helados italianos gestionados por paquistaníes; los detritus de la globalización le entraban por todos los sentidos hasta el punto de no reconocer su propia ciudad. Su sensibilidad no lo resistía, su religión no se lo permitía y su terapeuta le había dicho que para superarlo vertiera en el papel sus sensaciones. Ola, por lo pronto, prefería evitar ese recorrido y escribir sobre otros temas.

Desde la catedral, atravesando los carrers dels Boters y del Duc, el panorama no se presentaba muy diferente, pero al menos no eran paseos tan emblemáticos. Justo unos metros antes de llegar a la puerta de entrada fue arrollada por una turista empeñada en hacerse un selfi bajo el cartel de una conocida (y desmesuradamente cara) tienda de ropa. Tiene delito, pensó Murals, hacerse una foto ahí cuando enfrente hay plantada una joya del gótico catalán, declarado monumento histórico artístico y Bien Cultural de Interés Nacional. Meneó la cabeza contrariada, pero en cuanto entró en el patio de carruajes que da acceso al edificio fue como si una varita mágica la trasportara a otro mundo dominado por la imaginación y la cultura. Suspiró henchida de satisfacción, saludó a la conserje, que ya la conocía de años anteriores, y se dirigió con paso firme al ascensor clásico, solo por el placer de subir, aunque fuera un único piso, a ritmo lento y sentada en un banco de madera y piel.

Sí, era como si allí dentro el mundo cambiara de energía y de intensidad. Y para disfrutarlo, siempre llegaba, como mínimo, una hora antes, subía al bar y se tomaba un refrigerio en el jardín. Con más motivo en esta ocasión, que era su primer día y se sentía como una colegiala con estuche nuevo. Pidió un vinito (ya no estaba de servicio) y unas almendras que hicieran un poco de almohadilla para que no se le subiera demasiado. Sacó el libro, leyó la contraportada,

hojeó las primeras páginas y… no pudo pasar de los créditos. Justo cuando iba a abordar la historia, un grito de alegría interrumpió el proceso. Eran dos compañeras de su actual grupo, con las que ya había compartido aula durante todo el itinerario. La algarabía de besos y salutaciones relegó el libro a un segundo plano. Tenían que ponerse al día: qué tal les iba la vida, dónde habían pasado el verano, cómo iban sus proyectos literarios… En un gesto espontáneo, Murals metió el libro en el bolsillo de su gabán y no volvió a abrirlo. Por la noche estaba tan cansada que se quedó frita.

—Pues yo me lo leí en una noche. ¿Cómo quiere que avancemos en el caso si no le pone un poco de interés?

Era de esperar que García, al día siguiente, se lo reprochara.

—Jefa, le recuerdo que lo que usted llama «el caso» no es oficial.

—Pues, de alguna manera nos lo tendremos que montar —reflexionó apenas un instante, y enseguida añadió—: ¿Sabe qué? Hoy tómese la tarde libre. Si alguien pregunta diré que está investigando a la *psicothief*… ¡Cagüen…! Ya me lo ha pegao del todo—. Murals le lanzó una miraba de reproche de la que García se defendió—. Algún chanchullo habrá que hacer, digo yo.

—¡¡Cómo se entere la subcomisaria…!!

Y a partir de ahí, para Murals el tema quedaba zanjado. Si le daba la tarde libre, todo eso que tenía. Sacó su tablet y la puso junto al expediente del caso que sí era oficial.

—He hecho notables avances en la investigación —le dijo—. Ya sé que le interesa mucho más su doctora, pero… mientras estemos trabajando en esto, mi obligación es informarla. Y me alegra comunicarle que se trata de la misma persona; ya tengo su retrato robot. ¿Qué le parece?

—¡Impresionante! ¿Ha usado su nuevo juguete?

—Sí, jefa. ¡Es lo más!

—Bien, pues esta tarde se pasa por la agencia para que reconozcan a la chica y le den sus datos. —O sea, suspiró Murals, que no le daba la tarde libre—. Mañana pedimos una orden de detención y listas, pero…, *Inter nos*, lo haremos todo con mucha más calma, así tendremos tiempo para investigar lo otro. Léase el libro, haga el favor. Ya verá que la protagonista…

No tiene remedio, pensaba Murals mientras escuchaba la

disertación de la inspectora explicando los detalles de la historia, las elucubraciones compartidas con la doctora Dylan y sus propias deducciones.

—… coincidirá conmigo —sentenció ya camino de concluir—, estoy segura. Lo único que me hace dudar es que si el libro ya está a la venta no tiene mucho sentido atentar contra la autora, más bien todo lo contrario: si se descubre que no fue un intento de suicidio…

—Jefa, jefa… —la interrumpió Murals—. Ese libro no está a la venta.

García frenó en seco la verborrea.

—¿Cómo que no?

—No está publicado.

¿Cómo que no?, siguió pensando. Algo no cuadraba. Sabía que si Murals hacía una afirmación de ese tipo no era sin fundamento, pero… a ver, el libro era un objeto físico, ella lo había leído, se lo había entregado en mano. Notó que sus neuronas empezaban a espesarse.

—Pues lo que yo le he dado no es un holograma precisamente.

—No jefa —a Murals se le escapó la risa—. Qué graciosa. Lo que quiero decir es que… es una autoedición.

—¡Ah, sí! —gruñó García sintiendo que ese dato se instalaba en una de sus neuronas más espesas—. ¿Y cómo lo sabe? (no añadió «lista, más que lista», ya que, por experiencia, sabía que llevaba las de perder).

—Lo primero que miro en un libro es la contraportada, para saber de qué va, y luego la página de créditos…

—Al grano, Murals.

—Pues que el *copyright* es de la autora. Eso significa que lo ha publicado ella misma, no una editorial.

¿Y en qué podría influir ese detalle?, se preguntaba García. ¿Qué cambiaba? A fin de cuentas, el libro estaba ahí, al alcance de… ¿de quién, concretamente?

—Ya, pero… cualquiera puede leerlo, ¿no?

—Depende de la difusión que haya hecho la autora. No se puede adquirir un libro si no se sabe que existe. El problema de la

autoedición es que los libros no pasan por las distribuidoras. Eso significa que los beneficios netos de la venta son para la autora, sí, pero el problema es que, si no se distribuye, no llega a las librerías. Y si no llega a las librerías, la promo te la tienes que montar tú misma. Ni le cuento el movidón que te toca hacer en redes sociales para darlo a conocer. O eso o pagas a una agencia de comunicación. Y, entre lo que te cuesta la publicación y lo que te cuesta la agencia, no te sale a cuenta. Lo estuve mirando para publicar mi novela y lo descarté por eso.

García la escuchaba intentando atar cabos, pero solo le surgían incógnitas ¿Cómo llegó el libro a manos de la doctora Dylan? ¿Quién más lo tenía? ¿Quién más lo había leído? ¿De qué forma lo habían conseguido?

—Por lo que se deduce, la misma Iris Ferrán debió de repartirlo, así que… —meditó un instante.

—Exacto. No sabemos cuántos ejemplares mandó imprimir ni quién los tiene, pero convendría averiguarlo.

Cuando Murals entró en el despacho de García con el expediente de la *psicothief* (que llevaba ya en el lomo el título «Psicothief»), se la encontró enfrascada en un enrevesado gráfico con flechas, recuadros, círculos en rojo y palabras clave que iba diseñando en la pizarra digital. De entrada, se sorprendió gratamente. ¿García se había puesto a tope con el caso? Pero enseguida se dio cuenta de que los tiros iban por otro lado. Las consignas destacadas eran: Interrogar vecina. Localizar Dora R. ¿Quién tiene el libro?…

—¡Ah! Hola, Murals —la saludó al percatarse de su presencia y, sin apartar la vista de la pizarra, continuó—. Estoy elaborando el plan de acción. Es imprescindible que encontremos a Dora Rigol, ella puede aclararnos muchas incógnitas, sabemos que es íntima amiga de Iris Ferrán. Y tendríamos que mirar la forma de interrogar a la vecina que la encontró y avisó a la ambulancia. Podríamos hacerle una visita esta misma tarde. En cuanto a Rigol…

—¡Frene, frene, jefa, frene…!

García se giró hacia ella y, por primera vez, la miró.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Ya se lo dije: ese caso no es oficial. No podemos dedicarle tiempo de nuestra jornada laboral y, menos, el instrumental de comisaría.

—¡Ah! No se apure por eso, se me ha ocurrido una estrategia.

—De poco servirá si no tenemos una denuncia.

García negó con la cabeza en tono burlón.

—Hasta ahí llego, espabilada, más que espabilada. La denuncia vendrá del hospital. Esta mañana he hablado con la doctora Dylan. Tiene un motivo para denunciar. Ah, y también me ha dicho que el libro se lo prestó Dora Rigol. Ha sido una conversación breve;

acababa de salir de una guardia y estaba agotada, la pobre. Por lo visto, su nochecita ha sido intensa. Dice que han tenido de todo, hasta el hijo de un personajillo famoso que iba de drogas hasta el culo; no me ha dicho quién.

—Lástima —ironizó Murals.

—Pero se ve que lo peor ha sido un paro cardíaco. Dice que se han estado un buen rato para reanimarlo.

—Pero ¿lo han conseguido?

—Sí —resopló—. ¿Se imagina lo que debe de ser recuperar una vida?

Murals vio en García aquella expresión que conocía tan bien. Admiraba a la doctora. Y más que admirarla, se estaba enamorando. Bueno, pensó, mejor de ella que de una delincuente, como había ocurrido en alguna otra ocasión.

—Sí, sí, es una profesión muy noble —remató—. Pero, jefa, a lo que íbamos, las denuncias no nos llegan directamente, primero tienen que pasar por un informe forense y por el juzgado de guardia.

—También he pensado en eso —canturreó—. No me subestime, Murals.

Fue entonces cuando la agente se percató: en lo alto del gráfico, enmarcado en un rectángulo del que salían todas las flechas se leía: Contactar forense. Como en una movióla, le asaltaron imágenes del pasado, y eso le provocó cierto estado de alarma.

—¿No estará pensando llamar a quien yo me… —iba a decir «me temo», pero rectificó a tiempo— a quien yo me sé.

García no dijo nada, respiró hondo y cruzó los brazos.

—¿Está pensando en ella?

El pie izquierdo de García empezó a repiquetear las baldosas.

—¿Y qué si pienso en ella?

—No sé… ¿Acabaron bien?

En ese momento, la escasa contención de la inspectora se desvaneció por completo.

—¿Qué quiere decir si acabamos bien ni acabamos bien ni qué narices? Ya trabajamos juntas en un caso después de la separación. ¿O es que no se acuerda de la asesina del lazo rosa?

—¿No me voy a acordar? —suspiró Mural. Justo acababa de pensar en ella—. ¡Un caso histórico! —exclamó, y lanzó a la mesa el expediente de la *psicothief*—. Allá usted. Aquí le dejo esto para cuando quiera mirárselo. —Y se dio media vuelta.

Ya en la puerta, García consiguió frenarla usando un tono más conciliador:

—Murals, Murals, no se me aturulle. Lo he estado pensando durante toda la noche. —Murals soltó el picaporte y se giró de nuevo hacia la inspectora—. Marisa Giménez es la persona ideal y se prestará a colaborar, delo por seguro. Piense que estamos ante un posible intento de asesinato; si no intervenimos nosotras, quedará en nada. No podemos permitirlo. ¿Cuál es nuestra misión? ¿En qué consiste nuestro trabajo si no en perseguir el mal para hacer del mundo un lugar más justo? ¿No es acaso la nuestra una profesión tan noble como…?

Murals meneó la cabeza y atajó:

—¡Ah, no, jefa! Chantaje emocional no, ¿eh? Si lo hacemos, lo hacemos y punto. No intente soltarme la lagrimita. La cuestión es si nos darán el caso a nosotras y si podremos con este y con la *psicothief*.

—La respuesta a ambas preguntas es sí. La primera, porque no tenemos personal suficiente y si nos ofrecemos voluntarias le quitamos un marrón a la subcomisaria. La segunda, porque somos un buen equipo… y esto no es chantaje emocional. ¡Lo sabe!

Lo sabía. Y por si no estaba del todo segura, se lo confirmaba la mirada sincera de una inspectora García entusiasmada con su profesión. A Murals se le ablandó un corazón ya de por sí poco recio. Al fin y al cabo, lo había pasado tan mal…, pobre García, y era tan frágil en el fondo… Sin poder remediarlo, Murals sucumbía de nuevo a los atribulados designios de su superiora.

En los arrabales de una loca y estruendosa juventud, Marisa Giménez y Emma García habían sido pareja. Se separaron por esa dejadez insostenible en la que caen algunas relaciones. No hubo infidelidades. En realidad, nadie dejó a nadie aunque, si bien García aceptaba que una de las dos lo había decidido, insistía en destacar que no había sido ella. Volvieron a coincidir por motivos profesionales unos meses más tarde, cuando las heridas todavía, al menos para Emma, no se habían cerrado. Costó mucho, había dicho Marisa. Las primeras víctimas de la asesina del lazo rosa, que García investigaba y Giménez llevaba como forense, provocaron encuentros explosivos en los que la inspectora con frecuencia perdía los papeles y la forense ponía en práctica las técnicas de yoga y relajación que había aprendido. Durante todo aquel período, su relación estuvo marcada por una tensión que parecía no iba a remitir nunca. Luego, ya se sabe, el tiempo lo cura casi todo, el rencor se fue aplacando, la bondad se impuso y el destino recompensó a Giménez por lo mucho que se lo había currado.

El caso de la asesina del lazo rosa fue el que le costó la destitución a García. Tuvo que montar una agencia de detectives para poder sobrevivir. La llamó E&G, que eran sus iniciales, pero así, con el símbolo &, quedaba más internacional y daba la sensación de que, por lo menos, había un par de investigadoras. Nada más lejos de la realidad; ni tenía local ni tenía socia y apenas si tenía encargos que resolver: alguna infidelidad, falsas lesionadas y cosas por el estilo. Ella se lo guisaba y ella se lo comía salvo por la ayuda que, de extranjís, le prestaba la siempre fiel Montse Murals. Gracias a ella consiguió resolver el caso EXoTiKa, aunque, al ser extraoficial, la participación de la agente (ni como tal ni, mucho

menos, como confidente) aparecía por ningún lado. Solo cuando el caso pasó a manos de la policía, Murals, que ya estaba al loro, intervino para detener ella misma, uniformada y en persona, a los proxenetas. García se llevó todo el mérito y fue readmitida en el cuerpo.

Durante el tiempo en que tuvo la agencia de detectives, Marisa y ella apenas tuvieron contacto. Se veían muy de vez en cuando para tomar algo y ponerse al día de sus respectivas vidas. Nunca hablaron de lo que pasó en Cerdeña cuando, supuestamente, fue a detener a la asesina del lazo rosa. Marisa la conocía lo suficiente como para imaginar la historia y deducir o intuir el desenlace. Ahora ya poco importaba: habían conseguido tener una relación cordial y, si podían, se hacían mutuos favores, eso era lo único que contaba. Por esa razón, a Marisa Giménez no le costó acceder a la petición de su expareja.

—Te debo una —le dijo Emma cuando Marisa le entregó el informe.

El resto se solucionó apañando algún que otro trámite. La doctora Dylan dio parte, la forense Marisa Giménez hizo el informe y la jueza de guardia, otra colega que casualmente estaba de servicio justo el día y hora en que se presentó la denuncia, tramitó el expediente. Cuando llegó a comisaría, Murals misma lo interceptó y notificó a la subcomisaria que ellas, en un gesto de altruismo, generosidad y dedicación al oficio, se hacían cargo del caso.

—No ha puesto pegas —le notificó a García—. ¡Con lo bien que le viene…! Seguro que lo aprovecha para ponerse medallas.

—¡Ea, ea, Murals!, que a nosotras también nos viene de perlas. En el fondo, ha accedido porque confía en nuestra capacidad.

—¡Qué quiere que le diga! Es una trepa —dijo Murals—. Hará cualquier cosa para llegar a comisaria en jefa y, si es así…, *ja hem begut oli*.

La inspectora quedó unos segundos pensativa.

—Beber aceite —murmuró—. ¿De dónde viene esa expresión?

—No quiera saberlo —respondió Murals—. Cosas de la Inquisición. Bueno, venga, pongámonos en marcha, que *se nos ha*

girado un montón de faena.

García sonrió: le encantaban los catalanismos de Murals.

3.40 h.

—Acabo con esto y subimos a la UCI. Ponle Diazepam a saco y déjalo monitorizado. Que avisen al gorila de la puerta; esta vez se ha salvado por los pelos, que se lo diga él mismo al *conseller*. La del cólico va recuperando, ¿no? El ansioso está tranquilito y los broncoespasmos durmiendo. Venga, vamos.

Pero ha vuelto a ocurrir: cuando enfilan las escaleras oyen el lamento estridente de una ambulancia entrando por la puerta de Urgencias. Y todo el mundo a la carrera. Apenas ha puesto un pie en el primer escalón. ¡Es un paro, es un paro!

La camilla sigue a toda velocidad a la administrativa y a la enfermera que ha hecho la selección. Vienen unas por un lado, las otras por el otro. Alguien canta:

—52 años, hipertensión arterial, tabaquismo activo, dolor torácico durante más de una hora, pérdida de conocimiento, registra infarto anterior…

Lis va directa a hacer el masaje, otra carga la medicación, otra prepara intubación, la auxiliar monta el respirador, ponen el aspirador, conectan el monitor… todo el mundo sabe lo que tiene que hacer.

—¡Adrenalina!

Lis sigue dándole…. 27, 28, 29 y 30… ¡Ambú! Una, dos. Y vuelta a empezar.

—No reacciona.

Segunda adrenalina…. 27, 28, 29… El monitor se dispara. ¡Ojo, ojo… taquicardia ventricular! Hay que chispar. Se activa el monitor, Dylan agarra las palas y… todo el mundo atrás:

—¡Chispa!

Y todo el equipo adelante, como una ola que diría la más grande. A Lis se le escapa una sonrisa por debajo de la mascarilla. En situaciones como esta pueden pasarte por la cabeza los pensamientos y las imágenes más insólitos. Dylan levanta la vista, sus miradas se cruzan, una verde, la otra color caramelo, las mascarillas obligan a mirarse a los ojos.

—¡Chispa!

Y otra vez la ola.

Después de media hora larga, el paciente recupera el ritmo cardíaco, se restablecen las constantes vitales, vuelve a respirar y todo el mundo respira con él. Llega el intensivista.

—Satura justito. Ponle oxígeno.

Dylan y Lis abandonan el box de paros. El más cercano a la entrada.

Deshacen el camino que media hora antes hicieron a la carrera. Ahora a paso cansado. En uno de los pasillos aparece tentadora una máquina de café.

—Duerme un poco —le dice Lis mientras beben aquel líquido más cercano al regaliz que al torrefacto.

No. No quiere ir a dormir. ¿Y si después llega otra ambulancia, justo cuando pone el pie en el primer escalón? Lo ha intentado ya dos veces. A la tercera va la vencida, dicen. Lis insiste en que tiene que descansar. Le asegura que ella se encarga de todo, que ya la llamará si hace falta. Pero Dylan se niega. No, no es tozudez, quiere ser ella quien intente despertar a Iris Ferrán. ¿Cuántos días lleva ya? ¿Tres… cuatro? Está estable, no se despierta; a la que se descuiden, la de la mañana le baja el Propofol. Tiene que hacerlo ella, tiene que ver cómo reacciona.

—Sube conmigo —le ordena.

—Pero, Marta…

Ya ha puesto el pie en el primero, segundo, tercer escalón… no suena nada.

—Que vengas.

La cama está en el centro del box, hay un metro de distancia a cada lado, pueden moverse con cierta holgura. A la cabecera, el monitor indica que todo está bien: ECG 78. Tensión 120/71. Saturación 98%. Frecuencia respiratoria 16. No está intubada. Dylan intenta evitarlo; si se alargara la intubación, llamarían a otorrino y le harían un agujero en la tráquea. Teme a ese equipo: son capaces de no esperar ni una semana para meterle respiración por un tubo, nunca mejor dicho. Del brazo le sale una vía con llave de tres pasos y sueros que cuelgan de lo alto de un palo. La bomba de perfusión va soltando obediente los medicamentos con la frecuencia que le han indicado. Las alarmas duermen. Iris también. Se oyen pitidos acompasados, ritmos mecánicos y el ciclado de un respirador en el box de al lado. La iluminación es muy tenue, Lis la aumenta lo justo: sabe que a la doctora la hiere el exceso de fluorescente. De día, entra luz natural de una claraboya que hay en lo alto. De día, entra la luz del día como si iluminara el deseo de vida.

La doctora Dylan le coge la mano a la paciente. Lis se sorprende: no es lo habitual en ella, que suele ir al grano; pero no dice nada. Observa a la doctora desde el rabillo del ojo mientras comprueba constantes. La mano de Iris Ferrán es delgada. Tiene la piel suave, dedos de intelectual. Su temperatura es correcta, comprueba Dylan; incluso la nota tibia.

Y le ha dado la impresión de que reaccionaba al tocarla. Sí, una leve presión. Ha movido los dedos, como cerrándolos, como clamando, como diciendo estoy aquí. ¿Lo ha hecho? Sí, se convence, al tocarla ha cerrado ligeramente la mano. ¿No es una impresión, una ilusión? No. La ha movido. La ha cerrado. Eso le da una cierta esperanza de que al retirarle la sedación vuelva a la vida aunque sea desde lejos y a medias.

Y entonces, le llega una frase como un disparo: el deseo modifica la realidad. Se lo dijo Violeta, en algún momento le advirtió. Pero no hace caso. Tiene que probarlo.

—Para el Propofol —dice sin más.

Si está dormida por efecto del medicamento, se despertará. La reacción será inmediata.

—¿No es un poco pronto? —advierte Lis.

—¿Qué dicen las analíticas?

—Sí, está eliminando bien el tóxico, pero…

—Páralo… A ver qué pasa.

El dedo de Lis va hacia la bomba de perfusión y aprieta el *stop*. Siguen comentando. Que si la determinación de tóxico en sangre, que si el riñón, que si sigue igual habrá que hacerle un TAC, que si se lo comentas a la neuróloga, que quién está mañana, que no, que mañana no venimos, bueno igual me paso… Pero entonces ocurre algo inesperado. La frecuencia cardíaca se acelera. ¡Pi, pi, pi, pi, pi.! 130, 140. La tensión se dispara. ¡Pi, pi, pi, pi, pi…! 150. Hay que pararla. Lis reacciona en paralelo a la voz de la doctora, que indica activar de nuevo el medicamento.

—¡Vuelve a sedar!

Su dedo está ya hundido en el «start». El sedante vuelve a entrar en las venas. Los niveles bajan. El pitido cesa. Lis suspira. Dylan respira.

—Volveremos a intentarlo otro día.

Murals y García pactaron el doble plan de acción.

—Vale —accedió la agente—, vamos esta tarde a visitar a la vecina de Iris Ferrán, pero nos ponemos ahora mismo con esto —señaló el informe *Psicothief*—, Con un par de horitas será suficiente, ¿le parece?

García aceptó y Murals mostró orgullosa el retrato robot. Su intención era ponerlo en la pizarra magnética, pero apenas si quedaba un rincón vacío abajo a la derecha.

—Vale, vale —cedió la inspectora al darse cuenta—. No se preocupe, hago una foto con el móvil y lo borramos todo.

Ya con la pizarra vacía, Murals situó en el centro la imagen de la joven, tomó tres rotuladores de tres colores distintos y empezó a disparar flechas.

—La estructura de la cara es rectangular, lo que significa que tiene —lo escribió— confianza en sí misma. Ese rasgo facial es propio de personas leales —debajo escribió la palabra «leal»—, con un gran sentido del compañerismo; suelen ser creativas y un tanto idealistas —hizo lo propio—. Sigamos: ojos pequeños. Denotan inteligencia —lanzó otra flecha y apuntó «inteligente»—, se asocian a personas de una gran sensibilidad, activas y creativas —subrayó el «creativa» anterior—. Nariz respingona: sinónimo de nobleza —unió la palabra a «leal» y a «compañerismo»—. Si además es pequeña, significa que disfruta de la vida; y con las aletas marcadas: es extrovertida y sabe expresar sus emociones.

Se detuvo un momento para ver si García le prestaba la debida atención.

—¿Me sigue?

—Sí, sí, Murals, es muy interesante. ¡¡Menudo estudio

psicológico de la fisonomía se ha pegado!!

—Bueno, jefa, es que a mí todo esto me sirve para la construcción de los personajes en mis novelas.

—Ya, claro, claro, pero no deja de ser un currazo.

—Bueno, sigamos —dijo Murals henchida de orgullo—. Boca grande de labios delgados. Estamos ante alguien que difícilmente se dejará engañar. De nuevo, no le cuesta expresar sus emociones —enlazó términos—. Es fría, calculadora, con tendencia a la sinceridad, pero no a la diplomacia. Tiene ligeras arrugas en la frente, no por la edad sino de expresividad. Como son en la zona superior, indican que tiene las ideas claras —seguía relacionando conceptos—, y que es…, otra vez —recalcó uniendo palabras— inteligente y, con toda probabilidad, instruida. Al ser ascendentes, denotan, de nuevo, sinceridad y un gran sentido de la lealtad. Ese tipo de personas que, si son tus amigas, lo son para toda la vida, pero si las defraudas, no esperes su perdón. Por último, el párpado inferior elevado indica amabilidad y el inferior horizontal nos dice que es calculadora y muy astuta —trazó las últimas líneas y se giró hacia la inspectora—. ¿Qué? ¿Qué le parece?

García miraba atónita el cuadro. De nuevo, la pizarra magnética aparecía llena. Las líneas, círculos y subrayados que había marcado Murals dejaban claros, en tres colores distintos, los rasgos de personalidad, los psicológicos y los emocionales. Y, en el centro, aquella carita avispada, simpática, casi angelical.

—Murals —dijo al fin la inspectora—, esta chica es una joya.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lo investiga la policía?

Hubo que tranquilizar a la vecina de Iris Ferrán, asegurarle que en todos (o en casi todos, puntualizó García) los casos de suicidio se hacía una somera investigación. Pura formalidad.

No se quedó nada convencida. Vodka, la perra de Iris Ferrán, las había saludado sumisa y contenta aunque algo tímida. Ella, sin embargo, mostraba en cada pliegue de su rostro una notable desconfianza, en especial hacia Murals, que aun en segundo plano y sin uniforme (para no amedrentar más de la cuenta) mostraba esa expresión calibrada, casi flemática, tan propia de policía de teleserie.

—Señora Roure —dijo García en tono sereno—, solo queremos saber qué ocurrió aquella noche para ayudar a la señora Ferrán. ¿Sabe que está en coma?

—Sí, pero, con la niña… y ahora, además, con la perra, no he podido ir a verla. Estoy sola. No se crea que es fácil.

—Desde luego que no —convino García, aunque no pudo evitar pensar que, aquella noche, había dejado a la niña para irse de farra —. Y le agradecemos que se haya hecho cargo del animal. En cuanto podamos, buscaremos una solución.

—No pienso permitir que la lleven a la perrera. Es buena y obediente, apenas me da trabajo y mi hija está encantada.

—Como prefiera. ¿Dónde está ahora la niña?

—En el colegio. Tengo que ir a recogerla dentro de poco.

—No le robaremos mucho tiempo —aseguró García, y siguió con el interrogatorio—. Nos consta que llegó a casa sobre las dos de la madrugada. ¿Es correcto?

—Sí. Se me hizo muy tarde. No suelo salir de noche; con la niña…

—Claro.

—Pero ese día… era una celebración importante, un reencuentro… —dijo como disculpándose.

—Ningún problema —intervino Murals—, solo queremos saber cómo y por qué entró en casa de la señora Ferrán.

Aquel requerimiento la puso aún más en guardia y García lo notó.

—Murals —le dijo amablemente—, retírese un poquito, haga el favor.

Era pura estrategia. Tener a la vecina cruzada con Murals podía favorecer un acercamiento hacia la inspectora. En caso necesario, no habría dudado en enviar a la agente al portal, pero la quería cerca. Murals era muy aguda, solía captar detalles que a ella se le escapaban. Cuando la agente dio unos pasos hacia atrás, García se giró para hacerle un guiño.

—Iris y yo tenemos muy buena relación —argumentó Roure—. Nos ayudamos mutuamente. Somos buenas vecinas.

García trató de darle confianza.

—Por supuesto —hizo un gesto con la mano como espantando un potencial mal rollo—. No debe temer nada. Como ha dicho mi compañera —iba a decir subalterna, pero se contuvo—, solo queremos conocer la secuencia de los hechos. Usted llegó hacia las dos y… ¿qué paso? Intente recordar todos los detalles, cualquier pequeño dato; por insignificante que parezca, puede sernos de utilidad.

—Despedí a la cangura. —García miró de reojo a Murals, que ya estaba tomando nota. Su sincronía era cada vez más tántrica. Habría que localizar a la cangura—. Me sentía acelerada. Me pasa siempre que trasnocho y más ahora que lo hago de forma tan esporádica. Luego me cuesta dormir. Salí a la galería a fumar. Dejé el tabaco cuando me quedé embarazada y no he vuelto a caer, pero un peta de vez en cuando…, y más en una noche como aquella. Demasiados recuerdos, demasiadas emociones removidas. La maría ayuda en esos casos.

—Es legal —intervino García para seguir dando complicidad.

—Sí, lo sé. Soy socia de un club de cannabis.

García sonrió e hizo una inclinación de cabeza dando su aprobación.

—Bien. ¿Y entonces?

—Salí a la galería. Aunque la niña estaba durmiendo…, evito que entre el humo. Desde allí se ve la ventana del dormitorio de Iris. Venga —le indicó—, se lo enseñaré.

Se dirigieron las tres a la galería. Murals, unos pasos por detrás. Tuvo que quedarse en la cocina porque a duras penas cabían dos personas entre el tendedero, un lavadero, la lavadora y estantes repletos de productos de limpieza.

—Es esa —dijo señalando la ventana contigua, que quedaba a poco más de un metro de distancia.

Murals estiró el cuello para echar un vistazo.

—Qué raro —dijo García—. ¿Cómo es que su dormitorio no es exterior? Estos pisos son muy soleados.

—Y muy pequeños, como ha podido comprobar. En origen, todo el rellano era un solo piso. Ahora hay cuatro apartamentos. Ella instaló el estudio en la habitación principal, que es donde pasa más horas. Prefiere la luz natural para trabajar que para dormir.

—Claro.

—Me extrañó ver luz a aquella hora, pero pensé que se había quedado leyendo o, yo qué sé, que había ido al lavabo. De todas formas, no era habitual, ella siempre se acuesta muy temprano y madruga mucho. Solemos bromear con eso. Como las gallinas, dice. Así que… qué quiere que le diga, me mosqueó un poco ver la luz encendida durante todo el rato que estuve fumando. Además, oí que Vodka lloriqueaba, y eso fue lo que más me alertó. Es una perra educada, Iris suele dejarla con nosotras cuando se va unos días. No habría entrado, pero justo cuando estaba apagando la colilla noté que la luz centelleaba de una forma extraña, como si la lámpara se hubiera caído. La llamé flojito… tampoco era cuestión de despertar al vecindario, pero creo que si hubiera estado despierta me habría oído. *Estas bé?*, le dije, *Iris, et trobes bé*?[1] No hubo respuesta y eso me inquietó. Tuve un momento de duda. Quizás no era para tanto,

pensé, pero entonces la perra se puso a aullar. Vodka nunca ladra, no molesta, ya lo ven, es muy tranquila. Sentí una opresión aquí —se apretó la boca del estómago—. Yo soy muy intuitiva, ¿sabe? Noté que pasaba algo. A esa perra le pasaba algo.

Volvieron a entrar y Murals pidió permiso para intervenir.

—Disculpe si le hago preguntas incómodas, pero tenemos que comprobar que sus apreciaciones eran… digamos precisas. —Hubo un silencio. García aprobó a Murals con un leve cabeceo; la introducción había sido buena y, siguiendo la estrategia, mejor que la pegunta la hiciera ella—. ¿Había bebido?

Laia Roure hizo una respiración contenida.

—Vine en coche y tengo una hija —dijo contundente—. Le aseguro que nunca me excedo. Bebí una copa de cava para brindar, pero fue al principio, en la cena. Después me conformé con zumos de frutas. Pueden comprobarlo si quieren.

—No será necesario —intervino García—. Lamentamos mucho tener que entrar en estos detalles, pero, como le ha dicho mi compañera, es del todo necesario.

Roure echó una mirada a Murals de absoluto recelo. La agente siguió:

—¿Cree que pudo afectarle la marihuana?

—Lo único que hace la marihuana es relajar, no altera la percepción. Y como ha quedado patente, mi intuición no falló —remató con cierta acritud, mirándola de cara.

García redirigió la conversación.

—Bien, entonces decidió ir a ver qué pasaba.

—Sí.

—¿Vio a alguien?

—No.

—¿Y oyó algo? ¿Pasos, el ascensor, una puerta…?

—Creo que no, pero no me fijé, estaba nerviosa.

—Bueno, es normal. ¿Entró en el piso sin problemas?

—Sí, tengo la llave. Las dos tenemos llave. Primero llamé al timbre, pero, sinceramente, no esperé mucho; además, la perra respondió con ladridos.

—Descríbame qué vio.

—Fui directa a su habitación y la encontré en la cama, inclinada hacia un lado, con la mano extendida, como si hubiera intentado coger algo. Y la lámpara de la mesilla estaba en el suelo. Llame enseguida al SEM.

—¿La tocó? —preguntó Murals.

—Sí, la tumbé bien en la cama, miré si respiraba y le tomé el pulso. Era muy débil.

—¿Llevaba el móvil consigo o tuvo que ir a buscarlo? —dijo Murals.

—Lo llevo siempre conmigo. Es un vicio que adquirí desde que tengo a la niña.

—Ya. —Aquel «ya», más socarrón que afirmativo, sobraba. García se dio cuenta de que a Laia Roure se le había clavado y más hondo iría al oír el resto de la frase—. ¿Y qué hizo con la niña mientras atendía a Iris Ferrán y esperaba a la ambulancia?

No eran solo las preguntas, era sobre todo el tono. Aquella prepotencia, la arrogancia postural, el timbre engolado en la voz. Recordaba demasiado a la protagonista de *Bron (El puente)*: cero empatia. Roure miró a García. Luego volvió a clavar la mirada en Murals.

—Estaba durmiendo —balbució.

—¿No pidió ayuda a ninguna otra vecina?

Era evidente que Murals la estaba incomodando.

—No se me ocurrió. Estaba angustiada por Iris —hablaba exhalando aire cada dos o tres palabras. En realidad, en aquellos momentos, se había olvidado por completo de la niña, y eso le creaba cierto sentimiento de culpa, pero no quiso mencionarlo—. En cuanto llegaron del SEM, volví a casa y me llevé a Vodka conmigo.

García se dio cuenta de que estaban rozando un límite. Desvió la conversación antes de sobrepasarlo.

—¿Había notado algún cambio en la señora Ferrán, últimamente? —Silencio. La vecina seguía repartiendo miradas suspicaces—. ¿La vio más nerviosa o… deprimida, tal vez?

—No —respondió con rotundidad—, al contrario. Me comentó que había terminado un libro, que iba a publicarlo muy pronto; me prometió un ejemplar dedicado y dijo que pensaba hacer una presentación en no sé qué evento. Estaba ilusionada, al menos esa era la impresión que daba.

—Ya —dijo García en tono muy neutro. Había que ir abreviando—. Bueno, creo que eso es todo por el momento. Gracias por su colaboración. En cuanto tengamos la orden judicial entraremos en el piso a hacer un registro. En caso necesario, podremos contar con su ayuda ¿verdad?

—Desde luego —afirmó con la misma expresión recelosa.

Empezó a sentirse algo aliviada cuando vio que se batían en retirada, pero iba a ser por poco tiempo. Las policías necesitaban el puntillazo final y le tocaba lanzarlo a Murals. Estaban ya en la puerta, y justo cuando acababan de despedirse, como hacía siempre Colombo, Murals se giró:

—Una cosita más —el mismo tono recalcitrante de falsa ingenuidad—. Si se tienen tanta confianza, ¿por qué no ha ido a verla? —Y sin esperar respuesta—: Sí, ya sé, ha dicho que la niña… pero podría llamar a la cangura como hizo para irse de… —rozando el sarcasmo— de cena.

El tono de Laia Roura, en aquel momento, pasó de la desconfianza a la rabia.

—No he ido a verla por la niña, sí. Además está en la UCI, ¿no? ¿Cree que me dejarán entrar? ¿Y serviría de algo?

—El calor humano siempre sirve —quiso aplacar García—. Dicen que hablar a una persona en coma es positivo.

Pero Roure estaba ya demasiado exaltada. Se dirigió a García con evidentes signos de ansiedad.

—Díganme qué significa esto —y fue lanzando miradas alternativas a la una y a la otra—. ¿Quieren decirme qué ha pasado? No, no es puro trámite —jadeaba—. Díganme qué significa este interrogatorio y qué están insinuando.

—Nada, Sra. Roure. No se altere —atajó García aun sabiendo que esa frase es la que más puede alterar a alguien que ya lo está; se

arrepintió nada más soltarla—. Disculpe si la estamos importunando…

—¡Sí, me están importunando!

—Lo lamento muchísimo, no era nuestra intención —chasqueó la lengua y se giró hacia Murals para lanzarle en tono de reproche—. Ya le he dicho que se retirara —y dirigiéndose a la vecina, meneó la cabeza a modo de disculpa—. Solo queremos constatar que su actuación fue la correcta. A veces, podemos dar una impresión que no es. Esta profesión nos endurece demasiado. Le ruego que nos disculpe.

Aunque en apariencia salieron con el rabo entre las piernas, un cierto aire triunfal corría por sus venas. Al menos por las de García. Podían descartar como sospechosa a la vecina.

—Era sincera —le dijo a Murals nada más pisar la calle.

La agente respondió con un gruñido y García continuó.

—Por lo que ha dicho, no creo que Iris tuviera intención de suicidarse. —Otro gruñido—. Y, está claro que ella no tuvo nada que ver. Ahora tendríamos que localizar a la cangura. Tal vez oyó algo, tal vez…

Murals remató con un tercer gruñido y siguió andando con paso firme, manos hundidas en los bolsillos y aspecto ceñudo hasta que llegaron al coche. Antes de entrar, García quiso saber qué le pasaba.

—¡¿Qué me va a pasar?! —exclamó compungida—. Pues que no me gusta hacer de poli mala.

Dormir bajo un fondo coral urbano. Niñas que lloran, madres que gritan, perras que ladran. Una sinfonía vecinal de pequeños electrodomésticos y tintineo de cocinas. Puertas que se abren y se cierran, el ascensor con todas sus onomatopeyas. Por el patio de luces sube un olor a sofrito y a especias.

La composición orquestal varía a lo largo del día. Concierto en si bemol mayor de porcelana y cubertería. Los aromas también. Café expreso. Sintonía de teleserie de sobremesa hasta que las escuelas suelten el rebaño. Ascensor, puertas, de nuevo cocinas. Y niñas que gritan, madres que ladran, perras que lloran. ¡Haz los deberes, cómete la merienda, deja en paz a tu hermana! El motor de una lavadora urgente y sintonía de dibujos animados. ¡Apaga la tele! Olor a cacao barato y a pipí con Nenuco.

Dylan se despierta. La luz vespertina se filtra por una rendija. No logra identificar los olores que llegan ahora. ¿Sonidos? Más o menos los mismos que a lo largo del día se han hecho presentes de forma intermitente como en una nebulosa. Vigilia, sueño; vigilia, sueño. No, no lo ha soñado. Todavía se oyen los ecos de esas niñas y niños que ladran, esos perros que gritan, esas madres que ya no pueden más y lloran.

Le pesa el cuerpo como si lo hubieran llenado de piedrecitas blancas de jardín, de esas que parecen esponjosas pero no dejan de ser guijarros. La cabeza se le hunde en la montaña de almohadones. En la pesadez del despertar, siente que podrían llegar a engullirla y, en el fondo, lo desea. Hundirse en aquella montaña de plumas como quien cae al fondo del mar y no emerger nunca.

Es media tarde y el sol otoñal, oblicuo, pero aún vivo, araña el ventanal que da al patio. Aún no han cambiado la hora. Mira el

reloj, no sabe si le toca comer o cenar. En cualquier caso será un desayuno.

—¡Ea, ea, Murals, que no es para tanto!

Murals iba al volante y seguía ceñuda. Por suerte, aquella tarde le tocaba su curso de escritura creativa y eso la sanaba de todos los males del mundo.

—Si no le importa —le dijo a la inspectora—, me llevo yo el coche. Lo dejo en el *párking* y luego me voy a la clase. Así me dará tiempo de pasar por casa.

—Claro, claro. —¡Cualquiera la contradecía!

—Ha quedado con la doctora Dylan, ¿no?

—Sí. No se preocupe por mí, Murals, ya me apaño. Venga, disfrute de la clase.

Salió del coche y resopló ligeramente mientras lo veía alejarse entre un tráfico que empezaba a ser de hora punta.

Miró su móvil ¿Demasiado temprano para llamar?, se preguntó. ¿Espero a que lo haga ella? Estaba cerca del Passeig de Lluís Companys y, por lo tanto, del parque de la Ciutadella. Instintivamente, fue en esa dirección. Dylan no vivía muy lejos de allí. Se sentó en un banco y reflexionó sobre qué ofrecerle. Nadie se toma una cerveza y unas bravas recién levantada, que era lo que a García le apetecía zamparse; sin alcohol, por supuesto. El Born quedaba cerca… ¡Ah! Y un barecito muy moderno, muy *vintage* y muy *kitsch*… ¿Cómo se llamaba? Fredy y… en una de esas callejuelas que van hacia El Born. ¿Comerç? No, más arriba. Buscó en el móvil una combinación posible: «Bar Fredy Born» y apareció: Elsa y Fred. Carrer Rec Comtal. ¡Bingo! Un puntazo llevarla allí. Ambiente tranquilo, con un toque romántico y platillos excelentes. Claro que… quizás a ella le apetecía más un café con leche y un cruasán. ¿Y no resultaría demasiado evidente que quería

impresionarla? Además, tranquilo, tranquilo, lo que se dice tranquilo… La última vez que fue estaba abarrotado de turistas. Lo descartó.

Pasó un buen rato saltando de local en local, que si opción vegetariana, que si ni muy elegante ni muy cutre, que si terraza para que pueda fumar… hasta que le sonó el móvil y Marta Dylan, con un hablar todavía pastoso, le propuso un lugar y una hora.

—¡Perfecto! —exclamó García—. Me queda supercerca —y no tartamudeó.

El Árbol Brunch, en el Passeig de Sant Joan. Todas las opciones: dulce, salada, vegetariana, vegana y *gluten free*.

Era un local con encanto y a aquella hora —demasiado tarde para merendar, demasiado pronto para cenar— había mesas libres, cada una de su forma y manera particular, con cierta elegancia en el desorden decorativo. Diseño, lo llaman. Iluminación cálida, plantas naturales y sillas discordantes, algunas a modo de columpio. García llegó primero y a punto estuvo de instalarse en uno de aquellos balancines suspendidos del techo, pero rechazó la idea. No le parecía serio tener una conversación sobre un presunto crimen sentada en una cestita colgante, oscilando a lo Pippi Calzaslargas.

Dylan no tardó. De hecho, aún no había elegido mesa cuando apareció por detrás de ella, la saludó y la arrastró hacia el fondo asegurando que allí estarían más tranquilas. García empezó a sentirse un pelín insegura ante tanta rotundidad. Estaba claro, pensó, que Marta Dylan lo tenía todo mucho más claro que ella. Con la misma determinación se puso a mirar la carta.

—Voy a pedir un plato —dijo a modo de disculpa—. Necesito comer… o desayunar.

—Te acompaño —se apuntó García—. Aprovecharé para cenar. —Aunque no era su hora habitual, no le venía mal una merienda-cena— ¿Qué me recomiendas?

—Yo me pediré una hamburguesa vegetariana.

García intentó disimular, sin demasiado éxito, una mueca de repugnancia. La idea de un emplaste con forma de *burger* hecho a base de alguna legumbre acompañada de lechuga y brotes de soja no

le activaba, para nada, las papilas gustativas.

—Prueba los huevos Benedict —propuso Dylan—, los hacen muy ricos.

García los buscó en la carta. Bueno, un par de huevitos para cenar, acompañados de patatas asadas con un tomate y unas lonchas de aguacate iba a ser una cena demasiado ligera, pero lo compensaría de regreso a casa. Como era temprano, podía completar el ágape en el libanés de su barrio.

—Sí, genial idea —le dijo—. Tampoco es bueno cenar demasiado.

Dylan inclinó la cabeza y levantó una ceja.

—Te servirán una buena ración.

Y en efecto, aunque en el plato no había nada de lo que la inspectora consideraba consistente —aquellos dos huevitos pasados por agua no dejaban de ser una mariconada—, el conjunto aparecía colorido y frondoso.

Evitaron hablar del tema mientras comían (o cenaban o desayunaban): no resulta agradable masticar vegetales y carbohidratos en la misma boca que evoca a una señora que está en la UCI y que vete a saber si saldrá, cómo saldrá… No, ni agradable ni correcto. Ambas lo tenían presente, sobre todo Dylan; primero atemperar el estómago, luego ya entrarían en materia. La conversación, García no supo muy bien cómo ni por qué, derivó hacia la relación entre el consumo de alimentos y el cambio climático.

—Oye, pues sí que está rico —dijo la inspectora a quien el combinado le estaba resultando, en verdad, apetitoso—, y tenías razón, es muy completo. ¡Un platazo, vamos!

—Sí, me gusta este sitio porque lo que ofrece es de calidad y se nota que son respetuosas con el medio ambiente. No hay suficiente conciencia de lo importante que es consumir productos de la tierra y que sean de proximidad. Me irrita ver cómo la gente joven devora carne, sin escrúpulos. No saben lo que representa, todo lo que se destruye para que puedan comerse una hamburguesa en el McDonald's por un euro.

García recordó que cuando su situación económica era tan precaria, en más de una ocasión había recurrido a ese tipo de ofertas.

—El maltrato animal —continuaba Dylan entre bocado y bocado—. En las granjas, no solo no pueden moverse. Les inyectan un cóctel químico: antibióticos, hormonas, analgésicos y monóxido de carbono, para que la carne tenga buen aspecto. Es repugnante. Y, encima, con la p… —estuvo a punto, pero no llegó a decirlo— globalización, la gente no se da cuenta, pero puede estar comprando carne que viene de Nueva Zelanda, de una res que mataron hace más de un mes.

Con semejante panorama, a García introducir un trozo de aguacate en la boca le hacía creerse ciudadana de pro. A partir de aquel momento, cada vez que se comiera una hamburguesa de ternera iba a sentirse culpable del calentamiento global. El discurso de Dylan era tan fluido que no se le ocurría cómo entrar y, para no parecer fuera de él, lo iba secundando con exclamaciones tipo «desde luego» o «ya lo creo» o «Visto así…».

—El turismo, por ejemplo —la doctora no se frenaba—, está haciendo mucho daño al planeta. La gente no viaja, colecciona países. ¿Te fijas? Dicen hemos hecho Vietnam, hemos hecho Tailandia, las Bermudas, el verano que viene haremos… qué sé yo, la Ruta Maya, las Seychelles, los Andes. No descubren nada, ni conviven con la población ni experimentan sus costumbres… no entran en su cultura. Lo consumen todo enlatado. Reconocen los lugares en los que han estado por las fotos que hicieron, el tamaño de las piscinas de los hoteles o el sabor de un determinado alimento congelado que les sirvieron en el restaurante con espectáculo autóctono después de un *city tour*. Y para ello, para lucir su colección de viajes, ¿tienen idea de cuánto han contaminado? Aviones, barcos, vehículos a motor…

A continuación arremetió contra los cruceros, y García, que nunca la había visto tan locuaz, empezó a notar cierto mareo.

—Has dormido bien después de la guardia, ¿eh? —dijo al fin, cuando Dylan ya había consumido la hamburguesa y había ralentizado un poco la arenga.

—Bueno —respondió, más relajada y dudando si pedir un *carrot cake* de postre—, con interrupciones. Cuando duermes de día te llegan todos los sonidos de la vida cotidiana. La gente suele hacer mucho ruido. A veces, si no me pongo tapones, no lo resisto, pero hoy estaba tan cansada que caí como un saco; he ido siguiendo entre sueños la evolución del barrio. ¿Te partes un pastel de zanahoria?

A decir verdad, García no sabía, ni se le habría ocurrido jamás, ni le parecía para nada apetitoso que existiera un pastel de una raíz alargada y peluda que no deja de ser un vegetal de dibujos animados.

—¡Ah, pues sí, mira! —no podía mostrarse tan lerda—. Ideal para rematar esta cenita.

Por fin, tras el largo preámbulo ecologista, pidieron los cafés y abordaron el tema.

—Bueno —introdujo García relamiendo todavía los últimos bocados de aquel invento de la alta repostería. ¿Qué maléficas coordenadas se habían dado para no haberlo descubierto hasta ese momento de su vida?—, y ¿cómo está Iris Ferrán?

—Está estable, respira por sí misma. El coma no es tan profundo —hizo una mueca—, pero no se despierta.

—Ya… —García sopesó el asunto. Necesitaba tener claro todo el proceso para encauzar la investigación. Le pidió a Dylan que se lo explicara paso a paso.

—A una persona intoxicada, lo primero que le miramos son los niveles de tóxico en sangre. Vemos qué cifras son las tóxicas para ese medicamento y en cada analítica se comprueba si los niveles van bajando, que sería lo lógico. Iris lleva dos analíticas en las que la determinación de ese tóxico en sangre es negativa; es decir, ya lo ha eliminado por el riñón, tal como esperábamos. Eso hace suponer que si la despertamos, puede vivir con normalidad, o sea, de forma cada vez más autónoma. Como está sedada, tenemos que retirarle la medicación para ver qué pasa. En principio, debería despertarse. A mí, como médica, lo único que me interesa saber es si puedo retirarle la sedación. ¿Qué pasa si lo hago? ¿Cómo reaccionará? Tengo que comprobar si su estabilidad se puede atribuir al medicamento que le estoy dando o no. ¿Me sigues? —García

cabeceó un sí con los cinco sentidos—. Eso se decide cuando la paciente lleva varios días estable, como es el caso de Iris. Tengo los dos factores necesarios para retirarle la sedación: ha eliminado el tóxico y está estable.

—Entonces, ¿se lo vas a retirar?

—Ya lo hemos hecho. Esta mañana. Bueno, se lo hemos bajado, todavía no lo podemos retirar.

Hizo una breve pausa, como si estuviera calibrando los efectos de esa acción. A García le reconcomía la ansiedad. Estaba claro que, si se hubiera despertado, ya se lo habría dicho. No ahora, sino en el momento mismo. Algo había pasado.

—¿Y?

—Le ha subido la frecuencia cardíaca a niveles alarmantes. Hemos tenido que volver a administrarle el sedante.

—¡Cagüen…! —masculló echándose hacia atrás—. Eso no son buenas noticias.

—Ni buenas ni malas, Emma. —A García le encantaba oír su nombre en labios de la doctora—. Nos da información.

Volvió a incorporarse y la observó intrigada.

—Si alguien ha quedado en coma por un episodio traumático (un accidente, una agresión, algo que le haya provocado una impresión traumática), puede ser que su mente se haya quedado fijada en esa impresión y vuelva a ella en el momento de despertarse, como si no hubiera pasado el tiempo. El cerebro se vuelve a despertar en esa situación y, entonces, fisiológicamente, responde como respondía en el momento del accidente o de la agresión.

—¿Quieres decir que revive el momento en el que perdió, por así decirlo, el contacto con el mundo?

—Exacto. Y si ese momento fue traumático, si en el momento de caer en coma hubo… o ese coma se produjo por un evento agresivo, puede ser que lo reviva. De ahí la taquicardia. —Hizo una breve pausa—. Si se produjo por otros mecanismos, lo esperable es que al retirarle la medicación se despierte «normalmente» —marcó las comillas en el aire, luego se quedó pensativa apenas unos segundos—. Pero si ha tenido esa reacción es porque pasó algo.

—¿Estás insinuando que alguien intentó agredirla y lo ha revivido?

—A ver, a mí me llega una paciente con supuesto diagnóstico de autolisis. Yo no lo sé. Han encontrado un frasco… o una caja, tanto da, de un antidepresivo con alto contenido en litio, que está vacía al lado de su cama. Y, en efecto, las analíticas demuestran que ha ingerido ese medicamento en dosis muy altas, por lo tanto: ha intentado suicidarse. Se ponen en marcha los protocolos. Pasados unos días ha eliminado el tóxico, intentas que funcione de forma autónoma, le retiras el fármaco y se despierta estresada. Eso quiere decir, por una parte, que está dormida a causa del medicamento, así que se lo vuelves a administrar, se duerme otra vez y al cabo de unos días lo intentas de nuevo. Por otra parte, la pregunta es: ¿por qué se agita?

—Bueno —dedujo García—, alguien que intenta suicidarse no creo que esté relajada, precisamente.

—Sí, puede ser que estuviera nerviosa en el momento de ingerir el tóxico, pero también puede ser que viera algo o que se sintiera amenazada. La respuesta es desmesurada, Emma. Algo tuvo que pasar. La intentas despertar y ves que se pone a 150 de frecuencia cardíaca. Esa reacción… —mostró las palmas de las manos indicando una obviedad— solo puede ser un indicio.

Un indicio, un indicio… ¿un indicio de qué? No encajaba con nada. ¿Alguien la obligó a tomar las pastillas? Habrían tenido que atarla y eso deja marcas.

—Supongo que ya habéis comprobado si había lesiones.

—Lo hemos comprobado hasta cierto punto. Nada hacía pensar que pudiera haberse dado un golpe: la encontraron en la cama, una caja de pastillas vacía, no había sangre, no había hematomas…

—¿Nada en las muñecas, en los brazos…?

—No, por supuesto, nada visible.

—Pues, chica —se desesperó García—, igual estaba viendo una peli de terror mientras se zampaba las pastillas. —A Dylan se le escapó una sonrisa agria—. Es que no me cuadra.

—Lo único sería comprobar si hay alguna lesión en el cerebro, si

se dio o le dieron un golpe.

—Pues sigue sin cuadrarme. —García resopló—. Alguien entra, le da un golpe, la deja KO y ¿le enchufa las pastillas con un embudo? Vamos que ni en un episodio de Jessica Fletcher, en serio.

Dylan volvió a sonreír esta vez con menos acritud.

—No, la verdad.

La camarera les dio un respiro sirviéndoles un par de cortados, descafeinados en ambos casos. En un lateral de la mesa había un cestito con diversos tipos de azúcar. García cogió el primero que pilló, blanco refinado, mientras que Dylan rebuscaba entre el batiburrillo de sobrecitos.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó García en tono desangelado al tiempo que agitaba su sobrecito antes de abrirlo. Vio entonces que la doctora se decantaba por el integral y, de inmediato lo cambió, alegando—: ¡Anda! Si también hay azúcar moreno, no me había dado ni cuenta. —Lo cambió y, con gesto resolutivo, como si toda la vida hubiera usado azúcar de caña formato bio, vació el sobrecito en el café.

—Pediré un TAC —dijo Dylan—. Veremos si hay algún tipo de lesión. Y haremos otro intento de despertarla. Te avisaré con lo que haya.

—¿Cuándo vuelves a tener guardia?

—Mañana. Por suerte, entro a las ocho. De ocho de la tarde a ocho de la mañana. Intentaré dormir tanto como pueda, tengo cierto margen.

Lo que pensó García es que tenía un aguante extrahumano. Y que era una persona digna de admiración: por sus valores, su sensibilidad, su conciencia social y ecológica, por sus ideales, por su aplomo y por esa forma de estar en el mundo, esa elegancia en las formas, ese rostro tan hermoso y esa sonrisa tan sincera, que le despertaba todo tipo de anhelos.

Regresó a su pequeño apartamento en el carrer de l'Amistat flotando en un asfalto que le resultaba mullido y reblandecido como a mediodía de agosto. Se sentía ágil, más vital que nunca. Aquella cenita frugal le había sentado de maravilla. Sin duda, era todo,

incluido el pastel de zanahoria, mucho más sano que las hamburguesas grasientas del fránkfurt de la esquina o el kebab de la rambla del Poblenou. Emma, tendrás que cambiar algunos hábitos, se dijo, rememorando la deliciosa tarde que había pasado con la doct… No, con Marta, sí, la tarde de ensueño que había pasado con Marta. Las complicidades, los guiños, los huevos Benedict, los dos besos que le dio al despedirse… ¿Podía ser la vida así de amable?

Lo fue hasta que Murals deshizo el espejismo. Entrando ya en su apartamento, una llamada.

—¿Qué, jefa? ¿Han avanzado en el caso Ferrán? Lo digo porque mañana habrá que darle un empujoncito a la *psicothief*. ¿No le parece?

A Murals siempre le sentaba bien su clase de escritura creativa. Llegó a comisaría más temprano de lo que solía. Se tomó un carajillo clandestino antes de entrar y, en lugar de usar el ascensor, subió las escaleras de dos en dos. Enseguida se puso a trabajar en el caso.

García llegó también bastante relajada y de buen humor.

—Pues aquí estoy ya con toda la documentación —saludó animosa la agente—. Creo que los pasos a seguir están bastante claros.

Una embestida así, de entrada, hizo que la inspectora se sintiera abrumada y algo descolocada.

—¿¡Cómo!? ¿Que qué? Sitúeme, Murals, que es muy temprano.

—La *psicothief* —respondió la otra remarcando la evidencia—. Lo suyo sería ir a la agencia con el retrato robot y que nos den sus datos. La tenemos a huevo.

—¡Uff! —resopló—. Es que a mí esto ahora…

—Pero, jefa…

—A ver, no dramaticemos. ¿Ha desayunado?

—Sí, yo no salgo de casa con el estómago vacío.

—Pues acompáñeme, que yo estoy con un triste café, se toma un cortado conmigo y lo hablamos con calma. —Murals hizo un gesto de conformidad o de qué remedio al tiempo que García la acompañaba con una mano en el brazo—. Venga, que invito yo.

Salieron del despacho, atravesaron el pasillo hacia el ascensor, vieron que la subcomisaria esperaba también al ascensor plantada ante la puerta metálica junto a la que se distinguía la lucecita de llamada activada. Sin decirse nada, la saludaron con la debida cortesía y fueron directas a las escaleras de bajada.

El otoño empezaba a enseñar los dientes. Un vientecillo incómodo desplegaba hojas amarillentas de los plátanos, que aún no habían sido podados, y por el nordeste asomaban nubes negras. García se subió el cuello de la gabardina e indicó con un gesto la dirección del fránkfurt de la esquina. Sí, no tenía el mejor café pero los bocatas eran de categoría. Murals se la imaginó agarrando con ambas manos un bollo del que saldría una salchicha impregnada en mostaza y kétchup. Todo en orden. Y lo mismo debió de pensar la camarera, que nada más verlas entrar, antes incluso de que se sentaran, ya les estaba pidiendo la comanda.

—*Bon día, mestresses!* —Y dirigiéndose a García—: ¿Qué será hoy? ¿Un fránkfurt?

—No —respondió ella echando una ojeada a la barra.

—¿Bratwurst?

—No, no, tampoco.

—¿Hamburguesa, entonces? —insistió algo sorprendida.

—No, no, quita, quita. Ponme un sándwich de esos vegetales.

Hubo un cruce de miradas entre Murals y la chica de la barra, que García no llegó a percibir.

—Pero la cervecita sin alcohol sí, ¿no? Como de costumbre.

García accedió y se giró para buscar mesa.

—Pues a mí —dijo Murals animosa— me pones un descafeinado de máquina con leche desnatada y azúcar moreno —y mirando de reojo a la inspectora—, que, por lo visto, hoy nos toca *hacer salud*.

Comentaron el caso de la *psicothief*, bocata vegetal mediante. Murals lo veía sencillo. La agencia de asistencia a personas mayores, que había enviado la chica a las dos ancianas saqueadas, tendría sus datos, obviamente. El retrato robot era del todo fiable y muy fiel a la realidad; la agente estaba convencida. Solo había que hacer una visita a la directora de la agencia, conseguir la ficha de la muchacha y trincarla.

—Ya, Murals, pero es que a mí, ahora, llevar este caso me parte por la mitad.

Ya sabía yo…, pensó la agente. Combinar ambos casos iba a ser

complicado. Y estaba claro que este no podían dejarlo justo ahora que andaban tras la pista definitiva.

—¿Y si despluman a otra abuela?

—A ver, Murals —resopló García observando el interior del sándwich en el que una hoja de lechuga dormitaba sobre un manto de atún, tomate y huevo duro—, necesitará un tiempo para que le cojan confianza, digo yo, como en los casos anteriores. Esto no va a ser un pim pam. No va, llega y las despluma, en plan *veni, vidi, vici* Tenemos un margen.

—Pero, necesitamos saber adónde va, ve y vence, digo yo. Y eso nos lo dirá la directora de la agencia —chasqueó la lengua enojada —. Es que lo sabía. Jefa, usted está más por el caso de Iris Ferrán. Y lo entiendo, ¿eh?, que también es importante, pero ya lo dijimos: no podemos dejar uno por el otro.

—Pues nos los repartimos —propuso García con aplomo, le hincó el diente al sándwich y lo masticó testando sus propiedades—. ¡Mmm!, pues no está mal —comentó, se limpió con la servilleta, dio un trago a la cerveza y continuó—. A ver, Murals, somos dos y somos un equipo, ¿no? —Murals asintió sin mucha fe—. Usted se dedica más a la chica esa y yo a la doc… digo a la escritora que está en coma. Y diariamente nos pasamos el parte la una a la otra. No quiere decir que nos desentendemos del otro caso, sino que le ponemos más énfasis cada una al suyo. Y luego nos coordinamos ¿Qué le parece? Es una buena estrategia, ¿no? —y le arreó otro bocado al sándwich.

Aquella mañana, que empezó ventosa y siguió con una tormenta otoñal modelo gota fría, todas tenían una misión que cumplir: Dylan quería averiguar si Iris Ferrán tenía alguna lesión cerebral. Murals iría a la agencia de asistencia a la gente mayor para descubrir la identidad de la *psicothief*. Y García ¿examinaría el piso de la escritora a ver qué encontraba? Evidentemente, prefería ir con Murals, pero sabía que no podía estirar la cuerda tanto. Decidió ir, hacer una primera inspección y luego ya la convencería para volver juntas.

Dylan no esperó. Recién despertada, llamó al hospital. Quería tener los resultados del TAC nada más llegar. Habló con la médica que estaba a cargo de las urgencias durante el día. Era buena colega aunque un poco tiquismiquis; le puso pegas.

—Es que estamos muy liadas, Marta. Ha habido un accidente en la Ronda Litoral y no hacen más que llegar ambulancias.

Exageraba bastante: la tormenta —lo había oído en la radio—, había provocado un accidente en la Ronda Litoral y un monumental atasco que afectaba a toda la ciudad, pero hasta el momento solo había dos personas heridas. Aunque, en efecto, eso podía provocar un cierto colapso en el servicio y los días de lluvia, ya se sabe, todo se tuerce.

—Bueno, vete pidiéndomelo —le rogó—, ya me lo miro yo esta noche cuando llegue.

No le pidió también el informe de radiología para no agobiarla. Lo importante era tener solicitado el TAC. A ver qué disponibilidad tenían en el servicio. Luego aprovechó para adecentar

un poco el piso, limpiar el lavabo de la gata, hacer algunas compras… en fin, tareas domésticas. Solo de bajar al súper, con paraguas y todo, regresó a casa mojada como un pollo.

Viendo que la tormenta era inminente, Murals decidió hacerse con uno de los vehículos del cuerpo para ir a la agencia y acabó la mañana histérica. Con lo bien que había empezado. Horas de embotellamientos, semáforos en rojo, taxistas y motoristas haciendo gala de una temeridad aterradora. Una cortina de agua contra la que nada pudo el paragüitas plegable que cogió antes de salir de comisaría. Y si todo el esfuerzo y la incomodidad hubieran servido para encarrilar el cierre del caso, todavía. Pero lo que descubrió no hacía más que complicar el asunto.

—¡Quiera o no! —gruñó, hablando sola en el interior del coche cuando iba a devolverlo a comisaría entre el mismo caos circulatorio —. Quiera o no la inspectora, va a tener que implicarse más en esto. Al fin y al cabo, el caso es de ambas. ¡Y yo sola no puedo, *collons*!

García también se desplazó hasta el piso de Iris Ferrán con bastantes dificultades. Optó por el metro, que funcionaba aunque entrar en algunas estaciones era lo más parecido a hacer *ráfting*. No avisó a la vecina. Claro que, a aquella hora, probablemente no estaría en casa.

Era un apartamento pequeño, con una terraza soleada (no ese día precisamente), bastante espaciosa y una agradable panorámica de la montaña de Montjuïc. Orientación sur. Estaba limpio y ordenado.

Accedió primero al dormitorio. Las persianas estaban bajadas. Encendió la luz y comprobó que todo permanecía igual que la noche en que ocurrió el, llamémosle, accidente. La cama sin hacer, un vaso de agua en la mesilla de noche, la lámpara en el suelo y la alfombra arrebujada a causa del trasiego. Ajeno al drama, el despertador seguía marcando la hora que tocaba. Junto a la lámpara caída, medio

escondido bajo la cama había también un libro que debió de ser arrastrado por inercia. Al otro lado, en un sillón colgaba la ropa que, con toda probabilidad, Iris había llevado ese día. No tocó nada, estuvo unos minutos observando, como esperando que los objetos, las paredes, el espacio mismo le revelara algo. Apagó la luz y aun estuvo unos segundos más en la penumbra antes de salir.

A través del pequeño salón con salida a la terraza se accedía a la habitación principal. Allí estaba situado el estudio, con magníficas vistas, amplio y diáfano, de no ser por las dos paredes forradas de estanterías con libros. Nada más entrar (aquí no hizo falta encender la luz, del exterior entraba una oscura claridad), García tuvo la impresión de que algo no estaba en su sitio. En las paredes que quedaban libres de estantes había fotos, cuadros y pósteres. No se detuvo a observarlos: no era ahí donde «la cosa» no encajaba. En un rincón, junto al escritorio, había un mueble con cajones y encima la impresora, los aparatos de conexión telefónica, internet, *wifi*, etc. La mesa de trabajo frente al ventanal rebosaba de carpetas, libros, libretas, papeles connotas, botecitos con lápices, rotuladores y bolígrafos. Una lámpara tipo flexo y una cesta con cables y cargadores. Una caja de caramelos Ricola de limón y melisa medio abierta, un paquete de clínex medio vacío, una grabadora vieja, un estuche con CDs, una especie de bandeja con departamentos para clips, chinchetas, cinta adhesiva… Todo en su sitio. ¿Qué era lo que no casaba? Como en la estancia anterior, se encomendó a los objetos, a las paredes, a las energías vitales clamando ayuda. ¿Qué es lo que no veo? ¿Qué se me escapa?

En ese momento, un relámpago encendió el cielo iluminando la estancia como si un cañón reflector hubiera apuntado al centro mismo del escritorio. El trueno que lo acompañó hizo temblar el edificio y le pegó tal sacudida que el tembleque la hizo desplazarse hacia la puerta. Entonces se dio cuenta.

Aún con taquicardia y la respiración entrecortada, masculló:

—¡Hay que ser P3 de escuela de policía! ¡Cagüen todo! ¡El ordenador!

Lis Gálvez, la enfermera que viaja a lugares recónditos a los que no llega el turismo, está preparando el instrumental. Conoce el mundo a través de sus miserias. Ha estado en Latinoamérica, en Oriente próximo, en Nepal, en el norte de África. Ahora toca la zona subsahariana. Está ya pensando en las vacaciones de Navidad y ha visto un proyecto de cooperación que le interesa.

Ella y la auxiliar preparan juntas el instrumental para hacerle la higiene a Iris Ferrán.

—Voy al almacén —dice la auxiliar.

—No, ya voy yo. Pon agua en la palangana y espérame en el box. No tardo.

Lis quiere entrar sola en el almacén. Mira las estanterías repletas de material ordenado con el rigor y la abundancia de los hospitales del primer mundo. Ropa de cama, toallas, recipientes, esponjas, cremas, geles, batas, mascarillas, gorros, guantes de látex, manoplas de lavado, delantales, pijamas, desinfectantes, rollos de papel, toallitas húmedas, jabones, lociones… un sinfín de productos que aquí se consideran de primera necesidad y en los países a los que va de cooperante no han visto en su vida.

Coge un juego de sábanas, una colcha, las fundas de las almohadas, un par de esponjas jabonosas, guantes, un par de toallas, lo mete en el carrito, mira que no falte nada. Sí, la crema hidratante. Y cuando ya lo tiene todo, elige. Es prudente: una toalla hoy, una sábana mañana, una funda de almohada, unos cuantos guantes. Ni siquiera se nota. Mete el alijo del día en una bolsa que ya tiene preparada a tal efecto, la coloca en el carrito como si tal cosa y va hacia el box.

La auxiliar ha retirado la sábana superior a la paciente y le está

quitando el pijama. Lis se sitúa al otro lado de la cama. Cogen una esponja cada una, la hunden en el agua y aparece la espumita jabonosa. Cada cual por su lado frota el cuerpo dormido.

—¿Y qué? ¿Ya estás pensando en las vacaciones?

—Sí, hay un proyecto para poner en marcha un hospital… Ten cuidado ahí.

La auxiliar levanta el brazo de Iris y frota en las axilas, luego en el pecho.

—Hacia mí —dice Lis.

Y la auxiliar repasa la espalda y las nalgas del lado que le corresponde.

—¿Y dónde es?

—En Etiopia. Vale, ahora hacia mí.

Lis hace lo propio en su lado.

—No deben de tener de nada, ¿no? Todo muy precario, ¿verdad?

—Bueno, tienen lo que tienen y no tienen lo que no tienen. Ponía plana.

La auxiliar ataca la pierna derecha, Lis la pierna izquierda. La levantan para repasar la zona posterior. Pantorrillas…

—Yo cuando veo en la tele esas imágenes de criaturas desnutridas y llenas de moscas…

Llegan a los tobillos. La auxiliar frota despreocupada. Lis está muy concentrada y no parece tener ganas de seguir la conversación.

—Pero ha de ser chulo eso de ir a ayudar.

La auxiliar se afana, levanta el pie, ve una pequeña mancha, frota con más ahínco, pero no desaparece.

—Dicen que la gente en África sonríe mucho. ¡Uy! ¿Qué es esto?

Lis se acerca a mirar.

—Parece un hematoma.

—¿Tan pequeño?

Al secarla, Lis vuelve a prestar atención a aquella sombra oscura, apenas perceptible.

—Se habrá dado un golpe —dice, sin más, y se gira para abrir el

bote de crema hidratante—. Toma, le ponemos un poquito.

—Entonces, ¿África otra vez?

—África es muy grande. Ponía de lado. Vamos a cambiar las sábanas.

Mientras ella la está aguantando, la auxiliar retira la sábana usada, la enrolla hasta llegar a la espalda de la paciente y pone la nueva en el espacio que ha quedado libre.

—Pero hay que ser una persona muy fuerte. Yo no podría.

—Pues mejor que no vayas. Tira de ahí.

Entre las dos le dan la vuelta a Iris por encima de la sábana enrollada. Lis la aguanta y la auxiliar estira hasta retirarla. Extiende la sábana limpia y la remete por los lados.

—Es que, a mí, ver tanta pobreza me deprime un montón. ¡Pobre gente! —dice la auxiliar hundiendo la ropa usada en la cesta del carrito.

Lis recoge su instrumental.

—Pobre gente, la de aquí —lo tira todo al carrito—. Que no sabemos apreciar lo que tenemos. Ya me lo llevo yo. Ábreme.

Empuja el carro pasillo adelante. Por el camino, lanza la ropa usada al cesto de lavado, los guantes y las esponjas desechables al cubo de residuos. Deja el carro en su sitio. Agarra la bolsa clandestina y se dirige a su taquilla.

—Voy un momento al lavabo —anuncia a sus compañeras.

A primera hora de la tarde la tormenta había remitido y el cielo parecía calmado, aunque mantenía su talante amenazador. El centro de la ciudad se movía todavía con la resaca de la hecatombe matinal y un aire pesado, espeso de contaminación y borrasca, advertía de que aquel otoño no iba a ser piadoso.

Tras sus respectivas aventuras, García y Murals se encontraron en comisaría para eso que ahora llamaban coordinarse. El humor con el que habían empezado la mañana quedaba ya lejos. Muy lejos.

—Nada, jefa, no tenemos nada —se lamentaba Murals—. No la enviaron de la agencia. Reconocieron a la chica, se llama Greta Palau, y por lo visto estuvo trabajando allí durante un tiempo, pero luego lo dejó.

—Un momento —reflexionó García—. ¿Qué quiere decir que no la enviaron de la agencia?

—Pues eso, que cuando sucedieron los saqueos ya no trabajaba en la agencia.

—¿No?

—En ninguno de los dos casos.

Si aquella información había enervado a Murals, a García la descolocó del todo.

—Pero, a ver… —indagó—. ¿Eso no fue lo primero que investigaron? —Murals hacía gestos de contrariedad con las cejas y con la boca—. ¿No lo comprobaron antes? ¿Nadie preguntó de dónde venía la asistenta de la primera víctima y por qué desapareció? ¿Cómo puede ser que no lo hayamos sabido hasta ahora?

—No sé, jefa, se nos debió de escapar.

—Murals, un dato tan crucial a usted no se le escapa. Si se ha dado cuenta en cuanto se ha puesto a investigar. Si ya desde el inicio

sospechó que podía ser la misma persona —hizo un gesto de contrariedad—. A ver, ¿quién estaba al mando del caso antes de que nos lo endilgaran a nosotras?

La *mossa* desvió la mirada, chasqueó levemente la lengua y resopló.

—No me haga decirlo.

Hubo un receloso silencio por parte de García que, con la vista clavada en la agente, la incitaba a que confesara lo que fuera que había que destapar, porque estaba claro que algo pasaba. La *mossa*, por su parte, intentaba sobrellevar el trance como podía, acompañando el apuro con gestos tipo ¡qué le vamos a hacer! o ¡es lo que hay!

—Entiendo —rezongó García—. Mejor no meneallo, ¿verdad?

No había sido un buen día. Murals no se sentía en plena forma. No sabía cómo salir del entuerto y solo se le ocurrió agarrarse a aquella frase con la ingenua, más bien necia, intención (hay días que, hagas lo que hagas, no aciertas) de despistar.

—Curiosa expresión —exclamó cambiando el tono—. ¿Sabe que viene de *El Quijote*? Pero, en realidad, la frase concreta, tal como aparece en el libro es «Peor es meneallo, amigo Sancho», lo que pasa es que ha derivado a causa de…

—¡¡Murals!! —berreó la inspectora—. ¿Quién llevaba el caso?

La rendición era la única posibilidad.

—La subcomisaria —confesó—. Lo llevaba la subcomisaria. Así que sí, mejor no meneallo.

—¡Joder! Qué torpe es la pobre —exclamó la inspectora tras un resoplido.

Aquella información tardía destapaba demasiadas incógnitas y, en consecuencia, complicaba mucho la resolución del caso. Si la agencia no había enviado a la chica que desvalijó a las abuelas, ¿cuál había sido el proceso? Las dos ancianas dijeron haberla solicitado allí. Si ya no estaba trabajando, ¿cómo se enteró? ¿Cómo consiguió las direcciones? Y ¿cómo hizo para interceptar las demandas y presentarse haciéndose pasar por la enviada de la agencia? Interceptar. Tal vez ahí estaba la clave. Podían estar ante una *hacker*,

pero ¿y si las solicitudes no se habían hecho por vía telemática? Se trataba de señoras de edad avanzada. Por lo general, o necesitan ayuda para las gestiones por internet o prefieren las presenciales o las más clásicas, para algunas incluso el *e-mail* resulta demasiado frío, impersonal y complicado. Pero a Murals no se le ocurrió preguntarlo: estaba tan cabreada por el descubrimiento, tan desolada por la que se le venía encima y tan mojada por la lluvia que no comprobó qué medio había utilizado cada una de las viejecitas estafadas para solicitar una ayudante.

En la agencia, obviamente, debían de llevar un control. Si recibían una demanda, quedaría archivada en algún sitio; si enviaban a alguien y Greta Palau (con toda probabilidad un nombre falso) daba el cambiazo, ¿cómo hacía para que la agencia no se enterara? ¿Tenía alguna cómplice dentro? Murals barajaba todas las posibilidades con más ansiedad que cerebro. Cada vez veía más complicado atrapar a la *psicochief* antes de que desplumara a otra ancianita.

—Me siento fatal —se lamentó—. Que no haya sido capaz de ver lo evidente, que se me hayan pasado por alto detalles tan esenciales —chasqueó de nuevo la lengua negando con la cabeza— … es imperdonable.

Al oír aquello, a García le entró un sudor frío. Ella todavía no había expuesto su parte, lo que había observado en el piso de Iris Ferrán y lo que se le había escapado. Le recomía las entrañas pensar en lo torpe que había sido al no apreciar de entrada un detalle tan flagrante. ¿Qué habría pasado si hubieran ido juntas y haciendo la inspección se hubiera puesto a repetir como una tonta: «Es que falta algo y no consigo saber qué es»? Seguro que Murals lo habría captado a la primera ojeada. Era blanco y en botella: estudio, impresora, mesa de despecho… ¿qué va en el centro mismo, delante de la butaca? Y había algo más. No buscó el móvil. Se había sentido tan ridícula por lo del ordenador, que su única reacción había sido dar media vuelta y salir del piso. Luego, mucho más tarde, pensó que tenía que haber buscado el móvil de Iris Ferrán. Si lo encontraban, tendrían sus últimas llamadas, estarían más cerca de

conocer sus últimos movimientos. Si no estaba en el piso, su ausencia se habría sumado a la del ordenador; otro dato importante.

Pues no. No lo hizo. Se le olvidó.

Le subió por las mejillas un rubor incendiario. Se giró hacia la ventana y la abrió con la única intención de que su compañera no notara que estaba roja como un tomate.

—Bueno, Murals, eso es humano —comentó para desviar la atención.

—Será humano pero no es profesional —lo que le faltaba por oír —. Ahora, ¡que no voy a parar hasta que lo encuentre! Cómo narices consigue las direcciones de las ancianas, Y cómo logra introducirse en sus domicilios y hacerse pasar por la enviada de la agencia. Tiene que haber un nexo común. Voy a revisar de nuevo los dos informes *fil per randa*, o sea… —se quedó trabada pensando la traducción al castellano.

—De pe a pa —sugirió García, todavía vuelta hacia la ventana dejando que el aire le refrescara los mofletes.

—¡Eso! Primero averiguaré cómo llegaron a la agencia las solicitudes y luego me lo repaso todo de arriba abajo, sin saltarme ni una coma, hasta que… —el aire frío que sigue a la tormenta le llegó directo a la cara—. ¿Pero qué está haciendo?

—Nada, que la calefacción está muy alta y he querido airearme un poco. Ya se me ha pasado.

Cerró la ventana y se giró.

—¡Uy, jefa! —advirtió Mural con un meneillo de cabeza—. La calefacción no está puesta todavía. ¡A ver si van a ser sofocos!

García no respondió y ella no le dio mayor importancia. Seguía con la decepción instalada en las entrañas. ¡Yo que pensaba que ya la teníamos! Estaba a punto de verbalizar su desilusión cuando percibió que a García le pasaba algo mucho más allá de los sofocos menopáusicos. Le vio aquella cara de cachorrilla extraviada, de perro abandonado, de Calimera sin casco. No preguntó. Y García tampoco dijo nada, ¿qué iba a explicarle? Es que, ayer, mire, yo también tuve un desliz… Hubo otro silencio, esta vez amoroso y expectante. Ya no llovía, pero nada debía de haber vuelto a la

normalidad porque a través de la ventana cerrada llegaba un rumor extraño, un zumbido de jauría urbana avanzando por las calles. Ni siquiera lo oyeron. Estaban demasiado concentradas en su propia situación para atender a lo que sucedía fuera. Había sido un día nefasto para ambas. Y, en el fondo, lo reconocieran o no, se habían sentido desamparadas. Eran un equipo, caray, se necesitaban la una a la otra. Aunque solo fuera para darse soporte moral.

—Quizás no sea buena idea lo de llevar los casos por separado —dijo al fin la inspectora; un poco entre dientes, pero lo dijo.

Murals se encogió de hombros, se rascó la cabeza y hundió las manos en los bolsillos del pantalón. Se estaba emocionando.

—A ver —otro encogimiento de hombros, esta vez más distendido—. Yo prefiero que vayamos juntas, la verdad.

El rumor en la calle era cada vez más intenso. Se estaba convirtiendo en un rugido de marabunta.

—¿Sabe qué? —propuso García, ajena a lo que se cocía allí abajo —, ¿por qué no nos vamos a merendar y charlamos un rato de nuestras cosas… así, de forma relajada y eso. Algo que no tenga nada que ver con el curro —vaciló un poco, muy poco, al proponer —, como dos amigas, vaya.

Ambas contuvieron un abrazo que de buena gana se habrían dado y de mejor gusto habrían recibido.

—Venga, sí —exclamó entusiasmada Murals tras haber carraspeado para frenar un lacrimal demasiado vulnerable en aquel momento—. Voy a llevarla a un sitio que va a flipar. —Echó mano a la chaqueta y le cedió el paso acompañando su salida con unos golpecitos en el hombro—. Y esta vez invito yo.

Al salir, una multitudinaria manifestación bloqueaba la puerta principal. Gritos, pancartas, tambores, bocinas, algún que otro insulto. Decididamente, no era su mejor día.

Pero ya nada iba a poder con ellas. Lejos de regodearse en una desgracia más que se sumaba a las desdichas de aquel aciago día, algo en su interior empujaba las energías positivas en contra de la rendición y el desespero. Se miraron, cabecearon resignadas, soltaron una estrepitosa carcajada y salieron por la puerta de atrás. Y

recorrieron las callejuelas tropezando con las hordas de turistas que infectaban los recovecos del Barrí Gótic. A García se le apareció la imagen que había descrito Marta Dylan. Calles abarrotadas, papeleras rebosantes de plástico, foto aquí, selfi allá… Aún hervía el tráfico, rugían de fondo las reivindicaciones y quedaban todavía nubarrones amenazantes. Nada podía ya con ellas.

Alcanzar su objetivo fue como entrar en un *jacuzzi* Situarse en la quietud plácida del jardín del Ateneu junto al pequeño estanque con pececitos de colores, un auténtico bálsamo.

—¡Qué romántico! —bromeó García—. Si no fuera por lo mucho que nos conocemos, diría que está intentando seducirme.

—Bueno, bueno —siguió la broma—. En cierto modo.

Fue todo tan armónico: el entorno, las olivas para acompañar la cerveza sin alcohol y el vinito, la conversación… Murals se entusiasmaba hablando de su afición a la escritura, de sus clases, de esa novela que no acababa de concluir.

—Y ¿de qué va? —se interesó García.

—Es una historia de amor entre dos mujeres, que acaba en drama. Un clásico. A mi señora le gusta —aseguró—, ella lloró y todo, pero en la editorial no la quisieron, dicen que es demasiado previsible. Así que estoy intentando arreglarla.

García meditó al respecto y, royendo el hueso de una aceituna, planteó:

—Quizás tendría que hacer algo más innovador, más actual. El bollodrama está muy trillado.

—Sí, ¿verdad? Además, debería poner algún personaje trans.

—Desde luego, es una situación que hay que visibilizar. Y los nuevos modelos de familia también. La sociedad ha de encajar que no solo los estándares tradicionales son válidos. En ese sentido, las novelistas tienen una gran responsabilidad social y la oportunidad, impagable, de estimular a la reflexión. —Dio un trago a la cerveza.

Nunca habían tocado este tipo de temas. Murals ni siquiera se había planteado que su jefa pudiera interesarse por su afición a la escritura, que tuviera tan claro el compromiso literario o que pudiera aportarle tan jugosas ideas. En realidad, nunca habían estado tan

cerca.

—Pues sí, pues sí, voy a darle vueltas al asunto —sentenció convencida y, a continuación, le propuso otra ronda—. ¿Con un pincho de tortilla?

—¡Venga!

Y siguió la conversación: que si por qué no escribe novela negra, que si sería como continuar trabajando. Y cervecita va. Que la literatura es liberación, y vinito viene. Que yo cuando me quito el uniforme soy otra. Y risas y chin-chin y una ronda más y así ya hemos cenado; y más charla y más risas… hasta que el móvil de García vibró en la mesa y la intermitencia lumínica mostró la hora, 19.55, y debajo, llamada entrante: Marta Dylan.

La pantalla del ordenador se activa. Ha llegado antes. Cada día más temprano —ha bromeado la recepcionista—. Ni que te gustara. Ha dejado las cosas en su taquilla, se ha puesto el pijama, ha pillado su fonendo casi al vuelo, se lo ha colgado al cuello.

La pantalla del ordenador se activa y el cursor serpentea buscando el archivo. Clic aquí, se abre una ventana, clic allá, se abre otra. Repiqueteo de teclas y el nombre va apareciendo letra a letra en la casilla correspondiente. Buscar. El dedo corazón cae como un martillito sobre la tecla Intro.

La pantalla del ordenador aparece oscura. Con un enorme óvalo central. Como un astro. Como un huevo. Como un balón medio deshinchado. Dos hemisferios. Simetría. El contorno, blanco. En el interior, sinuosidades, manchas, caminos, cercos, sombras, un laberinto de gusanitos y culebras, zonas opacas, zonas más luminosas, arrugas, pliegues… No se mueve nada y sin embargo se intuye la cadencia de una danza constante.

La pantalla del ordenador dijo una vez que el cerebro es un órgano preparado para la poesía. La neurociencia lleva tiempo haciendo los deberes y ha acabado por constatarlo. Correlatos neuronales. Mecanismos intelectuales involucrados. La poesía genera una intensa actividad en las áreas cerebrales relacionadas con las emociones. ¿Dónde lo leyó? Lo evoca ahora con un interés que no sintió en el momento y lamenta no haberlo guardado. Ctrl C, Ctrl V, y a la carpeta de curiosidades.

La pantalla del ordenador no le revelará por arte de magia ese artículo, ese estudio que ahora, tal vez, le daría pistas. Al fin y al cabo, la paciente es escritora, será también poeta, y entonces a lo mejor la ayudaría a entrar en los entresijos de su cerebro. Porque no,

no está todo en orden ahí dentro. Se aprecia a simple vista. No hay simetría. En la zona parietal izquierda se observa una hendidura, una mancha, una luminosidad anómala, una alteración.

La pantalla del ordenador sentencia implacable. Diagnóstico: hematoma subdural postraumático.

Marisa Giménez fue la encargada de hacer el análisis forense. Ya era oficialmente responsable del caso; los pequeños trapícheos habían funcionado. A la mañana siguiente, aunque era sábado, se convocó una reunión urgente. A las nueve en comisaría. La doctora Dylan, que salía a las ocho de su guardia, tuvo tiempo de tomar un buen desayuno con abundante café. No había sido de las peores noches, incluso había podido dormir un par de horas. Con eso y una buena dosis de cafeína se veía con fuerzas para aguantar, al menos, hasta mediodía. García y Giménez fueron las primeras en llegar. Murals se retrasó (cosa poco habitual en ella) por una discusión con su pareja. Habían decidido pasar el fin de semana en la montaña para ir a buscar setas. Como cada otoño, la televisión autonómica había anunciado en portada el inicio de la temporada. Una cabecera que de año en año repetía unos titulares más o menos análogos: atentado con x muertes, desastre natural más alerta de cambio climático, las locuras de algún gobernante y el inicio de la *temporada de bolets*. La bronca por relegar sus compromisos conyugales ante la obligación profesional, justo en fin de semana, duró todo el proceso de salir de la cama, ducharse, vestirse, hacer el café… Argumentos y réplicas iban saltando de la habitación al baño y de ahí a la cocina y otra vez a la habitación y luego, de nuevo, al baño; Murals cumpliendo la secuencia doméstica y la otra detrás como una rémora. Tan machacón era el asunto y tan poco consensuable, que la *mossa* decidió ingerir el café a palo seco, sin una triste galleta para acompañarlo y, con la boca llena de espuma dental, prometerle que solo serían un par de horitas, que a las doce, como muy tarde, podrían salir hacia el monte. Yendo a comisaría se detuvo en una panadería para comprar un surtido de cruasanes mini y se comió un

par por el camino. Antes de entrar en la reunión, aunque era asquerosillo, sacó de la máquina otro café.

También García y Giménez se llevaron sus respectivas bebidas calientes, pero del bar de la esquina. Se habían encontrado en la calle y, conociendo la calidad de la máquina, prefirieron subir bien equipadas. Marisa pidió un café con leche y García una jarra de té que le sirvieron en recipiente isotérmico a condición de devolverlo al finalizar la reunión.

—¿Desde cuándo tomas té? —se sorprendió Marisa.

—Intento cuidarme —respondió Emma sacando el monedero e indicando con un gesto que pagaba ella.

No cabía duda: Iris Ferrán había recibido un golpe en la cabeza. En la pantalla de la sala de reuniones se proyectaban las imágenes del TAC que Dylan había llevado en un *pen*. Por el lugar, la forma y la intensidad del hematoma no se podía saber si el golpe había sido intencionado o fortuito. Estaba en la zona frontal izquierda y no era muy extenso, con lo cual se deducía que el impacto no había sido «tan brutal», dijo Giménez por calificarlo de alguna manera.

—Puede que se lo hiciera al caer o puede que se golpeara en un gesto imprevisto.

—O puede que se lo asestaran —apuntó García—. Según dijo la doctora Dylan…

—Marta —corrigió Dylan, y García se ruborizó.

—Sí, claro —carraspeó—. Bien, según dijo Marta, hay problemas al intentar despertarla. ¿No es así?

Así era. Dylan volvió a exponer el proceso que se había seguido para retirarle la sedación a Iris Ferrán y la taquicardia que manifestaba cada vez que lo probaban. Aquella misma noche había vuelto a intentarlo con idéntico resultado.

—Es típico de las personas que han sufrido una agresión —la secundó Marisa—: vuelven a la realidad en el momento en que perdieron la conciencia. Como si lo revivieran. De todas formas, no fue el hematoma lo que le provocó el coma. No es tan profundo ni tan extenso.

Dylan estaba de acuerdo.

—No, sin duda tuvo que ser el fármaco, pero la pregunta es: ¿por qué está tan estresada? ¿De qué tiene tanto miedo?

Era evidente que algo había pasado. Marisa Giménez se revolvió en la silla con aires de forense de telefilm. Había que recomponer la escena.

—¿Localizasteis a la cangura? —preguntó.

—Sí —dijo Murals—. No oyó nada, se pasó el rato con los auriculares puestos.

—Como para oír a la cría si se ponía a berrear —rezongó García.

A continuación, se propuso ir desgranando, paso a paso, con los mínimos elementos que tenían, lo que había podido ocurrir. La propuesta fue bien recibida, excepto por Murals, quien, nada más iniciar la secuencia de los hechos, interrumpió.

—Perdonadme, pero es de comedia barata: se da un golpe fortuito ¿y luego intenta suicidarse?; o alguien le da un golpe, la deja medio turulata y luego ¿le mete las pastillas con un embudo? Lo mires por donde lo mires, no cuadra nada.

El silencio que siguió tenía más de angustioso que de reflexivo. No podían perder mucho más tiempo: había que empezar a atar cabos, a construir un relato. Estaba la forma y estaban también los motivos, pensó García. La reunión iba para largo. Los cruasanes de Murals y el té, que ella misma había traído, ayudaban. Menos mal.

—Voy a por otro café —anunció la *mossa*—. ¿Alguien quiere algo?

Dylan pidió un poco de leche para el té.

—¡Pero es normal! —le advirtió García—. Ni de soja ni de avena, ni desnatada siquiera.

Murals se fue hacia la máquina del café conteniendo una risita. El detalle no pasó desapercibido a los ojos de la forense, quien tampoco pudo evitar una sonrisa resbalando por debajo de la nariz. A Marisa ya le había captado la atención aquella doctora alta y algo desgarbada, de aspecto cansado y poca sonrisa. Por lo visto, no tenía la exclusiva.

—¿Qué opinas de eso? —le preguntó.

Marta Dylan, que hasta aquel momento había escuchado con la espalda arrellanada en el respaldo del asiento, se incorporó hasta colocar los codos en la mesa.

—Mira, yo lo único que sé es lo que dicen las analíticas: los niveles de litio en sangre eran muy altos, al lado había una caja vacía de un medicamento con altas dosis de litio. El resto… —mostró las palmas de las manos—. No soy inspectora.

Aquel puntito de sarcasmo acabó de autoconfirmárselo: a Marisa Giménez le gustaba Marta Dylan. Era inteligente, sensata y muy atractiva. Mejor que García no se diera cuenta, aunque sus intenciones no fueran amorosas; la sensibilidad de la inspectora era muy, pero que muy frágil.

—Pongamos orden —decretó García en cuanto las bebidas humearon en la mesa—. Tenemos dos frentes: quién lo hizo y cómo lo hicieron. Habría que analizar quién tenía motivos para hacerle daño. La doctora Dy…, digo Marta, está convencida de que el hecho tiene relación directa con el libro de Iris Ferrán.

—¿Qué libro? —preguntó Giménez.

García chasqueó los dedos.

—¡Ah!, es verdad, que tú no lo has leído. Ahora lo tiene Murals.

—Sí, lo tengo yo, pero no lo he traído.

—Pues vaya a buscarlo y mientras ponemos en situación a Marisa.

Murals tomó aire antes de sentenciar:

—Lo siento, jefa, pero hoy no podrá ser.

Se hizo de nuevo el silencio, esta vez inquisitivo, autoritario, algo tenebroso.

—Murals —dijo García masticando las palabras—, necesitamos el libro.

Tan innegociable sonaba que la agente, aún de pie, se movió por la habitación como una gata encerrada.

—No me haga ir a casa, jefa, no me haga ir a casa, que no vuelvo. Le juro que mi mujer me secuestra. Habíamos quedado para ir a *caçar bolets* este finde y no ha encajado nada bien que esté trabajando… —al tiempo que hablaba notaba un aumento en la

transpiración, la falta de escapatoria. Su retahila era como una oración para que la inspectora se apiadara o algo pasara, algo que la salvara de tener que ir a su casa. Y, de repente, se le iluminó la memoria—. ¡Calla, calla, calla! —repetía para sí misma con un dedo clavado en la frente—. Calla, que igual… —Fue hasta su gabán y, tal como esperaba, el libro todavía estaba allí. Lo mostró como un trofeo, aliviada por no tener que salir del despacho.

—Pero, a ver —gruñó García—, ¿se lo ha leído ya o aún no se lo ha leído?

—Estoy casi al final, me faltan solo diez páginas —resopló—. Entiéndalo, jefa, con el faenón que llevamos y… bueno, que una también tiene vida privada.

García estuvo a punto de soltar lo que en dibujos animados se conoce como un hipogrito huracanado pero, ante la presencia de una de las mujeres a las que más había amado, Marisa, y otra a la que más podía amar (Murals no, por supuesto), se contuvo.

—Hagamos una cosa —masculló relamiéndose la encía superior —. Llame ahora mismo a su señora y dígale que la caza de *bolets* se pospone hasta el próximo fin de semana. Luego irá a la pizzería de enfrente y pedirá cuatro *pizzas*, una de ellas vegetal. ¿Estamos? —Hubo un choque de miradas similar al de dos búfalas antes de embestirse—. El resto no se lo tendré en cuenta.

Murals volvió a resoplar.

Durante las horas siguientes, se dedicaron a poner orden, ver qué tenían, saber con qué contaban. El panorama no era muy esperanzador. Punto número uno: quién tenía motivos para hacer daño a Iris Ferrán. ¿Estaba en su libro la respuesta? En todo lo que Murals llevaba leído aparecían mini pósits de colores señalando datos relevantes.

—La verdad es que no deja títere con cabeza —comentó lanzando el libro al centro de la mesa.

Con más que evidentes paralelismos con la realidad, la historia destapaba una trama corrupta en uno de los centros feministas de la ciudad, algo que comprometía, y mucho, a la actual directora; exponía los chanchullos en una de las asociaciones de escritoras,

gracias a los cuales la presidenta conducía un coche de alta gama y se había construido una casa en el Alt Empordà. Y estaba también el personaje de la psicòloga que recordaba, como una calcomanía, la figura de Violeta Selvi; una trama que ponía en entredicho sus relaciones familiares.

—Marta cree que todo lo que se cuenta en el libro es cierto —dijo García.

Más relajada, Murals, que no había llamado a su señora ni pensaba hacerlo, apuntó una reflexión que solo ella podía aportar:

—Es muy probable —afirmó—. La cuestión es que todo eso lo hace amparada por la ficción. Lo que cuenta es reconocible, tanto en los casos de corrupción como en el tema personal o familiar. Pero habría que saber qué parte es realidad y qué parte es fabulación. En narrativa, aunque se expongan hechos reales, se parte de la interpretación de quien los narra. De alguna manera, siempre interviene la ficción. —Hubo miradas en la sala y la sensación de que la aportación de Murals, a la vez que enriquecía el proceso, lo complicaba—. Y algo más —siguió—: si no he calculado mal, tendríamos tres sospechosas; no sé si los motivos son tan relevantes como para intentar asesinar a alguien. Estarían la directora del Centre de Dones, por la trama corrupta; la presidenta de la Associació d'Escriptores Independents, la AEI —se echó a reír—… Es que tiene gracia que una asociación de escritoras se llame AEI —al resto también se le escapó la risa—; y la hija de Violeta Selvi, que queda bien retratada, pero el caso es que el libro no está en el mercado. Es una autoedición. Iris lo repartió, no sabemos a quién, intuyo que fue a un grupo de amigas y no creo que ninguna de ellas coincida con las sospechosas. Entonces, ¿cómo se enteraron de que existía? ¿Cómo sabían que se iba a publicar?

Ese era el panorama.

Marta pensaba que las coincidencias eran demasiado evidentes. Los temas de corrupción no le parecían relevantes; al fin y al cabo, en todas partes cuecen habas y destaparlos, por desgracia, no haría tambalear nada: tanto en el Centre de Dones como en la asociación de escritoras todo seguiría tal cual, ni se pedirían responsabilidades

ni mucho menos rodarían cabezas. Para ella, el núcleo de la denuncia estaba en destapar el trato que la hija de Violeta Selvi había otorgado a su madre en los últimos años de su vida.

Lo soltó tal cual:

—Creo que es la que más motivos tiene para evitar que su historia salga a la luz.

Murals negó con la cabeza.

—Supongamos que sí. ¿Y qué? No se puede acusar a nadie porque una novela narre una supuesta realidad comprometedora.

Dylan había lanzado una bomba y Murals la había bloqueado. De repente, todas hablaron a la vez. Murals tiene razón… Un punto de partida… Yo lo que digo es… Hasta que la voz de Marisa sobresalió por encima de las demás y concentró la atención:

—Chicas, estoy completamente perdida. Hay muchos indicios que indican que la clave está en ese libro. Tendré que leerlo para poder intervenir. Es absurdo continuar esta reunión si no estamos en igualdad de condiciones.

Aquel comentario y el posterior acuerdo de la inspectora García provocaron en Murals un suspiro de alivio.

—Marisa tiene razón —se apresuró a confirmar—. Creo que lo más efectivo ahora sería diseñar una estrategia de actuación.

—De acuerdo —aprobó García para sorpresa de su subalterna, que esperaba una réplica del tipo que fuera—. Murals, por favor, anote en la pizarra. —La agente corrió solícita hacia la pizarra magnética armada con un par de rotuladores—. Si damos por válidos los hechos narrados en el libro, tendríamos un punto de partida. Por un lado está Dora Rigol, anote —Murals ya estaba escribiéndolo—. Es íntima amiga de Iris y quien le prestó el libro a Marta. Ella sabrá quién tiene más ejemplares y podrá confirmar la autenticidad de lo que se narra. De acuerdo, no nos servirá para acusar a nadie, pero sí para investigar. —Y dirigiéndose a Dylan—: ¿Te has puesto en contacto con ella?

—No, ya te dije que está de viaje en Guinea, en una misión con su ONG. Es complicado localizarla y, además, ya lo pensé, podría haberle comunicado que Iris está en coma, pero tampoco habría

podido regresar. ¿De qué serviría preocuparla?

—¿Cuándo vuelve?

—Mañana domingo. No sé a qué hora.

—Sería conveniente —siguió García— que hablaras con ella, ponerla en aviso antes de que regrese. Pregúntale a qué hora llega y dile que, por poco que pueda, tendríamos que ponernos en contacto con ella.

Murals anotó: Marta D. contacta con Dora R. Flecha: Interrogar.

—Bien —siguió García—. Tendríamos tres sospechosas.

—Siempre basándonos en el libro.

—Qué sí, Murals, ya lo sabemos. El caso es que, partiendo de ahí, lo suyo sería comprobar qué estaban haciendo en el momento de la agresión para saber si tienen coartada.

—Aunque la tuvieran —apuntó Marisa—. ¿Quién nos asegura que no enviaron a una sicaria?

—Lo más probable es que fuera un persona conocida —respondió Murals—. La puerta no estaba forzada. Iris Ferrán le abrió y la dejó entrar. Quizás tomaron algo y todo. Jefa, ¿miró en la cocina si había algún indicio: copas, tazas…?

—No, Murals, ya le dije que hice una visita muy rápida y, al descubrir que faltaba el ordenador, pues… pensé que sería mejor volver otro día y hacer una inspección profunda. Así que, en cuanto se pueda, vamos. Quizás esta misma tarde, después de la reunión.

—Jefa, si me divorcio…

—Sí, será por mi culpa. Sigamos —se dirigió a Marisa—. Tendríamos que volver al piso con alguien de la científica. ¿Maika sigue en activo?

—¿Olazaguirre? Sí, ya me encargo yo. Es de las nuestras, estará encantada de colaborar.

—Nos puede ayudar a reconstruir la escena.

—Desde luego. Por cierto, ¿Iris conoce a las tres sospechosas? ¿Tanto como para dejarlas entrar?

Nadie sabía qué responder; en realidad, ¿qué conocían de Iris Ferrán más allá de su actividad profesional?

—Diría que sí —se atrevió Dylan—. Está muy relacionada con el Centre de Dones y, no lo sé, pero… intuyo que es socia de la AEI. Y en cuanto a la hija de Violeta… podría ser que se conocieran. Yo no he tratado personalmente a Iris Ferrán, la he leído, la sigo, pero sé poco de ella. Como ha dicho Emma, Dora es su amiga, ella nos lo puede confirmar.

—Bien —García empezaba a animarse—. Al menos tenemos un hilo que seguir. —Miró hacia la pizarra y leyó—. Marta contacta a Dora, OK. Dile que tenemos que verla mañana mismo. Hazle entender lo importante que es —Marta asintió—. Marisa, convendría que te leyeras el libro este fin de semana. A ver qué deduces. Se lee rápido y tú eres buena lectora. —Asintió también, pero Murals no lo anotó en la pizarra y cuando García le pidió que se lo entregara, protestó.

—¡Ah, no, jefa! Yo no paso un libro sin haberlo terminado. Parece mentira que me pida esto a mí. Lo acabo esta misma tarde y, *si cal*, se lo llevo a su casa.

—¡Pero, bueno…! —protestó la inspectora—. ¡Cómo está hoy de rebelde, Murals! Haga el favor. Además, esta tarde quiero que vayamos al piso de Iris y luego nos pongamos a investigar qué hicieron las tres sospechosas.

Esta vez no hubo sudores, Murals negó empecinada.

—Jefa, le prometí a mi señora que a las doce estaría en casa y es casi la una. Lo siento pero, se ponga como se ponga, no voy a jugarme mi matrimonio. Vale con lo de anular la *caça de bolets*, pero por lo demás, no paso. Me voy a casa a comer, me leo el libro esta tarde y luego se lo llevo a Marisa… —Se giró y apuntó en la pizarra: Comer en casa. Llevar libro a Marisa G. Y debajo: Inspección piso Iris F. + Investigar sospechosas, el lunes.

Lo que habría podido suceder, de no intervenir Marisa de inmediato, es algo que quedará para siempre en la incógnita. Como a cámara lenta, García hizo el gesto de levantarse para ir hacia Murals, pero la intervención de la forense indicando que todas estaban muy cansadas, en especial la doctora Dylan, que había salido de una guardia, la detuvo.

—Después de llamar a Dora tendrá que ir a dormir —argumentó—. Además, estoy segura de que tendremos las cosas más claras cuando hayáis hablado con ella y todas conozcamos por igual el contenido del libro. Estoy de acuerdo con el plan de Murals.

Las tres miradas se clavaron expectantes en la inspectora. La advertencia de que Marta Dylan tenía que descansar le había tocado la fibra, y eso la ayudó a contener el deseo de berrear imponiendo su ley. Con los brazos cruzados apoyados en la mesa, los dientes apretados y el ceño fruncido, intentó respirar, al tiempo que sus ojos saltaban de mirada en mirada, calibrándolas una a una. Verde y esponjosa la de Marta, serena y anaranjada la de Marisa, incendiaria la de Murals. Cada una en su tonalidad le estaban diciendo que no le quedaba más remedio que aceptar.

—Está bien —declaró tras un profundo suspiro y, dirigiéndose a Murals—. Pero el libro se lo acaba de leer hoy mismo y, sí «*cal*», o sea, es absolutamente imprescindible que se lo entregue a Marisa. ¿Estamos?

—Estamos —aceptó Murals sin ocultar un puntito de soberbia.

Domingo. El vuelo de Royal Air Marroc procedente de Conakri, con escala en Casablanca, que tiene previsto aterrizar a las 12.40 h en el aeropuerto de El Prat, llegará con retraso.

El día será plomizo con ligeras treguas de sol otoñal. Anunciarán la llegada de un anticiclón, pero aún tardará en instalarse. Tal vez los días que seguirán, el tiempo estará tranquilito y la inspectora también, pero, ahora mismo, no encuentra sosiego. ¿Qué va a hacer ella sola todo el día en su piso del Poblenou? ¿Salir a pasear por la playa con ese vientecillo incómodo que, con toda seguridad, le secará los labios hasta cortárselos? Todavía no ha comprado el bálsamo protector que, en esta época, lleva ya siempre en el bolsillo. ¿Quedarse en casa con los dos calefactores a tope? En un día como este, las humedades emergen fantasmales en las paredes de su pequeño apartamento del carrer de l'Amistat. ¿Un aperitivo ella sola en la rambla del Poblenou? Se sentiría patética, yerma, abandonada, despreciada del mundo… en fin todo eso que te hace sentir un domingo plúmbeo. Habrá quehacer algo, y lo que más le apetece es llamar a Marta. ¿Con qué excusa?… Bueno, no hace falta pensar mucho, lo tiene fácil: le preguntará si ha hablado ya con Dora y a qué hora llega su vuelo, y luego: ¿Y qué, qué haces? Pues igual podríamos comer juntas y tal y tal… No, no, que se notará demasiado. Hay que reducir el trato a lo profesional… ¡Ya lo tiene! Le propondrá ir las dos a recoger a Dora Rigol al aeropuerto. ¡Genial! Seguro que le parece una buena idea, siempre es agradable encontrar una cara amiga al regresar de un viaje y más dadas las circunstancias. Dora lo agradecerá. Claro que… no sabe a qué hora es el vuelo. ¿Y si llega por la noche? O ha llegado ya de madrugada o, peor todavía, está aterrizando justo en este mismo momento. ¡Uf!

Tiene que concretar el tema cuanto antes. Decide llamarla, pero… ¿y si está durmiendo? ¿Cuánto tiempo necesitará para recuperarse de la guardia? Mejor un mensaje. Sí. Agarra el móvil y le envía un wasap para cuya redacción ha necesitado casi diez minutos: *Puedo llamarte?*

Marisa Giménez se arrellanará en su butaca de lectura. Estos días grises siempre la invitan a leer, así que le parece providencial, incluso entrañable, armarse de mantita y té caliente, bolígrafo y bloc de notas. No tendrá que encender la luz, al menos todavía: con la claridad que llega del exterior será suficiente. Le molestará un poco, eso sí, encender la calefacción a media mañana con la previsión de que esté activa durante los próximos meses. Gajes del invierno. ¡Qué se le va a hacer!

Montse Murals hará una escueta salida a la falda del Montseny con su señora de morros toda la excursión y regresarán ambas con un cestito lleno de *bolets* comprados en una parada del mercado dominical de Arbúcies.

Marta Dylan se levantará tarde y remoloneará durante toda la mañana junto a su gata, que, de tanto estar sola, los días de convivencia hogareña manifiesta una notable mamitis aguda. En algún momento, encontrará un pequeño vómito en un rincón, que limpiará prestando una atención científica a la sustancia regurgitada. La observará con mirada profesional y luego explorará a la gata con la precaución de quien no es especialista y sabe que se le puede escapar algún detalle importante. Si el asunto persiste, tendrá que llevarla a la veterinaria. Para este domingo, no tiene planes previstos ni ganas de hacerlos más allá de retozar con su gata. Seguirá vagueando hasta recibir el mensaje de García.

La actividad en la Terminal 1 apenas difiere de la de épocas vacacionales. Ahora la gente viaja sin pudor, en cualquier momento, a cualquier lugar. El *hall* de llegadas está abarrotado. Las puertas correderas se abren y se cierran escupiendo toda suerte de trotamundos que, tal como salen, se distribuyen a derecha e izquierda. Una sola salida y dos direcciones. Hay quien se detiene, mira a ambos lados y esboza una enorme sonrisa al tiempo que una mano se alza entre la multitud. Hay quien antes de decidirse por una, echa una ojeada rápida por si… pero no ve a nadie y sigue su camino hacia el transporte que más le conviene. Hay quien se detiene y busca con cierta ansiedad los letreros indicadores con el icono de un tren, un bus, el metro o la parada de taxis. Hay quien sale y mira y no ve y lanza una mirada al móvil para comprobar la hora y, al poco, intenta una llamada y alguien le empuja porque se ha quedado en medio del paso y no le responden y espera y espera hasta que… mil historias posibles. Hay quien toma sin vacilación la derecha o la izquierda y avanza a paso ligero, la cabeza alta y la firmeza de quien viaja tan habitualmente como para que le resulte indiferente que nadie le espere. Hay infinidad de miradas y gestos de llegada. Marta y Emma los observan desde una primera fila a la que les ha costado llegar. Aguardan en alerta porque Dora no sabe que han venido a recogerla. Si se descuidan, puede que gire en dirección contraria a su mirada y va y se les escapa. Además, solo Marta puede reconocerla. García no la ha visto nunca. En algún momento, buscó su imagen en internet, pero su foto de perfil en las redes no da para identificarla.

Han llegado a tiempo porque el vuelo (esta vez por fortuna) lleva retraso. Cuando han hablado, eran ya casi las 12 h. Han decidido

jugársela, aunque García tenía que ir a comisaría a buscar un vehículo (su viejo Peugeot hace tiempo que se jubiló sin sustituto y aparcar en la ciudad es cada vez más complicado o más caro), pasar a recoger a Marta y luego ir al aeropuerto, dar más vueltas que en un circuito de karts buscando un lugar libre en el aparcamiento de colorines de la T1, pillar el ascensor, bajar hasta la planta de llegadas, mirar el panel informativo, localizar el vuelo… súmale minutos. Todo ello a velocidad de crucero con cierta ansiedad por parte de García y una buena dosis de diversión por parte de Dylan, a quien la aventura le da marcha.

Delayed — Con retraso, parpadea de forma alternativa la línea que corresponde al vuelo de Conakri / Casablanca. La miran y remiran para asegurarse de que es la correcta, porque en la de arriba se alterna un *Landed* — En tierra y en la de abajo, peor todavía, *Cancelled* — Cancelado. ¡Menos mal!

En una de las aperturas de la puerta, aparece una señora de mediana estatura, pelo corto, gorro de lona beis y vestimenta demasiado estiva. Empuja un carro en el que avanzan cómodamente un par de maletas y una bolsa de mano.

Camina despacio con aire cansado y no mira a ningún lado en concreto. Conoce el aeropuerto, sabe hacia dónde dirigirse. Aunque el Aerobús la deja muy cerca de su casa, no tiene ganas de andar arrastrando equipaje. Tomará un taxi. Pudo dormir unas horas en el primer avión y en este último ha echado una cabezadita, pero el viaje es largo y pesado y a esta edad hay que facilitarse la vida, va pensando cuando se encuentra, de frente, con la mirada y el saludo de Marta Dylan. La sorpresa le ilumina un rostro ya de habitual expresivo y afable. Refleja una mezcla de emoción, apuro, asombro, alegría y turbación por la propia alegría. Sabe por qué han venido y lo confirma cuando Marta hace las presentaciones:

—Dora Rigol, ella es la inspectora Emma García.

Aún no ha sacado la mano del bolsillo para ofrecérsela en el protocolo que considera adecuado, cuando Dora ya le ha plantado un beso en cada mejilla acompañando la fórmula de cortesía:

—Encantada de conocerte.

García responde con idéntica educación, aunque en el fondo piensa que un apretón de manos era lo correcto; al fin y al cabo, está de servicio.

—¿Motivos para suicidarse? —Dora va deshaciendo lo más esencial del equipaje—. Iris no es una persona que ame la vida con fervor felicista, más bien la vive con sarcasmo, es corrosiva y ácida, pero de ahí a intentar suicidarse…

Durante el trayecto le han detallado lo más esencial de la situación, y en su casa apenas tiene lo necesario para recibir visitas, pero una botella de vino blanco en la nevera nunca falta. A falta, eso sí, de cerveza sin alcohol, García se conforma con un vaso de agua. Ya sabemos que no bebe y mucho menos estando de servicio.

—Motivos para suicidarse… —repite sirviendo las copas, como para sí misma, como intentando cuadrar lo que no encaja.

Y sigue colocando aquí y allá lo imprescindible. Una de las maletas ha vuelto medio vacía. A la ida iba a reventar de objetos útiles: zapatos, ropa infantil, bolígrafos, medicamentos, colirio, mucho colirio; algunos móviles y un ordenador portátil. Aunque solo ha estado quince días, le va a costar aterrizar. Un aterrizaje forzoso en esta realidad que se supone civilizada. Dylan y García van siguiendo sus pasos sin atreverse a interrumpir aquella máquina de recomponer ese puzle al que le faltan piezas, que es ahora la cabeza de Dora.

—Creemos que lo que ha pasado tiene relación con su libro —deja caer García tímidamente.

—Se lo advertí. Le dije que publicar ese libro le traería problemas. —Respira profundo y niega con la cabeza—. No pensé que llegaría a tanto.

—Pero, en realidad, no está publicado, es una autoedición.

—Sí. Iris quería que estuviera en la calle el próximo noviembre, coincidiendo con el primer aniversario de la muerte de Violeta Selvi

—Marta y Emma se miran, todo va cuadrando—, pero la editorial no se lo garantizaba. Así que decidió hacer una tirada pequeña. No sé cuántos ejemplares hay ni a quién los repartió. Tampoco sé qué intenciones tenía, pero seguro que era algo poco recomendable —se sienta por fin—. Iris estaba muy dolida. Tenía una relación muy especial con Violeta. Decía que era la madre que no había podido tener y que para Violeta ella era la hija que no había tenido. Es conocida la mala relación que tenía Violeta con la hija que sí tuvo. Iris iba a ser la biógrafa de Violeta, lo comentaron cuando aún estaba bien. Violeta aceptó con la condición de que no interviniera para nada Gisela, su hija. Le hizo prometer que la información en ningún caso vendría de ella, que ni siquiera la nombraría. Luego vino lo del ictus. Un día Violeta invitó a comer a lo que llamábamos el círculo de amigas, las más allegadas. Fue algo premonitorio, quizás intuía que su fin estaba cerca o que podía ocurrirle alguna desgracia; ya había sufrido un ictus previo, aunque sin consecuencias. Al poco de iniciar la comida, la cuchara se le cayó al plato y las salpicaduras de la sopa le ensuciaron la blusa. Vimos que tenía la mirada perdida, la mandíbula caída. La llevamos al hospital y, en un primer momento, fuimos nosotras, el círculo de amigas, quienes nos ocupamos de ella. Gisela aquel día dijo que no podía ir y los siguientes, que no tenía tiempo. Nos parecía cruel, muy triste, pero al fin y al cabo siempre había actuado así. Nosotras recibíamos las comunicaciones del hospital, hacíamos turnos para acompañarla, nos encargábamos de su ropa, de traerle lo que necesitaba, de hablar con el personal médico. Todo. Gisela no intervino en nada. En un determinado momento, apareció y tomó las riendas, lo cual en principio nos pareció bien, sobre todo de cara a Violeta, incluso a ella misma; intuíamos y deseábamos una reconciliación madre-hija. Lo que no imaginábamos es que pusiera todo tipo de trabas con una única intención: alejarla de nosotras y alejarnos a nosotras de ella. Llevarla a un aislamiento feroz. No permitió que volviera a su casa, despidió a la persona que le hacía la asistencia y la internó en un centro sociosanitario. Por supuesto, no estábamos de acuerdo, queríamos que volviera a su hogar, donde tenía todas las referencias

de lo que era su vida. Estábamos dispuestas a dedicar el tiempo que hiciera falta, financiar cualquier medio para su rehabilitación, lo que fuera necesario. Nos habríamos organizado. Por lo mucho que hemos recibido de Violeta, todas estábamos dispuestas a asumir ese compromiso y seguro que se hubiera sumado más gente. Violeta no habría estado sola ni aislada ni alejada de la vida pública. Habría podido seguir…, a su ritmo, pero habría podido.

A Dora le vienen imágenes familiares de ese continente luminosamente oscuro del que acaba de llegar. No quiere hacer comparaciones. Cada cultura es la que es, ni mejor ni peor que las otras. Respira hondo y bebe.

—Estuvo unos meses en aquel centro al que íbamos a visitarla regularmente, aunque sin posibilidad de intervenir en la asistencia. Un ejemplo fue la fisioterapia: veíamos que no hacía. En el centro nos dijeron que ese servicio se pagaba aparte y tenía que solicitarlo la familia. Cuando conseguimos comunicar con Gisela, nos despachó diciendo que no era asunto nuestro y que ella ya se encargaba de eso. A los pocos días, sin previo aviso, la sacó de allí. Iris fue una tarde, como cada semana, y se encontró con que ya no estaba. En recepción se negaron, por expresa indicación de la familia, a decirle adónde había sido trasladada. Ingresó en una residencia donde tenía restringidas las visitas también por órdenes familiares. A la entrada nos pedían el DNI y, si aparecíamos en una lista negra que había dado la hija, no se nos permitía la entrada. Ni Iris ni yo estábamos en esa lista. En mi caso, porque Gisela sabía que mi relación con Violeta era demasiado estrecha, y le habría perjudicado que yo, de alguna manera, hiciera público que me impedía verla; en el caso de Iris, porque no formaba parte del llamado círculo de amigas, el grupo más cercano a Violeta capaz de ponerle presión. Nosotras nunca quisimos que la llevara a una residencia; podía haberse quedado en su piso, atendida por una persona especializada y con nuestro apoyo. Volvimos a proponérselo. Insistimos en las terapias de rehabilitación. Queríamos que siguiera teniendo una cierta actividad intelectual y pública. Pero a Gisela nada de eso le importaba, quería silenciarla y hacerse con todo… con todo.

Hace otra pausa. Rememora.

—Una vez nos dijo que a ella lo único que le importaba en la vida era el dinero y el bienestar de su hija, la nieta de Violeta. Y en ese terreno se mueve. En cierta ocasión, Violeta le confesó a Iris que Gisela la había desposeído de todos sus bienes, la había obligado a firmar documentos que le daban poderes sobre sus propiedades. Y firmó. Y tragó con todo lo que su hija hizo y deshizo. Ya no se sentía con fuerzas para imponerse. Hubo tantas cosas… Violeta no estaba bien en la residencia. Al principio tenía una habitación más o menos luminosa. Gisela hizo que la cambiaran a otra más oscura, más alejada de las zonas comunes y, por supuesto, más barata. Nosotras sabíamos que Violeta no tenía problemas de dinero: había ahorrado y tenía su pensión y, si hubiera sido necesario, las amigas estábamos dispuestas a compensar la brecha económica; lo que más nos preocupaba era que estuviera bien. Nos dijo que Gisela no lo aceptaba, de ninguna manera. Poco a poco, la despojaba de todo lo que le daba una cierta seguridad o le procuraba un cierto bienestar. Incluso a su peluquera de toda la vida la expulsó de su entorno. Violeta era muy presumida. En su estilo, iba siempre arreglada y pulida, con la manicura hecha, el pelo bien cuidado, la ropa impecable… Tuve ocasión de hablar con la peluquera y me dijo que estaba dispuesta a ir de forma gratuita, por amistad, por humanidad, pero Gisela le negó el acceso. Para Violeta, ese fue uno de los golpes más duros. Simbólicamente, significaba desposeerla de su personalidad.

Los silencios de Dora, intermitentes, insondables, resultan más graves que la historia misma.

—Ni siquiera nos informaron de su muerte. Al llegar a la residencia, simplemente nos dijeron que no estaba y que habláramos con la hija. Gisela no nos cogía el teléfono. Por muchas llamadas que hicimos no respondió a ninguna de nosotras. Nos enteramos por la prensa. La llevó a enterrar a un pueblo de Castilla en el que solía veranear. Una ceremonia a la que no asistió nadie más que la familia consanguínea. Nosotras éramos su familia escogida, herederas de su mensaje, pero no tuvimos derecho a despedirnos.

Fue una especie de secuestro. Y, por si fuera poco, después de morir, quiso hacerse con la cartera de clientas de su madre; las llamó para ofrecerles seguir la terapia con ella. Sí, también es psicóloga, aunque de una línea antagónica a la de su madre. Como veis, todo sumado, un auténtico despropósito.

Levanta la copa y brinda por ella. García suspira, mira a Marta y se atreve a introducir:

—Barajamos la posibilidad de que alguien agrediera a Iris. Parece que Gisela tiene muchos números.

—No —afirma rotunda, dejando con un golpe seco la copa en la mesa—. Nunca llegaría a tanto. Lo tiene todo de su parte. Meses después de la muerte de Violeta, se dedicó a participar en homenajes ensalzando a su madre, incluso publicó un artículo en prensa como una huérfana apenada que defiende y alaba la figura de una madre a la que en realidad envidiaba, por la que nunca se sintió reconocida; exponiendo a las lectoras lo orgullosa que su madre se sentía de ella, cuando, en realidad, Violeta siempre mantuvo que era una histérica de manual. Si nos atreviéramos a denunciarla, tendría todo a su favor ¿Con qué contamos más allá de nuestro testimonio? Gisela podría negarlo todo y, encima, querellarse contra nosotras; tiene un buen gabinete de abogados, ahí no escatima gastos. En cualquier caso, saldríamos perdiendo. Pero Iris nunca se conformó con ello. Tenía esa espinita clavada y quería quitársela. Quería denunciar a Gisela sin que sus acusaciones se volvieran en su contra. Así que optó por revelarlo a través de la ficción. Cualquiera que conozca a medias la historia será capaz de recomponerla. —García lanza una mirada hacia Marta: ella dijo lo mismo—. Además, el libro está lleno de claves. Juega con las iniciales de los nombres y da pautas para reconocer a personas reales. Fácilmente se puede deducir qué ha hecho cada cual. En su particular guerra contra la hija de Violeta, esta ha sido su «Gran Victoria». Porque, en un contexto de ficción, protestar por el relato sería autodelatarse, y agredir a Iris la pondría en una situación demasiado comprometida; sabe que yo misma podría acusarla, que tendría elementos suficientes para demostrar su culpabilidad. —Por un momento, García piensa que, tal vez, debería

ponerle protección—. No. Iris se ha desahogado y Gisela, cuando se entere, si no se ha enterado ya, rabiará como la histérica que es, pero no creo que la cosa pase de ahí. —Se detiene—. Tiene que haber alguien más importante detrás de todo esto. No puedo quitarme de encima esa intuición. Iris tuvo que descubrir algo mucho más grave.

—¿Se te ocurre quién puede ser?

Hace otra pausa, como si estuviera pensando.

—No sé, tengo una ligera sospecha, aunque me parece demasiado peliculera. Déjame que haga algunas averiguaciones —las mira con un halo de tristeza—. ¡Es todo tan extraño…! ¿Y si realmente tenía motivos para suicidarse?

Hay desconcierto, silencio, miradas interrogantes.

—¿Qué quieres decir? —pregunta Marta.

—Antes de irme, tuvimos una discusión. Se daba una circunstancia bastante rousseauniana: quien escribió un tratado sobre educación feminista no se entendía con su propia hija. Le dije a Iris que Violeta no habría querido remover ese tema, que no deseaba que se supiera cómo era su hija, y que ella, como amiga, tenía la obligación moral de respetar su voluntad. La traté de interesada y egoísta. Iris quería destapar lo que ocurrió en los últimos años de la vida de Violeta a sabiendas de que eso perjudicaría su prestigio. Discutimos con una violencia verbal que nunca habíamos mostrado entre nosotras. Se fue. Yo, al día siguiente, viajaba a Guinea.

Dora muestra signos de derrota.

—Necesito ir a verla. Aunque no me responda, aunque no sepa que estoy ahí. Necesito cogerle la mano.

Dylan y García la convencen de que es mejor que descanse. Marta la acompañará por la mañana. Irán a primera hora, se encontrarán con Lis, la enfermera que ha estado a su cargo durante la noche. Todo será más fácil. Dora acepta. Se siente vencida, abrumada.

—Si no hubiéramos discutido… —lamenta—. En realidad, nos vimos porque Iris me dijo que tenía documentación comprometedora en una caja fuerte. Iba a darme la combinación en

persona, no quería que quedara registrada en ningún sitio, ni *mails* ni mensajes de móvil, quería que la memorizara. Pero se fue. Discutimos y se fue sin decírmela. No quiero ni pensar cómo se sintió al llegar a casa. —Dora lanza una mirada que tiene algo de súplica—. ¿Pudo ser eso? Se sintió acorralada, sin apoyo, impotente… ¿y decidió acabar con todo?

Murals llegó pronto a la oficina. Iba a ser una semana intensa. Y además, en casa aún duraba la resaca del fin de semana frustrado y la bronca porque los *bolets* habían salido carísimos y la excursión había sido propia de *pixapins*[2]: ¡Con lo excursionistas y respetuosas que son ellas con el medio ambiente! Para disipar el mal rollo, en el autobús echó una ojeada a Twitter a ver qué se cocía. Hervía en tuits y retuits sobre Can Dunes, la casa okupa que ayudaba a mujeres en situación de vulnerabilidad, sus esfuerzos por salir adelante y las trabas que desde su creación había puesto la *cometiera* de Acció Social i Entitats ¡Cómo puede llegar al poder gente tan lerda!, murmuró para sí. ¿Qué teclas habrá tocado esa tía para estar donde está? Cerró la aplicación y guardó el móvil en el bolsillo de la casaca. A su cabeza volvió la cestita de *bolets* y el precio que había tenido que pagar por ella.

Cuando García entró en el despacho, la encontró al pie del ordenador con la nariz apuntando a la pantalla y cara de haber dormido poco.

—*Bon día*, Murals.

—*Bon día*, jefa —apenas esperó a que García colgara la gabardina y tomara posesión del despacho—. Estoy comprobando las coartadas de las tres sospechosas y ya le digo que Gisela Cantó no pudo ser: estaba en un congreso en Guadalajara.

—No me sorprende —dijo García subiéndose las mangas de la camisa (por lo visto ya habían activado la calefacción)—. Coincide con lo que nos dijo Dora Rigol. Fuimos a buscarla al aeropuerto.

—No pierde el tiempo ¿eh?

—No. Ya no podemos perder más tiempo. Ella cree que estamos detrás de algo de mayor envergadura. Voy a convocar una

reunión urgente, a ser posible esta misma mañana. Y quiero que esté también Maika Olazaguirre, de la científica.

—Una *crack*.

—Por la tarde tendríamos que ir las tres a inspeccionar a fondo el piso de Iris Ferrán.

—¿Esta tarde?

—Sí.

—Entonces, ¿vamos a dedicar todo el día a este caso?

—Pues claro, no está la cosa como para relajarse.

—¿Y quiere que vaya yo también?

—Por supuesto, Murals, su ojo clínico es imprescindible.

—Ya —le lanzó una de sus miradas recriminatorias, aunque García ni siquiera se percató—. ¿Y con la *psicothief*, qué hacemos?

—¿Cómo?

—Sí, esa chica que va desvalijando ancianitas. Ya ni se acuerda, pero el caso sigue abierto.

García se frotó la frente.

—¡Cagüen! —masculló.

A la misma hora, Dora Rigol sostiene la mano inerte de Iris Ferrán. Han llegado al hospital justo antes del cambio de turno. La enfermera Lis Gálvez les ha facilitado la entrada y nadie más se ha percatado de la presencia en la UCI de una persona ajena al centro. Dejan a Dora a solas con la paciente.

—Vale, haremos una cosa —continuó García—. Ahora lo prioritario es convocar la reunión. Y, mientras llegan, revisamos el caso de las ancianas.

Dora sostiene esa mano como un canal por donde ha de llegar su sentimiento, su energía, su deseo.

—Yo hago las llamadas pertinentes. Mientras, vaya preparando el expediente.

—¿Y dejo de buscar si las sospechosas del caso Ferrán tienen coartada?

—Yo qué sé, Murals, mire de hacer un poco de aquí, un poco de allá.

Se acerca a su oído y le susurra palabras de aliento. Y le parece percibir un movimiento apenas perceptible de sus párpados cerrados. Le aprieta ligeramente la mano y cree notar en la suya una presión insignificante, tal vez imaginaria, pero sigue y le comunica sus deseos en un murmullo suave: tienes que recuperarte, tienes que volver. Y está convencida de que su respiración se ha acelerado de forma muy, muy, muy leve.

—Ya he hablado con Maika y con Marisa. A ambas les va bien estar aquí a las once. Eso nos deja algo de tiempo.

—Tiempo ¿para qué? ¿Para revisar el caso de la *psicothief*, comprobar las coartadas del caso Ferrán y preparar la reunión? Lo veo un pelín justo.

—Una cosa detrás de otra —dice García—. Todavía me falta llamar a la doctora Dylan.

Suena el teléfono. Murals atiende la llamada.

En la sala contigua, Dylan habla con Lis. La enfermera sabe que hay un vínculo especial, pero no conoce los pormenores. Ya es hora de ponerla al corriente. Comentan los detalles, la intervención de la policía, la sospecha de una agresión premeditada, un libro comprometedor que puede aportar muchas claves, una serie de sospechosas… Lis se queda pensativa, como en otra dimensión. Dylan tiene el móvil silenciado.

—No contesta. Bueno, vamos avanzando. ¿Este es el expediente de la *psicothief*?

—Sí, jefa. No se lo creerá, pero acaban de llamar de la agencia.

—¿Qué agencia?

—La de asistencia a las personas mayores —canturrea en tono paciente.

—¡Ah! ¿Y de las coartadas, qué tenemos?

—No me líe, jefa, vamos por partes.

Ha notado la vibración y ha echado una mirada rápida a la pantalla para ver quién era. Emma, vale, luego la llamo. Guarda el móvil con un gesto automático: está muy pendiente de esa expresión intrigante que ha visto en Lis.

—¿Pasa algo?

—Sí. Hace días le descubrimos un pequeño hematoma en el tobillo. No le di importancia, la verdad, pensé que se habría dado un golpe, nada grave. Pero tal como va evolucionando… y con todo lo que me explicas… No sé. Míralo tú misma.

—La señora Camargues ha rechazado a la chica que envió la agencia.

—Mira, pues mejor, porque no tenía puñeteras ganas de volver a hablar con esa vieja facha.

—Todo lo contrario, jefa, tenemos que ir a interrogarla, saber por qué la ha rechazado, y si tiene otra, de dónde la ha sacado.

—Ya tiene narices la vieja…

—Es que una de las otras dos ancianas a las que desplumó la *psicothief* también rechazó a la chica de la agencia. Mosquea un poco ¿no?

—¡Cagüen…! ¿No lo ve que este caso me viene del todo a contrapié?

El pequeño hematoma dibuja dos círculos concéntricos. Uno exterior de color violáceo oscuro, otro interior difuminado y más claro por el que emerge el tono de la piel; en el centro, el punto de una diminuta costra no deja lugar a dudas: se corresponde con un pinchazo. Iris Ferrán no intentó suicidarse.

Finalmente, García tuvo que aplazar la reunión.

—Estos encuentros nunca son ágiles —le advirtió Murals—, conviene tener mucho tiempo por delante, que luego nos ponemos a hablar todas a la vez y no se acaba nunca.

García quiso programar el día para que entrara todo: por la mañana, aprovechando la presencia de Maika, de la científica, irían al piso de Ferrán. Luego Murals y ella pasarían por casa de la Camargues, comerían algo rápido y a primera hora de la tarde tendrían la reunión. Murals se negó en rotundo.

—No, jefa, si estamos pendientes de ir las dos a todas partes, se nos va a comer la angustia. Nos repartimos las tareas; comemos juntas en el fránkfurt de la esquina, sin agobios ni estreses y con tiempo suficiente para darnos la información mutuamente y preparar la reunión.

Tras unos segundos de resistencia, la inspectora tuvo que claudicar.

—Está bien —admitió a regañadientes—. Supongo que será lo más sensato. A ver qué le saca a esa vieja facha, yo acompañaré a Olazaguirre…

—Pero, vamos a ver —la interrumpió—. ¿No quedamos en que tenía que ir yo al piso de Ferrán? ¿No era tan imprescindible mi ojo clínico?

—¡Joder, Murals, qué respondona me ha salido últimamente!

Hubo un tira y afloja de los ya habituales, que cayó del lado de la agente. García aceptó… más bien se tragó tener que ir ella a interrogar a Camargues.

—Nos vemos aquí a las dos —dijo Murals contundente, y aún añadió en tono de regañina—: Y deje de llamarla vieja facha, que es

muy poco correcto.

García se retiró refunfuñando. Antes de irse, volvió a telefonear a Marisa para decirle que la reunión se había trasladado a las cuatro. Y justo cuando ya estaba saliendo, recibió la llamada de Dylan comunicándole que tenía una información importante. La convocó también a las cuatro y resopló. Las semanas que empiezan con tanto estrés no auguran nada bueno.

Salió sudando del despacho. Por las calles, alguna castañera resistente al paso del tiempo, *panellets* en las pastelerías y una alfombra ocre formada por las hojas secas de los plátanos. Entre eso y la calefacción a tope, parecía que el invierno había llegado por decreto. Decidió moverse en transporte público.

Diez minutos antes de las dos, ya estaban ambas, de nuevo, en comisaría dispuestas para darse el parte.

—¿Al fránkfurt de la esquina? —preguntó Murals dándolo por hecho.

—No. ¿Y si vamos al naturista ese que hay enfrente…?

—Pero si es vegano.

—No, no. Tiene opción vegana, pero hay de todo. El otro día me fijé y tiene buena pinta.

Murals suspiró para sus adentros. Últimamente, García estaba dando un giro hacia lo ecológico que se revelaba sospechoso. Y le rondaba en la cabeza el motivo de tan inesperado cambio. Tal como se temía, en el local García desplegó su faceta más desconocida.

—Creo que probaré la hamburguesa esta de tofu y lentejas con ensalada de canónigos. Hay que cuidarse, Murals, que ya tenemos una edad.

La agente la observaba por encima de la carta de platos que sostenía cual parapeto.

—Pues yo… el combinado de albóndigas bio con guacamole y revuelto de gambas. Un poco de proteína siempre viene bien. Por cierto, la doctora Dylan es vegana, ¿verdad?

—No, Murals, no. Es vegetariana, ¿vale? Y no lo hago porque ella me lo haya inculcado, si es lo que está insinuando.

—Claro, claro.

—La alimentación es importante para el planeta. No podemos agotar sus recursos. Hay que tomar conciencia del cambio climático y todo eso. Hoy he ido en los ferrocatas y he pensado que, a partir de ahora, nos moveremos en transporte público.

—Lo que usted diga, jefa.

Trajeron los platos y, aunque a García le sugerían una cierta melancolía arcoiríaca, atacó su hamburguesa con auténtica afición.

—Ta buena —dijo con la boca llena—. Sabe a especias.

—Pues el revuelto, genial. Se nota que son huevos de granja, de gallinas felices —quiso animar Murals.

—¡Lo ve!

—¿Y cómo le ha ido con Camargues? ¿Qué ha descubierto?

—Pues no ha sido tan duro como me esperaba. La vieja… perdón, la señora está encantada con la chica. Habla catalán y, por lo visto, es supersimpática, la ayuda en la casa y en las compras, la lleva de paseo, la entretiene y, al parecer, la divierte un montón. Por cómo hablaba… ya sabe lo redicha que se pone explicando las cosas, yo diría que la diversión que le proporciona es de pagarla aparte, ya me entiende.

—¡No *foti*! —A Murals le entró una risa que casi se atraganta—. *Collons, la iaia!*

García también se reía.

—Sí, sí, parecía otra. Lo contaba con una picardía en la cara…

—Me la imagino. Y si encima se lo hace en catalán…

Soltaron una carcajada al unísono que hizo girar a más de una comensal de las mesas contiguas, y hasta hubo quien compartió la alegría con una sonrisa espontánea.

—¿Y dónde la encontró? ¿Qué explicación le ha dado? ¿Por qué rechazó a la chica de la agencia?

—No, al parecer sí es la de la agencia. Dice que ella no rechazó a nadie.

En ese momento, Murals volvió a atragantarse pero no de risa precisamente.

—Jefa.

—¿Qué pasa?

En ocasiones como aquella, Murals sabía que tenía que actuar con mucho tacto.

—Esto… ¿Llegó a ver a la chica? ¿Estaba en casa? —interiormente pensaba: me juego los galones a que no.

—Pues no, acababa de salir a hacer unos recados. Pero, vaya, que por lo que me dijo Camargues, todo está en orden. En fin —acabada la hamburguesa, posó los cubiertos en el plato limpio—, habrá que seguir buscando. Venga, cuénteme cómo ha ido en el piso de Ferrán.

—Sí, ahora, pero… una pregunta, solo por curiosidad. ¿Usted avisó a Camargues de que iría?

—Sí, claro. A esta gente mayor es mejor situarla, no pillarla de improviso ahí, en plan: ¡Policía, abra la puerta! Ya me entiende. Además, quería asegurarme de que estaba encasa porque, si no, me ahorraba el viaje y me iba a acompañarlas al piso de Ferrán.

—Ya. Y, otra cosita —siguió Murals indagando con extrema cautela—. ¿Le enseñó el retrato robot?

—¿Qué retrato robot? —dudó, pero enseguida le vino a la mente —. ¡Ah! ¿Aquel que hizo en la tablet con el programa ese nuevo… cómo se llama?

—Face Disco ver.

—Eso.

—¿Se lo enseñó?

Ahí García empezó a intuir que algo no iba bien y se puso a la defensiva.

—Pues no. No se nos ocurrió. En realidad, a ninguna de las dos se nos ocurrió, ¿verdad?

—Tiene razón —suspiró Murals—. Es culpa mía. El programa lo tengo yo, tendría que haberle pasado una imagen. —Sabía que la inspectora también podía haber accedido a ella o habérsela pedido, pero prefirió seguir con la misma prudencia—. A ver, jefa. Algo no va bien. Esta mañana han llamado de la agencia diciendo que Camargues rechazó a la chica que le enviaron. Camargues dice que la chica es de la agencia. Ninguna de las dos tiene motivos para mentir, ¿no?

—Pues… no, en principio no.

—Y resulta que en uno de los dos casos anteriores la chica de la agencia fue rechazada y la que vino, no se sabe de dónde, la desplumó.

—Ya veo por dónde va.

—Y justo el día que va la policía a interrogar a la señora de la casa, resulta que la chiquilla ha salido a hacer recados. ¿No le parece mucha casualidad?

A García le entró un sudor frío. No podía ser. Acababa de reingresar en el cuerpo, no podía permitirse un primer caso fallido, y este tenía todos los números. Su angustia aumentó de forma considerable al oír a Murals decir lo que ella misma estaba pensando.

—Me juego el uniforme a que no tarda ni dos telediarios en desvalijar la casa.

Ahí se desmontó.

—¡Caguen… to lo que se menea! Si es que soy burra, Murals, no aprenderé nunca. Podíamos habernos quedado solo con este caso, ¿verdad? —La otra asintió—. Pues no. Tenía que liarla bien liada nada más regresar al cuerpo. Y ahora, apechuga. Como dicen en mi pueblo: ¿No querías caldo?, pues toma, dos tazas.

—En catalán, son dos platos —dijo Murals con la única intención de quitarle hierro al asunto. García se la quedó mirando con cara de a qué viene eso, y ella aclaró—: En catalán son coles y platos: No quieres coles, toma dos platos.

—Es que siempre tienen que dar la nota —remató.

Se hicieron con bebidas y García aportó un surtido de galletas integrales que había comprado en la tienda contigua al restaurante naturista.

—Sí, mejor coger fuerzas —dijo Murals—. Me temo que esta reunión no va a ser corta.

García lo confirmó.

—Desde luego, tenemos muchos frentes que atacar y muchos elementos nuevos. Lo primero que haremos será una reconstrucción de los hechos tal como sugieren las nuevas informaciones. Por un lado, la inspección al piso de Ferrán y por otro, lo que ha descubierto la doctora Dylan —Marta, pensó Dylan, pero no corrigió—. Como ya sabéis, Iris Ferrán tiene la señal de un pinchazo en el tobillo, de lo que se podría deducir que le inyectaron el antidepresivo. Encaja con las hipótesis de la teniente Olazaguirre. Cuando quiera, teniente.

—Por los detalles que encontramos en el piso, podemos concluir que, en efecto, Ferrán dejó entrar a su agresora. En un inicio, el encuentro debió de ser cordial. Había una copa de vino en la mesa del salón, a medio consumir, y otra limpia en el fregadero. Iris no usaría dos copas, por lo que se deduce que esa persona no quiso dejar rastro del encuentro. Por supuesto, no encontramos huellas. En cuanto tuvo oportunidad, le asestó un golpe; hay señales en la alfombra de que el cuerpo fue arrastrado hasta la cama. No hay duda de que fue allí donde le inyectó la sustancia narcótica: había minúsculas manchas de sangre en la colcha a la altura del pie. El golpe, como bien advertisteis, no fue determinante. Lo más probable es que, en algún momento, recobrara la conciencia y, al intentar levantarse, tirara la lámpara. Eso, sumado al aullido de la

perra, alertó a la vecina.

—Me extraña que Vodka no reaccionara a la agresión —dijo Dylan.

Murals respondió:

—Sí, yo también lo pensé. Eché un vistazo y vi que su camita está en el estudio de Iris. Lo que deduje fue que no se inquietó porque conocía a la visitante, luego debió de irse a descansar, y lo más probable es que le cerrara la puerta justo antes de la agresión.

—Suena convincente —dijo Marisa—. ¿Y por qué dejó la luz encendida?

Esta vez fue Maika quien respondió.

—Pudo ser un descuido. O quizás no le dio importancia. Puso el cuerpo encima de la cama, no se entretuvo en meterla dentro. ¿Alguien que se suicida se toma la molestia de arroparse? ¿Apaga la luz como si fuera a dormir? La agresora tenía prisa. Tuvo la precaución de limpiar la copa, cogió el ordenador y el móvil, dejó salir a la perra y se marchó.

—Todo encaja —volvió Marisa—, ahora solo falta saber quién fue y por qué.

—Una cosa nos llevará a la otra —intervino Murals—. En principio sabemos que la principal sospechosa, Gisela Cantó, no fue; estaba fuera de la ciudad, en un congreso. La vio un montón de gente, incluso hay fotos en internet que lo confirman. Estamos comprobando si las otras dos tienen coartada, pero en realidad ni la directora del Centre de Dones ni la presidenta de la AEI tendrían un móvil sólido, al menos en principio.

—Los asuntos de corrupción de ambas ya eran *voxpopuli* antes del libro —apuntó García—. Además, según Dora, el asunto es de mayor calado; puede que todas estén implicadas de algún modo, pero hay alguien y algo más. Y la clave está en el libro.

A García, la angustia por que el caso de la *psicothief* se le fuera de las manos, la necesidad imperiosa de resolver este caso con éxito, la presencia de Marta y de Marisa en la sala y un sentimiento de torpeza perenne le hacían poner todo el empeño en desplegar la mayor lucidez posible.

—Yo también lo creo —la secundó Marisa—. Por cierto, le pasé a Maika el ejemplar que me dejó Murals. Así, todas lo hemos leído.

La teniente puntualizó:

—No he tocado ni uno de los pósits que pusisteis.

Y, al mismo tiempo, García exclamaba:

—¡Joder, qué eficiencia! —Hubo risas—. Bien, ¿por dónde empezamos?

A partir de ese momento, tuvo lugar una de esas conversaciones difíciles de reproducir en las que una habla, la otra aporta, la otra sugiere, la otra replica, la otra apunta… Para seguir bien el discurso hay que resumirla teniendo buena cuenta de quién dice qué.

DYLAN — Dora dijo que todos los nombres están cifrados, podríamos intentar saber a quién corresponden.

GARCÍA — Ya lo hemos hecho. En los personajes principales las iniciales coinciden con las personas reales. Eso nos ha facilitado la identificación de Gisela Cantó y de las otras dos sospechosas. Pero ahí nos quedamos.

MARISA — A mí me ha llamado la atención el personaje de la Arpía, es la única que no tiene nombre.

MAIKA — Sí, yo no lo he entendido ¿Qué pinta ahí un ser fantástico?

MURALS — Creo que es un personaje simbólico. Por eso no tiene nombre. A mí me sugirió como una especie de representación del mal que sucumbe ante la conciencia colectiva. Y el egoísmo, representado en su amor hacia EGO.

MARISA — Sí, en todo el libro da la sensación de que la autora está transmitiendo mensajes morales. Si no estoy equivocada, en la mitología griega Iris es la mensajera.

MAIKA — Ni idea.

MURALS — Yo de mitología…

MARISA — Búscalo en internet.

MURALS (*poniéndose a teclear como una posesa*) — Aquí está. Pues, sí, se la describe como la mensajera en la *Ilíada* y en la *Eneida (leyó)*: «Iris es la diosa del arco iris, bla, bla, bla… es la encargada de hacer llegar los mensajes de los dioses a los seres humanos (*siguió*

leyendo en murmullo) bli, bli, bla, bla y…», ¡un momento! Fijaos en esto: es hija de Electra y hermana de las Arpías.

MARISA — Eso puede ser una pista.

GARCÍA —¿Iris tiene alguna hermana?

DYLAN — Diría que solo tiene un hermano. Dora lo podrá confirmar.

MAIKA (*escéptica*) — Bueno, podría ser casualidad. Su personaje rebosa codicia por todas partes. La Arpía es la representación de la mujer malvada. Ella se llama Iris como podría llamarse María, igualmente habría elegido a la Arpía para representar la maldad.

MURALS — No. En literatura, nada es casualidad. Cuando escribes una novela aparecen elementos que encajan por sí solos. Puede parecer azar, pero no lo es. Forma parte de la magia de la creación. Quien busca encuentra. Lo dijo mi profe en el curso de escritura.

GARCÍA — No nos pongamos románticas. Puede ser una alegoría. De hecho, la Arpía es la que conecta a las tres personajes que hemos considerado sospechosas.

MARISA — Y les otorga dones.

MAIKA — Sí, eso puede tener significado. Pero sigo sin entender por qué no tiene nombre. A mí me conectó con algo muy catequista: si eres buena serás premiada, si eres mala serás castigada. Es pura moralina, no me parece que tenga referente real.

GARCÍA — Yo creo que sí lo tiene, pero su identidad está cifrada de otra manera en la novela.

MURALS — Muy aguda, jefa. (*Había que animarla*).

MARISA — Estoy con Emma. A mí también me da que existe en la realidad (*mientras hablaba iba de un pósit al otro revisando las notas del libro*), que Iris tiene algún vínculo de hermandad con ella y que le envía un mensaje, una especie de advertencia (*por fin encontró lo que buscaba*). Aquí está. Mirad este párrafo (*leyó*): «Como el escorpión que se siente acorralado, la Arpía morirá devorada por su propia codicia cuando un cerco de verdades se estreche a su alrededor». ¿No os parece que esta frase encierra una amenaza?

MURALS — ¡Ostras, sí! Ha denunciado a las otras tres y a ella le

hace una advertencia: si se destapa la verdad… pringará, fijo.

DYLAN — Es cierto, Dora nos dijo que Iris tiene documentos comprometedores en una caja fuerte. Puede ser la información que implique a la Arpía real.

GARCÍA — Alguien y algo de mayor envergadura. Desde luego que encaja. Habrá que buscar en círculos de poder: política, empresa. Se trata de una persona con mucha influencia.

MURALS — Tiene que ser una ballena.

TODAS — ¿Cómo?

MURALS — Bueno… Es el pez más gordo que se me ha ocurrido en femenino.

La bromita de Murals relajó tensiones. De nuevo, hubo risas y comentarios jocosos. Hicieron un pequeño *break* en el que desaparecieron las galletas integrales y la reunión siguió aún durante más de una hora, básicamente dándole vueltas a lo mismo. Analizando aquella frase, buscando otros párrafos que pudieran confirmar sus deducciones, que aportaran otras claves. En cualquier caso, sí, era ahí donde había que buscar.

—Bien —dijo García, a modo de resumen—. Parece bastante claro que ni la presidenta de la AEI ni la directora del Centre de Dones tuvieron algo que ver con la agresión, pero, aun así, confirmaremos sus coartadas. Tendremos que hablar con ellas, preguntarles directamente dónde estaban la noche de autos y habrá que hacerlo con suma cautela. En paralelo, tenemos que seguir buscando. Hay que descubrir quién se esconde detrás del personaje de la Arpía. No va a ser fácil, chicas —hizo un barrido con la mirada —, pero estoy segura de que la encontraremos. Somos un buen equipo.

A todas les venía bien aquella inyección de confianza. A la propia García la primera. Al acabar la reunión, se quedó un momento con Murals.

—Ahora bajamos —les dijo a las otras, agarró del brazo a la agente para alejarla de los ascensores y aun estando a solas usó un tono de voz poco audible—: Murals, ¿y con la *psicothief* qué hacemos?

Unas ojeras oscura y abultadas, las pupilas enrojecidas, los párpados pesados y un dolor de cabeza que casi se hacía visible acompañaron la respuesta de Murals.

—Mañana, jefa, eso ya lo haremos mañana. Si quiere, a primera hora nos presentamos en casa de Camargues sin avisar.

—Pero ¿y si actúa esta noche?

—Pues, mala suerte, jefa, estamos demasiado cansadas.

La oscuridad otoñal hacía horas que había caído sobre la ciudad. La mayoría de los comercios habían cerrado ya, solo quedaban los clandestinos, los que liberalizan horarios a su conveniencia. Pero había movimiento: trabajadoras rezagadas, turistas impenitentes, juerguistas precoces y terrazas abarrotadas; el clima mediterráneo es benévolo y las ansias de contacto intrínsecas a la población latina. ¿Quién iba a pensar, en aquellos momentos, que un día la gran urbe pudiera detenerse, que los abrazos estuvieran restringidos, que las miradas destacaran por encima de las máscaras? ¿Quién, más allá de la ciencia ficción?

En la puerta de comisaría, las cinco mujeres se despedían. Estaban satisfechas. Habían hecho un buen trabajo y, aunque quedaba mucho por delante, sabían qué camino seguir hacia una hipotética luz en la oscuridad de aquel rocambolesco túnel. Dylan anunció que regresaba a casa andando, García también, pero en dirección opuesta. Se puso a andar calle abajo hacia el mar (en esta ciudad, lo que baja va al mar), pero no había recorrido ni cien metros, cuando algo la detuvo. No habría sabido decir si era una corazonada o un ataque de ansiedad. Dio media vuelta, regresó a comisaría, solicitó uno de los vehículos del parque móvil y, diez minutos más tarde, recorría calles y avenidas hacia el domicilio de Elisenda Camargues.

No tuvo problema para encontrar un aparcamiento estratégico en la misma esquina, a cincuenta metros del portal. En esa zona todo el mundo tiene *párking*. Situó el coche justo delante del paso de peatones, dispuesto para salir sin dificultades.

Puso la radio y esperó. No era la primera vez que se encontraba ante un panorama de horas y horas de espera sin saber siquiera qué

le depararían. Lo más difícil era no dormirse; lo más incómodo, esas inoportunas necesidades vitales; ni siquiera se había hecho con un botellín de agua. En parte, mejor, pensó: quien no bebe, no desbebe. La emisión radiofónica le resultó entretenida. Una miscelánea de arte y cultura, con entrevistas, recomendaciones, anuncios… La audiencia llamaba también para dar opiniones, criticar obras de teatro, recomendar libros, películas o exposiciones. Un buen pasatiempo. Tampoco era la primera vez que la voz sensual y envolvente de la locutora acompañaba sus noches. Enia Grimau tenía un nutrido grupo de seguidoras.

Pero el reloj avanzaba y en el portal no se movía nada. Ni en la calle. En esa zona no hay tiendas, ni legales ni clandestinas. En esa parte de la ciudad, la ciudad no necesita detenerse: vive anclada en su propia quietud, anquilosada en su aburguesada sordidez. García piensa que no viviría ahí ni que le regalaran uno de esos pisazos de doscientos metros cuadrados con balcón y parterres a la entrada.

Una hora de espera, dos horas… el programa de la Grimau finaliza y empieza uno de deportes, o sea, de fútbol. Va saltando de emisora en emisora. ¿Música clásica? Corre el riesgo de quedarse frita. Música disco, menos; la mantendrá despierta pero le machacará las neuronas. ¿Noticias? Ya se las sabe todas. ¿Un debate? Por qué no, hablan de temas sociales. La actual *consellera* de Acció Social i Entitats dice que hay que renovar las instituciones. Una diputada de la izquierda alternativa la increpa. La moderadora intenta sin éxito poner orden. Buen programa: con tanto improperio no hay quien se duerma. La diputada acusa a la *consellera* de estar colocando a sus amigas en todos los cargos de poder, de hacer todo lo posible por exterminar los nuevos feminismos y de españolizar las instituciones. Desde que está en la *conselleria*, sus polémicas decisiones han enervado a la izquierda. Ahora quiere renombrar la Institució Catalana de les Dones a Institució Nacional de les Dones. La diputada le pregunta a qué nación se refiere y la trata de franquista y corrupta. La otra suelta una réplica contra el independentismo y acusa de terrorista a la diputada alternativa. La locutora intenta, de nuevo sin éxito, poner paz.

—Usted está contaminando el feminismo —protesta la diputada —. Ya nos ha demostrado cómo son de patriarcales sus decisiones. ¿Quiere que le recuerde lo que pasó en el Centre de Dones?

Si hasta aquel momento la emisión le había interesado, al oír que hablaba del Centre de Dones puso aún más atención. Se incorporó en el asiento y subió el volumen de la radio, pero, justo entonces, se encendió la luz del portal y apenas registró las palabras siguientes porque quien salía era una chica y coincidía tanto con la descripción como con el retrato robot que ya había puesto en su móvil. Llevaba una bolsa de viaje, tipo mochila, y un casco. De forma instintiva, apagó la radio.

La moto estaba aparcada delante de la puerta. Vio cómo se cargaba la mochila a la espalda, se calaba el casco, la ponía en marcha y arrancaba. García accionó el motor, salió de su aparcamiento y la siguió a distancia. Un par de calles dirección montaña, una gran rotonda, y se metió en la Ronda de Dalt. Por suerte, el tráfico nocturno facilitaba la persecución. Durante el día las motos serpentean entre vehículos, y eso habría complicado mucho el seguimiento. Aunque esa vía urbana hierve a cualquier hora (en aquellos momentos, era inimaginable que un día pudiera aparecer vacía), la quietud de la noche ayudaba. El reloj marcaba las 2.07 h.

Las salidas de la Ronda se iban sucediendo una tras otra: Vall de Hebró, Horta, Guineueta, Nou Barris. García se preguntaba adónde iría y esperaba que no la llevara a una zona demasiado lumpen. Atravesó el Nus de la Trinitat y siguió por la B20 hasta la salida 19. A partir de ahí, un laberinto de calles desordenadas, curvas, subidas, bajadas, edificios y hormigón, mucho hormigón, hasta llegar a una especie de extrarradio del extrarradio, suburbio del suburbio en el que destacaba una vieja masía rehabilitada y decorada con estética okupa. No le fue tan fácil situar su coche: tuvo que aprovechar un vado permanente para ocultarse y rogó que nadie necesitara entrar o salir porque si se iba de allí no habría podido regresar al mismo punto ni con el GPS. Rogó también que la nueva espera no fuera demasiado larga, y ambos deseos le fueron concedidos. Esa noche,

los astros parecían estar de su parte. Apenas media hora más tarde, la chica volvió a salir, esta vez sin la mochila, montó en su moto y se internó en el laberinto arrabalero de nuevo en dirección a la Ronda. Debió de ser ahí donde se dio cuenta de que la seguían. García intentaba mantener la distancia, pero en aquella maraña de callejas era prácticamente imposible no asomar el morro en alguna esquina y dejarse ver.

Sin histrionismos, sin premura, sin maniobras que pudieran alertar, la moto seguía su ruta por la vía de circunvalación. Circulación tranquila, runrún del motor; de nuevo, se sucedían las salidas. Habían entrado en la Litoral y García apenas se había percatado del recorrido; empezaba a notar los efectos de una jornada demasiado intensa. Runrún, velocidad constante. Parecía que nada cambiaba, pero, de forma imperceptible, la moto estaba aminorando la marcha. Entre el cansancio y la monotonía de la conducción, la inspectora no se dio cuenta de que se estaba acercando en exceso hasta que ya la tenía casi encima. La siguiente salida quedaba muy próxima. En una hábil maniobra, la motocicleta disminuyó la velocidad al máximo, palanca de cambios, reducción de dos marchas, sin tocar el freno para no alertar con la luz roja y que el coche de atrás frenara también. Y, justo en el límite de la salida, un golpe de manillar: las ruedas saltaron sobre la continua del carril derecho y abandonó la autopista con un acelerón inapelable. García, primero, sintió que se la tragaba, y cuando quiso reaccionar ya no le daba tiempo ni a frenar ni mucho menos a girar el volante: se habría topado con un muro, que vio pasar impotente, y otra vez estaba rodando en circunvalación como una peonza. La había perdido. ¿¡Cómo era posible!? La había perdido. Recorrió incrédula unos cientos de metros hasta que por fin se rindió. ¡Cagüen…, la había perdido! Miró la hora: eran las 3.18. Se consoló pensando que aún podría dormir unas pocas horas.

En los días sucesivos, los acontecimientos se desarrollaron de forma vertiginosa. El martes a primera hora, García le explicaba a Murals su aventura nocturna y ella la llenaba de halagos y felicitaciones aunque, en el fondo, pensaba que había sido una soberana imprudencia. Ahora la chica estaba en alerta y, con lo lista que era, le iba a faltar tiempo y estrategia para desaparecer.

—Se refiere a la casa okupa de Sta. Coloma. En Singuerlín ¿verdad?

—No sé. Arriba de todo —respondió García—. Puro arrabal.

—Sí, tiene que ser Can Dunes. Acoge a mujeres en situación de vulnerabilidad. Se hizo famosa hace cosa de un año por una trifulca que hubo entre instituciones. La *consellera* de Acció Social quiso tumbar el proyecto, mientras que la *regidora* de Igualtat daba su apoyo. Al final, el Ayuntamiento concedió el permiso de ocupación, pero desde la *conselleria* se les negó todo tipo de ayudas. Estuvieron a punto de cerrar. Seguí el caso porque me parecía de lo más vergonzoso. Las políticas tirándose los platos a la cabeza, en lugar de unir fuerzas para ayudar a mujeres que sufren violencia de género, discriminación racial, pobreza, MENAS… en fin. Las chicas de Can Dunes hacen un trabajo extraordinario.

—¿Y cómo se mantienen sin ayudas?

—Donaciones populares —respondió Murals, y se quedó como petrificada.

—¡Ah! —dijo García, mirándola con cara de extrañeza A qué otros páramos se había ido la cabeza de la *mossa* era difícil de adivinar, pero estaba claro que se había ido. Por un momento, García temió que le pasara algo y lo atribuyó al cansancio. Pero no, su expresión era de sabuesa. En sus ojos se leía una espesa cavilación

—. ¿En qué está pensando?

Murals se llevó una mano hasta la curva frontal como para sujetar las ideas y exclamó:

—¡Calla, calla, calla!

—¿Qué pasa, Murals? No me asuste.

Fue hasta el archivo, lo abrió ansiosa y recuperó el expediente de la *psicothief*. Se puso a pasar las páginas como una obsesa.

—¡Coincide! ¿Lo ve? Coincide.

—¿El qué, Murals? Déjese de adivinanzas.

—Hace poco leí que Can Dunes había reformado una parte de sus instalaciones. Con la precariedad que tienen, eso no sería posible sin una inyección de dinero. Y fíjese —dio un manotazo al expediente—: la primera donación económica a Can Dunes coincide con justo después del primer robo a una anciana ricacha. —Siguió pasando páginas—. ¡Y la segunda…! La segunda, justo antes de la reforma. —Levantó la vista y le lanzó una de esas miradas en la que se leía: estamos pensando lo mismo.

García resopló. Se agarró también la frente pero como para que no se le dispersaran las neuronas.

—¡Caguen…! No me diga que estamos ante una especie de Curra Jiménez alternativa.

En paralelo, saltaba la noticia. Marisa Giménez llamó a García, pero tanto ella como Murals estaban ya camino del domicilio de Camargues y en plena discusión porque la inspectora se empeñaba en ir en transporte público y Murals apelaba al sentido común frente a la defensa del medio ambiente.

—Sea sensata, jefa, ya nos preocuparemos por el cambio climático en otro momento ¿No ve que vamos a tope?

García vio la llamada entrante mientras intentaba zafarse de los estirones de la agente arrastrándola hacia el *pàrking*. Guardó el móvil sin responder, pensando que ya la llamaría con calma más tarde.

—Primero la Camargues —seguía Murals—, y luego habrá que ir a Can Dunes a tener una entrevista con las responsables. ¿Cómo quiere que hagamos todo eso en transporte público?

—De acuerdo —claudicó—. Vamos a tener una mañana movidita.

La entrevista con Elisenda Camargues fue de vodevil. A la anciana solo le faltó explicar los hechos entonando una melodía estilo Broadway. En efecto, aquella noche, su adorada Greta había desaparecido.

—Pero ¿se ha llevado algo? —preguntó García.

—¿Qué importa eso? Se ha llevado mi alegría, mi sustento emocional.

—¿Y en cuánto valora su alegría y su sustento emocional? —intervino Murals—. Lo digo por tener una idea de la cuantía a la hora de hacer la denuncia.

Pero Camargues se negaba a denunciar. Estaba convencida de que Greta iba a volver. Les costó diosa y ayuda sonsacarle el importe de lo robado aquella noche. Finalmente, con escaso énfasis y menos disgusto, aseguró que le había vaciado el cajón de la cómoda en el que siempre guardaba unos billetes, pero no tenía ni idea de la cantidad que podía tener en aquel momento.

—¿Ni siquiera algo aproximado? —insistió Murals—. ¿Entre cien y mil euros? ¿Entre tres y seis mil…?

—¡No, mujer! —exclamó Camargues casi ofendida—. Un rinconcito para emergencias. Con menos de veinte mil no vas a ningún lado. Pero no me haga decirle si eran veinticinco o eran cuarenta.

—¡Madre del amor hermoso! —murmuró García—. ¿Y se ha llevado algo más?

—Sí, ropa de cama, manteles, toallas y la cubertería de uso diario. Las joyas ni las ha tocado. Seguro que es por necesidad —gemía la anciana—. Esa chica ha de tener mucha necesidad; si no, se habría llevado el joyero y la cubertería de plata, que están bien

visibles.

—¿Y qué tendrá que ver? —rezongó la inspectora.

Pero, de alguna manera, sabía que la anciana estaba dando en el clavo. Greta se había llevado dinero y objetos de uso. Nada que hubiera que vender. Y el menaje siempre es necesario en una casa comunitaria. Todo cuadraba. Por lo bajinis le pidió a Murals que, en cuanto pudiera, comprobara qué se había llevado Greta de las otras casas.

Se fueron del domicilio de Camargues instándola a ponerse en contacto con la policía si tenía cualquier noticia. Ella accedió con mucho drama y muy poca credibilidad.

De ahí, salieron disparadas hacia la Ronda de Dalí, que a aquellas horas, a diferencia de la madrugada, estaba imposible. Conducía Murals. García quería devolverle la llamada a Marisa. Después de comentar la jugada, sacó el móvil justo cuando se internaban en la Ronda, pero el embotellamiento era tan brutal que volvió a guardarlo.

—¿Qué hacemos? Con semejante atasco, no llegaremos ni a la hora de comer.

Murals ni le contestó ni le consultó: sacó de la guantera el piloto azul, lo lanzó al techo del vehículo y accionó la sirena.

—*No estem per hòsties*![3] —murmuró al tiempo que pegaba un acelerón achuchando al coche de delante que se apartó sin chistar.

En media hora estaban llamando a la puerta de Can Dunes, donde, obviamente, no fueron bien recibidas. El conglomerado de rastas, *pearcings* y *tatoos* que salió a su encuentro no disimuló su desconfianza y su rechazo a las placas que mostraron. Dos mujeres jóvenes, una más que la otra, de una estética tan arrogante que obligaba a García a tener que contenerse. De entrada, exigieron una orden de registro y, cuando la inspectora les aseguró que su única intención era hacerles unas preguntas, se negaron a hablar si no era en presencia de su abogada. Aun así, García decidió lanzarlas y las dos mujeres, en un acto de resistencia no violenta, se sentaron a la entrada, por supuesto, sin ofrecerles asiento a las visitantes.

—No me andaré con rodeos —dijo García sin atisbo de mala

leche—. Ayer noche recibisteis la visita de una chica. Sabemos que hace sustanciosas contribuciones a la casa. Gracias a ellas se mantiene. ¿No es cierto? —Y sin esperar respuesta—: Solo queremos saber cuántas aportaciones ha hecho.

No abrieron la boca. Permanecieron con los brazos cruzados, el culo caído hacia el borde del asiento y una expresión desafiante.

—Es la tercera, ¿verdad? —insistió García.

Tampoco respondieron, pero en el rostro de la mayor se vio reflejado que la había clavado.

Siguió un silencio incómodo que las dos policías mantuvieron durante unos minutos en un intento de poner presión psicológica. No surtió mucho efecto. Por fin, Murals decidió intervenir.

—Mirad, chicas. Si no colaboráis, lo único que conseguiréis será complicar las cosas, pero el resultado final será el mismo. Sabemos quién es y por qué lo hace.

—Haremos una cosa —saltó García en una especie de visión cósmica—: como seguro vais a hablar con ella, decidle que, si se entrega, le garantizamos un trato de favor. Buscaremos todos los recursos atenuantes posibles. Al fin y al cabo, se trata de un delito menor, y nuestra declaración siempre influye a la hora de una condena.

Murals notó que le subía una especie de efluvio sudoroso, aunque entendió que la estrategia de la inspectora podía ser positiva.

—Desde luego —corroboró—. Si la detenemos nosotras, y lo vamos a hacer, nos dejará muy poco margen de acción.

Las dos mujeres se mantenían en su postura de resistencia pacífica. García les entregó una tarjeta que no hicieron ni el gesto de recoger. La dejó con suavidad en el regazo de la mayor, que ni siquiera se movió. Era la que se había mostrado algo más asequible frente a sus mensajes. La miró a los ojos y le soltó:

—Decidle que quien roba a una ladrona… cien años se la perdona.

Al salir, Murals propuso (más bien le exigió a su superiora) parar a tomar algo. Fueron hasta el centro de la ciudad. Dejaron el coche en una zona de carga y descarga, pusieron el distintivo oficial y se

metieron en un bar de lo más convencional. Decoración insustancial, tirando a clásica, con mucha madera y poca personalidad, pero limpio, eso sí. Se sentaron a una mesa fija con dos bancos en el extremo exterior, frente a frente. Al otro lado, bajo el ventanal, dormitaba un periódico del día. Murals alargó la mano y lo hojeó inopinadamente.

—Esa versión que ha hecho del refranero… —comentó con un meneo de cabeza, sin levantar la vista del tabloide—. La ha *bordao*, ¿eh, jefa? —pasando las páginas—. Aunque, si me permite la corrección, debería ser: A quien roba…

Y seguía pasando páginas, leyendo por encima los titulares y, en algunos casos, entreteniéndose un poco en la entradilla. La noticia estaba hacia el final, en la sección de cultura.

—Si queremos ayudar a esa chica, no sé si lo más acertado es encontrarla —dijo García, lo que hizo que Murals cerrara de inmediato el periódico y lo lanzara a su situación inicial.

—¡Jefa, no me joda! La echaron del cuerpo porque dejó escapar a una delincuente. Fue a buscarla a aquella isla y la encontró, todas lo sabemos. Algún día me gustaría que me explicara lo que pasó, pero puedo imaginármelo. Debió de vivir una semana de ensueño. Solo usted sabe si el precio que pagó por ella valió la pena. Pero ahora no puede arriesgarse a que la primera malhechora con la que se enfrenta se le escape también.

—La asesina del lazo rosa no estaba matando hombres, estaba salvando a mujeres, y esta…

—No me las compare, jefa, no me las compare y no entremos en disertaciones morales.

—Esta chica roba a mujeres ricachas, probablemente fachas todas ellas. No les hace ningún daño y entrega el botín a otras mujeres que sí lo necesitan.

—Esta chica se está tomando la justicia por su mano y nosotras, más allá de nuestra valoración ética, tenemos la obligación de encontrarla, detenerla y entregarla al estamento competente.

—No me diga que cree en la justicia.

—Soy policía y cumplo con mi deber. Y a usted no le queda más

remedio que hacer lo mismo. De acuerdo, le podemos echar un cable, declararemos a su favor y redactaremos un informe favorable, pero la que tiene que pringar es ella.

—Ya. O ella o yo. No hay más conciencia que valga.

—Me temo que no, jefa; en este caso, me temo que no.

—Voy al baño.

Se levantó en el momento en que llegaba la camarera. Pidió un sándwich vegetal y una cerveza sin alcohol y preguntó por los servicios que, siguiendo el carácter anodino del local, quedaban al fondo a la derecha.

Para quitarse el mal sabor de boca que le había dejado la discusión, Murals volvió al periódico y se puso a pasar páginas sin prestar la menor atención, con la mente más concentrada en darle la vuelta a la conversación que en las noticias. García, en los servicios, había tenido tiempo de reflexionar y tampoco tenía ganas de bronca.

—Esta tarde —dijo en tono afable nada más sentarse— podríamos…

Murals la cortó.

—Esta tarde lo que quiera, pero solo hasta las cinco, que tengo mi curso de escritura y no pienso saltarme ni una clase.

—Vale, vale. Ya lo haré yo. Quiero comprobar qué robó en las otras casas, pero, vamos… pura rutina.

Murals apartó el periódico sin cerrarlo y lanzó a la inspectora una mirada llena de ternura que quedó bloqueada por el brazo de la camarera sirviendo el sándwich, el bocata de atún que se había pedido ella y las bebidas.

—¡Ah, por cierto! —redirigió el asunto cambiando de tema—, quería comentarle… ya he modificado el argumento de mi novela.

García arreó un bocado al sándwich y con la boca llena la invitó a que le contara.

—A ver qué le parece —se puso Murals en situación—. Ahora es la historia de amor de dos mujeres, una de ellas hace la transición y pasan a ser una pareja hetero, luego la otra también transita y acaban siendo una pareja gay. Y todos los problemas sociales que eso les conlleva. ¿Cómo lo ve?

—¡Buff! —exclamó García aún con la boca llena—. Revolucionario.

Murals atacó también su bocata.

—Mucho más moderno —dijo antes de hincarle el diente—. Y abarco un amplio abanico de público, ¿no cree?

—Desde luego que sí.

—Además —tragó antes de seguir—, tienen una hija y la historia está narrada desde su perspectiva. Ese punto de vista tan íntimo y personal me sirve para reforzar lo que es el factor emocional. —Mordió, de nuevo, esperando la reacción de García.

—Puede ser un bombazo —reconoció la inspectora.

—Y para darle más tensión dramática —siguió en cuanto tragó el bocado—, haré que las tres sean veganas.

—¡Wuau! ¡No podría ser más actual!

A García también le enternecía la pasión de Murals y sus portentosas historias. Acabaron sus respectivos almuerzos, concediéndose unos minutos de desconexión, y aún se regalaron unos cortaditos para rematar.

A la hora de pagar, Murals hizo el gesto de llamar a la camarera. García la frenó.

—Deje, deje, ya voy yo, invita la jefa.

Fue hasta la barra. Murals esbozó una sonrisa cómplice. Tenía los brazos semicruzados, en actitud de espera. Echó un vistazo a su alrededor: el ventanal que daba a la calle, el extremo de la mesa donde reposaba un servilletero y un díptico plastificado a modo de carta, el periódico abierto en el que habían caído unas migas del bocadillo… las retiró con la mano y entonces sí, apareció aquel titular como reclamando la atención que no había tenido hasta entonces.

—Mire esto —le dijo a García cuando regresó con la cartera en la mano, guardando el cambio.

Una noticia pequeña y poco destacada. Una información más, en realidad, nada alarmante: «La *consellera* de Acció Social propone a Gisela Cantó para dirigir la reformada Institució Nacional de les Dones».

—¡Mierda! —gruñó García—. Tenía que haber llamado a Marisa.

Κῶμα: el «sueño profundo».

¿Qué pasa por la mente de alguien que duerme la vida?

¿Qué canales se han alterado?

¿Qué se ha desconectado?

¿Existe un atisbo de conciencia?

Dora acude a diario a visitar a Iris. Ha buscado en internet, ha consultado bibliografía y ha preguntado. Necesita saber dónde se sitúa esa mente dormida que ella ha conocido activa y chispeante.

En algunos casos hay conciencia del propio cuerpo y del entorno.

La ruta de comunicación está interrumpida.

Interferencia entre el tronco encefálico y el cerebro.

A pesar de su estado y su incapacidad para responder, pueden recibir mensajes y percibir sensaciones.

Las personas en coma que escucharon historias que formaban parte de sus recuerdos contadas por sus seres queridos recuperaron antes la consciencia.

Cada día se sienta a su lado, le toma la mano, le cuenta sus aventuras como de costumbre, como si no hubiera interrupción, como si no hubiera abismo… solo más despacio, más suave.

—Marta y Lis me han dicho que te hable; seguro que algo te llega. Están haciendo todo lo posible, ¿sabes? Pero, depende de ti,

solo de ti.

Le han dicho también que no se haga demasiadas ilusiones, que nadie sabe cómo reaccionará ni si reaccionará siquiera, pero que su presencia la ayuda, puede estar segura.

—Ya tengo a Vodka conmigo. Estuvo en casa de Laia estos días. No ha tenido tiempo de aburrirse, la niña… ya sabes, no paraba de organizarle juegos. Me la traje por descargar a Laia y un poco por egoísmo, así me hace compañía. Está tranquilita, como siempre. Esperándote. Te añora mucho.

Es un gran estímulo. Incluso la salida del coma puede ser más rápida si oye hablar a sus seres queridos. Sigue, sigue hablándole, puede ayudarla a despertar.

Aquella tarde sopló un viento otoñal que esparció una lluvia de hojas secas. Murals fue a su clase pero no conseguía concentrarse. García llamó a Marisa, pero una autopsia urgente les impidió hablar. Las tres tenían en la cabeza la incógnita: ¿tendría algo que ver con el caso la propuesta de Gisela Cantó para presidir la nueva Institució Nacional de les Dones?

Ya en el bar del Ateneu, Murals no lograba centrar su interés en lo que eran sus placeres habituales. Se sentó sola en un rincón del jardín para no tener que hablar con nadie y no paraba de dar vueltas y vueltas a una serie de datos que, saliendo de aquí y de allá, se le acumulaban formando una especie de noria especulativa. En clase, estuvo tan ausente que incluso la profesora le llamó la atención en un par de ocasiones. Finalmente, se disculpó diciendo que no se encontraba bien y abandonó el aula. ¡Insólito!

García y Giménez apenas intercambiaron unas pocas palabras. Marisa dijo que había estado investigando y tenía algunas informaciones que comentarle, que pasaría por comisaría a primera hora de la mañana.

Bueno, entonces ya seguirían con el caso al día siguiente.

Sola en el despacho, García se puso a revisar el expediente de la *psicothief*. Analizaba los dos robos previos al de Elisenda Camargues con una sensación de desamparo que se agravó al descubrir las coincidencias. En los tres, había sustraído dinero en efectivo y objetos de uso doméstico. Y a ninguna de las tres ancianitas (que de pobres no tenían ni las arrugas) les había desequilibrado económicamente la sustracción. Una Curra Jiménez alternativa, volvió a pensar; la bandolera bondadosa que roba a las ricas para dárselo a las pobres. Una Llanera Solitaria que cabalga en pos de la

justicia. Y a mí me toca conseguir que pringue. Le vino la imagen de una calle arenosa, con casas de madera a los lados, la bandida dándole un mendrugo de pan a una pobre chiquilla desamparada y ella con placa de *sheriff*, cicatriz en la mejilla, sombrero y pistola en mano, hostigándola: «Suelta eso, quedas detenida».

Resopló.

Al dilema moral se le sumaba un extraño sentimiento de añoranza. Hacía demasiados días que no veía a Marta Dylan, le parecía que había pasado un siglo desde que se encontraron para ir al aeropuerto y una eternidad desde la última vez que se sentaron en un bar a charlar. A punto estuvo de llamarla, pero con qué excusa. ¿Necesitaba excusa? ¿Y si la llamaba como amiga, le pedía consejo, le decía que estaba loca por ella y se la llevaba directa al huerto? ¡Uy, uy, uy! Algunos instintos hay que contenerlos. Lo mejor era concentrarse en el trabajo.

Bien. Greta Palau trabajó en la agencia de asistencia personal. De alguna manera tuvo que conseguir los datos de las ancianas. García estuvo durante horas sumergida en una investigación que la llevó a descubrir quién era en realidad y atar unos cabos que de tan evidentes y sencillos le hicieron dudar. Greta Palau existía, no se ocultaba en las redes; era experta en informática, con toda probabilidad había jaqueado los ordenadores de la agencia, había interceptado las solicitudes y se había presentado ella como la enviada para cubrir el servicio. Así de fácil. ¿Cuánto podía caerle si la pillaban?

Repasó el código penal con la esperanza de que, al tratarse de un delito menor, pudiera resolverse bien con una multa, bien con una pena leve. No era, en efecto, una falta grave, pero había habido premeditación. El valor del alijo superaba los cuatrocientos euros, por lo que el tema no se iba a resolver con una simple sanción; podían caerle entre seis y ocho meses. Con el agravante de abuso de confianza, y si a la fiscal le daba por alegar desamparo de la víctima, la cosa se iría a los dos o tres años de prisión. Por otra parte, no tenía antecedentes; que su perfil fuera tan accesible y que no usara un nombre falso, o sea, que no se escondiera, ¿podía jugar a su

favor? No estaba claro. Como atenuantes se podría alegar necesidad imperiosa o algún tipo de dependencia. El dinero, era evidente que no iba a devolverlo, pero, en cualquier caso, una confesión espontánea la ayudaría mucho. Tenía que encontrarla, tenía que hablar con ella y proponerle algún tipo de trato. Era algo que debía hacer en privado, en la intimidad incluso. Si Murals se enteraba de sus intenciones…

En esas cavilaciones andaba cuando su móvil, silenciado, emitió el zumbido propio de la llegada de un mensaje. Lo cogió de forma casi automática, sin interés apenas. Leyó: «He quedado con Dora, ¿te vienes a tomar un café?».

Volvió a dejarlo encima de la mesa. Si Murals se enteraba era capaz de pasar por encima de su autoridad y montar todo el dispositivo para detener a Greta. Intentar convencerla de que no lo hiciera serviría de poco, ya que… ¿¡¡Un café!!? ¿¡¡Con Dora!!? Volvió a mirar el móvil, soltó un exabrupto que podría herir la sensibilidad de las lectoras y al cabo de una hora estaba sentada con ellas en una terraza de Enric Granados. El viento había amainado.

—Entonces, ¿tenemos ya todas las piezas del puzle?

A primera hora de la mañana, García se encontró con Marisa Giménez y con Murals en la comisaría. Antes de empezar, en su habitual ronda de cafés más o menos potables según si eran de la máquina o del fránkfurt de la esquina, comentaban por encima las nuevas informaciones. La tarde-noche anterior, tanto Giménez como Murals habían estado dándole vueltas al asunto, incluso se habían comunicado para intercambiar impresiones y sus conjeturas coincidían.

—Todas, no —respondió Murals—, nos falta una y es crucial. De hecho, estamos seguras de que es la que motivó la agresión a Iris Ferrán. Por cierto, ¿cómo está? Ayer cenó con la doctora Dylan, ¿no? ¿Le comentó algo?

—Sí, estuve cenando con ella y con Dora. Iris sigue igual. A la doctora Dylan le preocupa que no despierte. Dora va cada día a visitarla. Está muy afectada. Se siente culpable, dice que si no se hubiera obcecado con el tema de Violeta no habrían discutido y seguro que Iris le habría contado muchas más cosas. En fin…

—¿Y le dijo algo, le contó algún dato que nos ayude a dilucidar detalles de la agresión?

—No, ayer no hablamos de eso, las tres necesitábamos un poco de evasión. Dora nos contó su aventura africana, Marta y yo… en fin, es igual, la cuestión es que no tocamos el tema.

—Jefa, podía haber aprovechado…

—No era el momento, Murals —cortó García—, no era el momento.

—Vale, vale —la agente esbozó una sonrisilla irónica y lanzó una mirada de soslayo a Marisa—. Pero, estuvo bien, ¿no?

—Sí, estuvimos bien.

—¿La doctora bien, también?

En ese punto, García detuvo el diálogo. Miró con suspicacia a la una y a la otra y, marcando autoridad, exclamó:

—¡A ver! ¿Nos ponemos a trabajar o nos ponemos a trabajar?

Entraron en la sala de reuniones, García abriendo paso, detrás ellas dos conteniendo una risita. Una vez dentro, Murals puso sobre la mesa un pliego de documentos y activó su tablet.

—He estado hasta la madrugada recogiendo información. A mí también me sonaba que esta pájara estaba implicada en todo.

—Es una corrupta integral —dijo Marisa—. Sin duda, es el nexo de unión.

García miró hacia el termostato de la calefacción: le estaban empezando a entrar los calores. Vio que la temperatura era la adecuada.

—¿Y si lo aclaráramos un poquito? —dijo con retintín—. En lugar de jugar a las adivinanzas, ¿podríais mostrarme las piezas del puzle y vemos cómo encajan?

—A eso vamos, jefa, a eso vamos —dijo Murals dirigiéndose hacia la pizarra magnética, donde se sentía en su salsa—, pero, si me permitís, en lugar del símil del puzle usaré el del círculo, un círculo de fuego.

—Adelante, Murals, lo suyo es la entelequia.

—Gracias, jefa, le demostraré que no es gratuito. Me baso en la frase del libro que destacó Marisa en la última reunión: «Como el escorpión que se siente acorralado, la Arpía morirá devorada por su propia codicia cuando un cerco de verdades se estreche a su alrededor». El escorpión se clava el aguijón cuando el fuego lo rodea por completo y no encuentra salida, ¿estamos? —Las dos asintieron —. De forma simbólica, las verdades que rodean a la Arpía en el libro son como las llamas que encierran al escorpión. ¿Y cuáles son esas verdades? Vamos por partes. Al principio, teníamos a tres sospechosas que al verse reflejadas en la trama habrían tenido un móvil para la agresión, poco consistente, pero un móvil a fin de cuentas. Empecemos por la primera. La AEI —escribió las siglas en

la pizarra—, Asociación de Escritoras Independientes. ¿Qué pasó en la realidad? Se detectan irregularidades. Las socias piden una auditoría. Se descubre que la presidenta se ha embolsado una suma astronómica a base de comisiones, facturas falsas, etc. Pero, resulta que la *consellera* de Acció Social i Entitats tapa el asunto. Concede una subvención extra, cubre gastos, cierra bocas y la presidenta se mantiene en el cargo.

—¿Qué interés podía tener en hacerlo? —preguntó García.

—Uno —dijo Marisa—, que son amigas. Dos, que seguramente estaba implicada, o sea, que ella también recibía su ración del pastel. Y tres, que le conviene tener de su parte al sector cultural. Organización de eventos, jornadas, exposiciones… desde la *conselleria* se hace pasar todo por la asociación, se controla quién participa y quién no, y encima las dos se embolsan beneficios. Tal cual lo insinúa Iris en el libro.

Sobre las siglas AEI, Murals colocó la foto de la presidenta.

—Segunda sospechosa —siguió—, la directora del Centre de Dones. Y segunda verdad. El centro funcionaba por comisiones, sistema asambleario, todo muy democrático, superbien hasta que una socia y sus secuaces dieron, lo que podíamos llamar, un golpe de Estado. Salta toda la junta directiva, echan a secretarias y gestoras, y la dirección pasa a manos de una sola persona, prácticamente con plenos poderes. No sabemos los chanchullos que hubo, Iris en su libro da una versión bastante verosímil. En cualquier caso, lo que sí sabemos es quién organizó el complot.

Las tres se miraron.

—No —dijo García—. No puede ser.

Marisa cabeceó un rotundo…

—Sí, Emma, la entonces recién nombrada *consellera* de Acció Social i Entitats. Era socia y estaba en la anterior junta. Según la versión de Iris, amañaron las elecciones y salió elegida la persona que ella había propuesto.

Murals corroboró el dato.

—Sí, alguien me dijo que aquellas elecciones habían sido un paripé. Y curiosamente, la actual directora y ella son íntimas.

Situó la foto de la directora del Centre de Dones siguiendo la línea de un círculo.

—Y ahora, como remate —intervino García—, propone a Gisela Cantó, que además de amiga es de su misma línea, para dirigir la Institució Catalana de les Dones.

—Institució Nacional —puntualizó Marisa al tiempo que Murals colocaba la foto de Cantó en el siguiente punto del círculo —. Recuerda que la ha españolizado. Eso da buena cuenta de sus intenciones. Y no olvidemos qué tipo de persona interesada y amoral es Gisela. Iris no la deja nada bien en el libro.

García volvió a mirar el termostato: sentía que le caían gotas de sudor.

—Entonces, ¿pensáis que la Arpía es, nada menos, que la *consellera*?

—¡Bingo! —dijo una Murals rotunda—. Todo apunta hacia ella. Hay, incluso, digamos, pequeñas llamitas que completarían el círculo: el boicot a todo tipo de iniciativas progresistas como Can Dunes, por poner un ejemplo cercano; sus esfuerzos por impedir la Unión de Entidades LGBTI, etc. En todas ellas ha estado, más o menos, a la sombra, pero siempre ha tenido algo que ver.

—Y aparte —sumó Marisa—, están sus reiteradas manifestaciones racistas, homófobas, sus críticas al movimiento trans…

—Y otras lindezas por el estilo —remató García—. Desde luego, es una perla.

Murals situó en la flecha siguiente una bandera multicolor y la atravesó con una cruz en negro.

—Como símbolo de la diversidad violentada —declaró muy solemne.

Marisa aprobó el gesto. Murals continuó con un puntito altanero.

—Bien. ¿Y quién destapa todas esas verdades? ¿Quién enciende las llamas que crean el círculo?

García y Giménez respondieron casi al unísono.

—Iris, la mensajera.

Y García continuó:

—Por tanto, hay que eliminarla.

Murals activó la Tablet, que se había quedado en pausa.

—Podría ser motivo suficiente —dijo—, pero no. Nos falta la última verdad. Al leer el libro, tal como está estructurado, los recursos literarios que utiliza, etcétera, hacen que te centres en las tramas más espectaculares: la rivalidad madre-hija, la corrupción, la maldad de algunas personajes… Pero hay algo encriptado, una verdad que pretende pasar desapercibida. Ayer lo estuvimos comentando Marisa y yo y coincidimos. Además, creemos que es la más importante, la que motivó la agresión. El caso es que no conseguimos descifrarla.

—¿Os parece poco que a un cargo público le caiga toda esa mierda encima?

Murals negó con la cabeza.

—Mire, jefa, todas esas «verdades» la señalan como una auténtica corrupta, es cierto. Sin embargo, ninguno de estos asuntos, por mucho que se demostraran, la pondría en peligro real. La corrupción se sabe, se sabía ya o se podía intuir, incluso antes de que Iris la destapara en su libro, pero todas sabemos que en este p…[4] país la corrupción no se castiga. Se demuestra que está implicada en las tres tramas, ¿y qué? No va a dimitir, tampoco le van a quitar el puesto, su partido la defenderá. En este p… país, la corrupción no pasa de ser un deporte. La llama que nos falta, la que cierra el círculo y que es la que provocó la agresión a Iris Ferrán… esa es la que puede hacer que se tambalee.

Marisa abrió el libro por uno de los pósits.

—Pensamos que puede estar relacionada con esta frase —leyó —: «Si su amor hacia EGO sale a la luz no tendrá escapatoria».

—Ok —dijo Murals en tono sarcástico—, la mensajera amenaza con sacar a la luz que además de corrupta es una egoísta. Como si le hiciera cosquillas. ¿Qué puede representar que se conozca su amor a sí misma? ¿En qué puede afectar su egoísmo con todo lo que ya lleva encima? Nos parece demasiado insustancial.

García estuvo de acuerdo.

—Sí, no tiene peso, hay algo más. Y tiene que estar en los documentos que Iris quería dejarle a Dora. ¿Os acordáis? Dijo que había guardado documentación muy comprometedora en la caja fuerte, pruebas de… vete a saber qué. Es una lástima que no le pasara el código de apertura.

—¿No podemos tener acceso? —preguntó Marisa.

—De ninguna manera, ni siquiera sabemos qué caja es ni dónde está.

Murals escuchaba, pero con la neurona puesta en descifrar la última verdad, de tal forma que siguió a su rollo saltándose la conversación de sus compañeras.

—O resulta que EGO es alguien concreto —las dos la miraron —. Porque en el libro se da a entender que la Arpía tiene una relación clandestina. Quizás con algún pez gordo…

—O con alguna ballena —añadió García.

Murals soltó una carcajada.

—Eso sí sería tremendo: la homófoba por excelencia está enrollada con otra tía. Pagaría por destaparlo.

El coro de risas consiguió que incluso el termostato de García bajara de temperatura. Al poco, Marisa se dirigió a ella:

—Emma, deberías hablar con Dora. Quedan todavía cabos sueltos, es la única que puede saber cómo atarlos.

Murals la secundó.

—Creemos que Dora tiene la clave de la última verdad. Quizás sepa también por qué Iris eligió este sistema para desenmascarar a la Arpía-*consellera*.

—Pues sí, mira —rezongó García—. Ya me gustaría saber por qué Iris ha tenido que complicarlo tanto.

—Bueno, jefa —dijo Murals muy solícita—, a eso en narrativa se le llama tensión dramática.

No durmió bien. Sentía una opresión, no sabía si en el pecho o en el alma, que le alteró el sueño durante toda la noche, bien con pesadillas, bien con ese insomnio tan pesado de cuando el cuerpo está agotado y la cabeza no para, no para, no para.

Habían quedado en que ella hablaría con Dora y Murals buscaría a Greta Palau. Pero su intención era adelantarse, quería encontrar antes a la chiquilla para proponerle un trato: si se entregaba, confesaba y hacía promesa de devolver la cantidad sustraída —ya se vería cómo—, haría que se rebajara la pena a la mínima expresión. Eso significaba pasar por delante de su fiel compañera Murals, ningunearla de alguna manera. Le roía la conciencia solo pensar en semejante traición, y al mismo tiempo ese impulso por salvar a Greta le oprimía las entrañas.

—Si la encuentra, avíseme antes de hacer nada —le había dicho a la *mossa*.

A primera hora, tuvo un intercambio de mensajes con Dora hasta fijar las once y media como el momento idóneo para quedar, así podía ir antes al hospital a visitar a Iris.

García no puso inconvenientes, aunque le pareció una hora incómoda. Quería buscar la forma de localizar a Greta y no le dejaba tiempo suficiente para pasar por comisaría y ponerse a indagar. De todas formas, deseaba evitar un encuentro con Murals. En algún momento, pensó que quizás lo mejor sería hablar con ella, expresarle sus intenciones y aliarse, pero sabía que pondría el grito en el cielo. Después de darle unas cuantas vueltas decidió que lo único que podía hacer era quedarse en casa navegando por internet a ver qué encontraba.

Poco antes de las once, cuando ya estaba por apagar el

ordenador y prepararse para salir, recibió un mensaje de Murals.

Tenemos a Greta Palau en comisaría.

—¡Cagüen todo! —berreó y, sin dar tregua, la llamó—. No haga nada, Murals. Voy para allá a interrogarla.

—¿No tenía su cita con Dora? Podemos retenerla aquí hasta que acabe.

—¡No! —volvió a berrear—. Aplazaré la cita con Dora y no me pregunte por qué.

Agarró su gabardina, comprobó que no faltara nada en los bolsillos: móvil, billetera, la placa, un paquete de tisús, el bálsamo labial. Cerró la puerta de casa y lanzó también las llaves al fondo de un bolsillo. Por las escaleras, grabó un mensaje de voz para Dora diciéndole que había surgido un imprevisto, que tenían a una delincuente, que si su obligación, que si tal y que si cual… —se lio bastante— y que mejor quedar a última hora de la tarde. Ah, y que lo sentía mucho.

Ya en la calle, pensó que ni transporte público ni hostias y, como en las películas americanas, justo en ese momento pasaba por delante de sus narices un taxi libre, de tal forma que solo necesitó alzar la mano para que se detuviera delante de ella con la manecilla de la puerta a tiro para abrir y salir volando.

—A comisaría —dijo enseñando su placa—, lo más rápido que pueda.

La taxista echó una mirada a través del retrovisor, hizo una respiración profunda y arrancó. Recorrió el trayecto con tanto aplomo como seguridad y pericia. Apenas quince minutos después, dejaba a la inspectora en su destino. Ella le extendió un billete azul y le dijo que se quedara con el cambio, soltándole así una propina que representaba más montante que el de la carrera misma. La taxista se lo agradeció sin aspavientos y le entregó una tarjeta suya.

—Por si necesita un servicio eficiente.

También fue a parar a un bolsillo de la gabardina.

Subió las escaleras de dos en dos y al primer rellano se percató de que ya no tenía edad para ese tipo de excesos. Llegó al despacho jadeando.

—Ha sido superfácil, jefa, la hemos pillado enseguida.

—Quizás es que no pretendía ocultarse —resopló—. ¿Dónde la tienen?

—Respire, respire, que no hay prisa —dijo Murals sirviéndole un vaso de agua del dispensador—. Está en la sala de interrogatorios, vamos para allá si quiere.

García se quitó la gabardina y apuró el líquido. Su respiración se había normalizado un poco.

—¡No! —dijo con evidente desasosiego—. Digo sí, pero… —Se sirvió otro vaso de agua y lo apuró también—. A ver, Murals…, no se me cruce por lo que voy a decirle. Esa chica… bueno, tampoco es tan grave lo que ha hecho y no es justo que las grandes chorizas de este país anden campando a sus anchas mientras que una chiquilla que, al fin y al cabo, lo que quiere es hacer el bien y ayudar a otras mujeres tenga que pringar. —Murals la observaba con los ojos desorbitados y un más que justificado temor a la propuesta que estaba a punto de hacerle García con todo aquel preámbulo—. ¿Por qué no…? Quiero decir, podríamos hacer un trato con ella, no sé, trabajos para la comunidad o cualquier cosa por el estilo a cambio de una confesión y una disculpa pública, por ejemplo. Nosotras decimos que se ha entregado y… bueno, podríamos apañar un poco lo de los robos; a fin de cuentas no fueron cantidades tan altas, y lo que sustrajo de menaje…

Se detuvo. Evitó la mirada de Murals, que tenía los ojos como dianas de feria. Repiqueteó en la mesa y se mordió el labio inferior. Cuando el silencio empezaba a ser demasiado incómodo, en un tono más piadoso que recriminatorio, la *mossa* exclamó:

—Pero ¿usted sabe lo que me está pidiendo?

García tragó saliva, respiró profundo, volvió a morderse el labio inferior, miró el reloj de pared que se veía a través de la puerta acristalada de su despacho, se frotó la frente, volvió a respirar profundo y, por fin, claudicó.

—Tiene razón —dijo con un hilo de voz—. Ha sido un desliz. Haga como que no he dicho nada. —Y se giró hacia la puerta—. Vamos a interrogarla.

Qué le pasó por la cabeza en el recorrido por los pasillos de comisaría hasta llegar a la sala de interrogatorios no podría describirlo ni ella misma. Una amalgama de sentimientos encontrados. Veía a sus compañeras tecleando en los ordenadores, revisando expedientes, tomando declaración a alguien; las armas enfundadas, los teléfonos activos, los despachos ocupados, los archivadores rebosantes de historias impensables y, en la sala de espera, una mezcla de angustia, irritación contenida, tal vez algo de esperanza.

Tantas vidas que dependían de su actuación… ¿Había espacio para la opción moral? Cuando era detective vivía en la más absoluta precariedad, pero podía decidir qué casos investigar y cómo hacerlo. Podía ocultar información si lo consideraba oportuno. Podía meterse en tribulaciones éticas sin rendir cuentas a nadie. A las clientas solo había que pasarles un informe, cobrar y olvidarse del tema. Ahora se debía al cuerpo. Y si el cuerpo decía que hay que machacar a una defensora de las causas justas, no había otra opción que cumplir con el deber. O eso, o regresar a la miseria.

Murals la seguía como leyéndole el pensamiento. Entraron en la sala de interrogatorios con decisión.

—Soy la inspectora Emma García —dijo, y le extendió la mano a Greta.

La chica no se movió. Estaba sentada en el borde de la silla, con el culo caído y la espalda reclinada hacia el respaldo, jugando con sus pulseritas. Alzó la mirada hasta la inspectora, que durante unos segundos mantuvo la mano extendida.

—Yo no le estrecho la mano a una madera.

García la bajó.

—Estás en tu derecho —replicó impasible, aunque el comentario le había dolido; cogió una silla y se sentó delante de ella.

Murals se quedó de pie, detrás de la inspectora. Llevaba el uniforme reglamentario, algo que de normal le hacía sentir cierto

poderío. Sin embargo, en esta ocasión se lo notaba incómodo; le tiraba la sisa, le apretaba el cuello de la camisa y tenía la sensación de que todo él le venía más justo. De pie, con las manos unidas en el regazo, iba haciendo movimientos como para ajustárselo. Me habré engordado, pensó.

—Haremos una cosa —dijo García—. Aunque te parezca ciencia ficción, queremos ayudarte. Si confiesas, declaras que lo hiciste por necesidad, que querías ayudar, tal, tal, tal —Murals levantó las cejas y suspiró sin remedio en su desajustado traje—, pides perdón a las abuelas y nosotras buscamos todos los atenuantes posibles para que la pena sea mínima. Con servicios a la comunidad podríamos apañarlo. A ti te gusta el trabajo social.

Greta la miró con astucia.

—¿Y tú qué ganas?

—El mérito de haberte detenido. —Greta hizo una mueca indicando que eso ya era así—. Tengo mis razones para dejar claro que te hemos trincado.

A Greta se le dibujó una sonrisa sardónica. Se incorporó en la silla, puso ambos brazos en la mesa, la miró intensamente a los ojos y, con un encogimiento de hombros, le dijo:

—Pero es que yo el trabajo social ya lo hago.

Luego, acercó aún más la cara a la de García, tanto que Murals estuvo a punto de intervenir, pero le dio un tirón la chaqueta y se contuvo.

—Mira, tronca, la que va a hacerte un favor voy a ser yo. ¿Tú te crees que estoy aquí por pringada? No, piba. A mí lo que me interesa es que esto se sepa. Así que el trato va a ser otro. Vosotras me habéis trincao; tú, más concretamente, que te conviene empezar con un triunfo. Pero mueves a toda la prensa. ¿Lo pillas? Quiero que salga mi careto en todas partes y lanzar mi discurso. Detrás tengo a toda mi peña liándola parda en las redes. Lo vamos a petar. Si me metes en la trena, mejor todavía. Durante unos días, no se hablará de otra cosa, montamos un pollo que todo dios se entera de lo que está pasando en Can Dunes. Y las yayas, fijo que se ponen de mi parte. Las he tratado muy bien yo a las abuelas, ¿sabes? Vendrán a

visitarme y me va a costar bien poco convencerlas de que lo suyo fue una donación para una buena causa. —Hizo una pausa—. Luego, declaras lo que te dé la gana.

García intentaba dominar sus emociones. Por un lado, tenía ganas de plantar un puñetazo en la mesa y decirle que allí mandaba ella. Por otro, simplemente, no se podía creer lo que estaba ocurriendo.

—¿Y si no acepto?

—¡Vamos! No me vaciles. Salir en los medios convencionales te conviene más a ti que a mí. ¿No ves que tengo a todas las colegas con el pulgar a punto para reventar las redes? Mañana buscas los *hashtags* #libertadparagreta, #salvarcandunes, #justiciaokupa y los que vayan saliendo. Y luego me cuentas. Lo de la tele y la prensa heteronormativa solo es para acelerar el asunto. Con mi trato, las dos salimos ganando —volvió a apoyar la espalda en el asiento y volvió a esbozar aquella sonrisa irónica—. Te parecerá ciencia ficción, pero quiero ayudarte.

García seguía tensa en su posición, los antebrazos en el borde de la mesa, los dedos entrelazados, las cejas arrugadas. Levantó los codos hasta apoyarlos y se llevó ambas manos a la barbilla. Detrás, Murals contenía la respiración.

—¿Y a qué se debe la deferencia?

—Te enrollaste bien con la asesina del lazo rosa.

Entonces, sintió un pinchazo en algún lugar muy recóndito del alma, de las emociones y del recuerdo.

—¿Qué sabes tú de eso? Si eras una cría.

Greta se arrellanó aún más en la silla, regresó a la posición inicial con el culo caído.

—Pero las chicas de Can Dunes no. —Se puso a jugar con sus pulseritas—. Te reconocieron. —Y desde esa posición, le dedicó una elocuente sonrisa—. ¡Eres la puta ama!

Finalmente, no se encontró con Dora aquel día: eran demasiadas emociones y un cansancio acumulado que empezaba a pasarle factura. Además, el tema de Greta se alargó. Tenía que intervenir la jueza de instrucción, había que redactar el informe, un montón de trámites y papeleo para dejar constancia de los hechos y formalizar su ingreso en prisión. En paralelo, tuvo que hacer un par de llamadas a la prensa. Contactó con las dos periodistas que podían tratar la información de forma más ventajosa y efectista. Tea de Santos y Matilde Miranda se encargaron de darle al tema la difusión que Greta había pedido. Ambas ofrecieron una versión bastante libre y sensacionalista de los sucesos ocurridos en relación con Can Dunes y aprovecharon para poner a caldo a la *consellera* de Acció Social i Entitats.

—A esa —remugó García al día siguiente, frente a la noticia—, a esa es a la que quiero yo pillar.

Murals y ella estaban ultimando detalles administrativos al tiempo que revisaban la prensa y navegaban por las redes, que hervían de comentarios.

—Pues, si Iris Ferrán no despierta, va a ser difícil encontrar pruebas que la incriminen. A ver qué le dice Dora.

—Es que si Iris despierta, declarará, y eso va a ser el fin de la carrera política de esa arpía. ¡Que realmente es una arpía, cagüen todo! Como que me llamo García que la trincamos por intento de asesinato. No puedo soportar que ande suelta, y tenga el poder que tiene, mientras una inocente se debate entre la vida y la muerte y esa pobre chiquilla va a la trena por defender la justicia.

Murals carraspeó.

—Bueno, jefa, seamos ecuánimes, ni pobre una ni tan inocente

la otra; la mala leche que Iris ha puesto en el libro, no se la quita nadie; y la «chiquilla» —dijo con retintín— no deja de ser una *psicothief*, se lo ha montado a sabiendas, con premeditación, alevosía y mucha metralla. Tenía todas las claves de acceso a los ordenadores de la agencia, los jaqueó para timar a las ancianas y ahora va de heroína alternativa.

García se quedó pensando.

—Más que una *psicothief* —dijo obviando las discrepancias—, sería una *serial thief* ¿no le parece? En cualquier caso, lo ha hecho por una buena causa.

—Si usted lo dice… De todas formas, con la que ha liado, saldrá del trullo en dos telenoticias. Y de una cosa sí me alegro: todo este jaleo beneficiará a Can Dunes. Ya se lo merecen.

—Eso espero. Por cierto, ¿le pareció que las chicas de Can Dunes tenían edad como para reconocerme?

—A ver, con aquellas pintas es difícil ponerles años, pero una de ellas parecía bastante granadita.

Siguieron con el trabajo burocrático. Una pesadez, pero las buenas perspectivas y el éxito en la resolución del caso aliviaban el trámite. En algún momento, la subcomisaria asomó la nariz con intención de ponerse alguna medalla.

De hecho, intentó ser ella quien hablara con los medios, pero la fama de García frenó sus propósitos: era a ella a quien querían entrevistar. La inspectora hizo un pacto con las periodistas: declaraciones escuetas y concisas y ninguna referencia a su intervención en casos anteriores; no quería que se nombrara a la asesina del lazo rosa bajo ningún concepto. A cambio, les daba la exclusiva tanto de este caso como de otro, mucho más gordo, en el que estaban trabajando. Las periodistas se frotaron las manos.

La cita con Dora fue a última hora. Le había dicho que saldría del hospital a las ocho y, aprovechando que la doctora Dylan acababa su turno, cenarían juntas y, si a ella no le importaba, acudirían ambas al encuentro. García accedió y le pidió a Murals que la acompañara.

—Lo que nos tiene que contar es lo suficientemente importante

como para que seamos cuatro orejas en vez de dos —expuso como argumento definitivo.

—Si me divorcio será culpa suya —alegó Murals en el momento de aceptar.

Aquellos días, la climatología ofrecía gestos de muy buena voluntad. Tal vez uno de esos veranillos con nombre de santa. El clima tiene disparates que la razón no entiende. Decidieron cenar al aire libre en una terraza de la Barceloneta y eligieron una mesa discreta, en un rincón de la carpa de lona con ventanales que servían de cortavientos. Buenas tapas, buenas bombas, buena cerveza con y sin alcohol; parecía más un encuentro entre amigas que una reunión para dilucidar los puntos más oscuros de un asunto policial. En una especie de acuerdo tácito, se concedieron todo el picoteo para hablar de asuntos banales, elogiar la calidad de las tapas e incluso bromear. Y ya en los cafés, que en el caso de Murals fue, sin disimulo, un carajillo de Baileys (descafeinado, eso sí), abordaron el tema.

—Hablaste de alguien de peso —dijo García—. Por lo que hemos investigado, basándonos en hechos reales que coinciden con tramas o escenas del libro, creemos… —titubeó un instante—. Te sorprenderá, pero creemos que la *consellera* de Acció Social i Entitats puede tener algo que ver con la agresión. Tú, que conoces bien a Iris, puedes aclararnos algunas dudas. ¿Sabes si se conocen, si tienen algún tipo de relación?

Dora movió la cabeza como si algo ya esperado encajara.

—Desde luego que la tienen —dijo en un tono casi amargo—. ¿Te acuerdas de cuando te dije que haría averiguaciones? —García asintió—. Iban en esa línea.

Hubo una pausa expectante, uno de esos silencios que sostienen la curiosidad como hilos de marioneta. Murals no pudo resistirse a pedir otro carajillo y, más tarde, cuando la camarera se lo sirvió, solicitar que dejara la botella y trajera copas con hielo para todas. García la fulminó con la mirada y ella rectificó:

—Solo para tres.

—Ya hablaremos —masculló la jefa.

—Se conocen desde la época universitaria —continuó Dora—.

Tenían una relación muy estrecha. Iris me dijo que eran como hermanas.

¡Bingo! La frase sonaba como un gong. ¡Iris, la hermana de las Arpías!

Un poco chispa, Murals intervino.

—Creemos, además, que la *consellera* tiene una relación amorosa, probablemente con alguien importante, que Iris lo descubrió y que, de alguna manera, en el libro amenaza con destapar el escándalo.

—Tiene mucho sentido —admitió Dora.

García se sentía entre emocionada y ansiosa: parecía que el puzle se iba a completar, que estaban a punto de descubrir la quinta verdad, de cerrar el círculo. Murals, eufórica también, expuso su teoría.

—He estado dándole vueltas y he llegado a una conclusión. Bueno, una conjetura. A ver… —Tomó aire—. El libro nos da pautas. Vimos que en los personajes principales las iniciales de los nombres coincidían en la ficción y en la realidad. Y tenemos a un o una tal EGO. Os recuerdo la frase: «Si su amor hacia EGO sale a la luz no tendrá escapatoria». En algún momento, pensamos que EGO era ella misma; eso es lo que nos despistó. Sin embargo, la narración deja entrever que hay una relación clandestina. Algún pez gordo… en principio descartamos que pudiera ser una ballena —se le escapó una risita— porque la *consellera* es una hetero cis de esas que hasta va haciendo ostentación; pero ya sabéis, nunca se sabe —sonrió con picardía—. Repasé todo el *top ten*: ¿el presidente?, ¿algún ministro o ministra?, ¿alguien de la realeza? Hasta que encontré un nombre cuyas iniciales coinciden. Y os va a dejar pasmadas. No tengo pruebas, desde luego, solo me baso en mi intuición y en mis años de oficio.

—Suéltelo ya, Murals —rogó una inspectora García al borde del desespero.

—Voy, voy. Atentas, ¡eh! Las iniciales E, G, O coinciden con Eugenia González de Olite, la aristócrata esa de derechas que dice barbaridades en el Congreso.

—¿No es la que está promoviendo la abolición del matrimonio entre personas del mismo sexo? —preguntó Marta.

—Y la expulsión de inmigrantes y todas las leyes a favor de los derechos de las personas trans y…

—¿¡De derechas!? —exclamó García—. A su lado la extrema derecha es progresista.

Se generó, entonces, un batiburrillo de comentarios tan estridentes que casi se podían ver como bocadillos de cómic: exclamaciones, onomatopeyas, iconos… entre los que a duras penas se entendía:

—Es absurdo.

—Anda, que si fuera verdad.

—Sería un bombazo.

—Y cómo lo ha sabido Iris.

—Murals, qué imaginación tiene.

Hasta que la voz de Dora detuvo el alboroto.

—¡Señoras, por favor! —Su tono alertó a las mesas más cercanas —. Estáis equivocadas. —Hizo una pausa para concentrar la atención—. EGO es «yo», la que escribe.

Hubo silencio. El silencio del desconcierto, de la evidencia obviada; ese silencio que precede a la hecatombe pero, en esta ocasión, sin un nuevo batiburrillo de comentarios atropellándose unos a otros.

—Iris tuvo una relación amorosa con la *consellera* —confirmó Dora—. Nunca habla de ello, en realidad porque la desprestigia tanto o más que a la otra. He preguntado a antiguas compañeras y ni siquiera han podido confirmarlo, pero tienen la sospecha de que, en efecto, eran amantes. Lo llevaban en secreto, hacían creer que tenían una unión amistosa y casta, rayando lo fraternal, seguramente porque ella empezaba a meterse en política.

—Las ideas políticas de la una y de la otra son antagónicas — dijo Dylan.

—Pero a mí me cuadra. Seguramente, la relación acabó por ese motivo. Los documentos que puso Iris en la caja fuerte han de ser las únicas pruebas de que esa relación existió: fotos, vídeos quizás…

y, tal como es ella, podrían resultar bastante picantes.

—La verdad que cierra el círculo… —exclamó Murals con demasiado Baileys encima—. ¡¡¡Qué fúerrrrte!!!

—¿Y qué hay del libro? —preguntó García—. ¿Crees que se lo envió?

—Estoy convencida de que sí y de que hizo, o al menos quería hacer, algún trato con ella.

—¿Qué tipo de trato?

—Son conjeturas, pero… la *consellera* está intentando poner a gente de confianza en todos los cargos de poder para controlar el movimiento feminista desde las instituciones y así frenar las nuevas tendencias. Iris se mostraba muy crítica con eso. En cierta ocasión, me comentó que tenía intención de frenarlo. Le pregunté cómo pensaba hacerlo y la respuesta que me dio rayaba en lo cinematográfico. Una especie de chantaje: le propondría destituir a la directora de la Asociación de Escritoras, convocar elecciones en el Centre de Dones y evitar el nombramiento de Gisela Cantó (que, por lo visto, estaba cantado). Todo ello a cambio de su silencio. ¿Qué silencio?, le pregunté. Lo único que respondió fue que sabía cómo hacerlo.

—Me parece mucha ingenuidad pensar que la *consellera* iba a acceder a todo eso —comentó García.

—Ahí entra el libro —siguió Dora—. Iris pretendía dar un golpe de efecto en el homenaje a Violeta Selvi con motivo del primer aniversario de su muerte. Será el mes que viene. Como ya os dije, quería presentar ahí su libro, pero, por lo visto, la editorial tenía otros compromisos y no le garantizaba que estuviera a tiempo, así que decidió sacar unos cuantos ejemplares por medio de la impresión digital. He estado indagando y sé que lo envió a una serie de amigas y de mujeres destacadas del movimiento feminista. Iba a ser como un arma cargada a punto de ser disparada. Todas estarán en la sala. Imaginaos si en la presentación suelta que todo lo que narra está basado en hechos reales y empieza a dar nombres y apellidos.

—La que se hubiera liado —soltó Murals sacudiendo la mano.

—Iris es capaz de eso y de mucho más, pero yo en ese momento no le di el valor que tenía. Me preocupaba que hiciera un alegato en contra de la hija de Violeta Selvi, me parecía poco oportuno y, desde luego, muy poco decoroso utilizar ese escenario para ponerla en evidencia. Ya os comenté que Violeta no lo habría aprobado. Le advertí que fuera prudente y empezó la discusión —negó con la cabeza—. Estoy enfadada conmigo misma porque solo me preocupó ese punto y no presté atención a todo lo demás que intentaba comunicarme.

En ese momento, llegó la camarera a retirar platos y tazas, se le notaba una cierta prisa por cerrar y marcharse a su casa. Preguntó si querían algo más y García, sin que Murals pudiera intervenir, confirmó con una mirada a Dora y Marta que todo estaba ok y pidió la cuenta.

—No tienes por qué sentirte culpable —dijo Dylan poniéndole una mano en el hombro—. Yo también me centré en esa trama.

Murals agarró el vaso con restos de Baileys aguado.

—Que Iris tampoco es una santa —exclamó, y apuró el vaso.

—Ha liado el asunto como para volvernos locas a todas —añadió García mirando de reojo a la *mossa*, que siguió con su discurso.

—Escribe bien, la tía, no digo que no, pero todo ese jeroglífico literario que se ha montado… vamos, que se lo publican porque es ella, que lo hago yo y me lo tiran a la cabeza.

Bip… bip… bip… bip… bip… bip… bip…

Se oyen voces al otro lado. Pitidos intermitentes. Sonido de instrumental. He soñado que…

Bip… bip… bip… bip… bip…

No, no ha sido un sueño. Esta oscuridad es auténtica. El ritmo de las alarmas, las voces, susurros que aparecen y se van. Al otro lado hay alguien.

Bip… bip… bip… bip… bip… bip… bip…

En algún momento pensé que había sido una pesadilla. Tus ojos de hielo al golpearme. Recuerdo la sensación de amenaza. No iba a ser una discusión como las habituales. Recuerdo retazos de la conversación. Luego, esta oscuridad, el silencio, el tiempo marcado por un piloto intermitente. Bip… bip… bip…

No era amor. Lo nuestro era el azote de dos cuerpos que se atraen como un imán. Era el deseo en su versión más temeraria. Los juegos salvajes, el placer de vernos en pantalla y volver a excitarnos, la clandestinidad, el riesgo. En algún momento, nuestra unión pudo derivar en algo creativo y rico. ¿Por qué no seguimos ese camino? ¿Por qué elegimos la destrucción?

Bip… bip… bip… bip… bip…

Solo si mandas con amor te seguirán con fidelidad. Qué pronto lo olvidaste. Querías ser alguien. Querías el poder a cualquier precio. Te advertí en su momento. Y elegiste la rivalidad. Aquí tienes el resultado. No me dejaste opción.

Bip… bip… bip…

¿Tanto te cegaba la codicia como para eliminar a la que pudo ser tu hermana? Te propuse un buen trato, solo tenías que retirarte a tiempo, el resto lo habríamos hecho nosotras. Yo, con desahogarme, tenía suficiente, para eso sirve escribir. Pero no podías renunciar. Dominio, hipocresía y ahora sangre.

Bip… bip… bip… bip…

No tienes buen pronóstico. Lo has puesto todo a mi favor. No has cavado mi tumba sino la tuya. Yo solo necesito abrir esa puerta que da al otro lado.

Bip… bip… bip… bip… bip…

Activar la neurona que ordene al nervio que impulse el músculo que mueva el miembro que abre esa puerta Bip… bip… bip… bip… bip… bip… bip… bip… bip…

Ya no fuma, pensó cuando se sentaron en el chiringuito y no pidió un cenicero ni hurgó en el bolso buscando el paquete de tabaco como una posesa. ¡Era verdad! Cuando fueron a El Árbol, estuvieron dentro y ella no sacó un cigarrillo nada más salir a la calle, con esa desesperación propia del personal sanitario.

—¿Lo has dejado? —le preguntó.

—Al menos lo intento.

—¿Por la contaminación del planeta?

—No, porque me canso al subir las escaleras.

—¡Ah!

Estaban en la playa de la Nova Icaria, uno de sus lugares de encuentro favoritos. Domingo por la mañana. No necesitó excusa para llamarla, y tampoco la habría tenido, el asunto estaba en *stand by*. Había que esperar y poco más. Entonces, ¿se armó de valor y…? Ni siquiera. Le apetecía verla y la llamó sin más. Sin ansiedades, sin nervios, sin estridencias. Mejor dicho, aunque prefería métodos más clásicos, le escribió un wasap con toda naturalidad y, en un pimpam, ahí estaban las dos paseando junto al mar. Todavía se mantenía el veranillo sacrosanto.

Apenas hablaron de Iris, aunque era obligado tocar el tema.

—Puede que tarde meses en despertar —dijo Dylan con cierto desánimo— o puede que no despierte nunca. Puede que al hacerlo no recuerde nada, puede que aparezcan secuelas… Pueden pasar mil cosas, incluso que tenga la fuerza suficiente para enfrentarse a lo ocurrido.

—Hay que confiar —respondió una Emma García mucho más optimista; se sentía estimulada por el entorno, aquel mar tan calmado, la temperatura ideal, Marta a su lado… ¡Uf, cuánta

transpiración!—. Ella es la única que puede desenmascarar a esa bruja.

—Sí. Y si no despierta… —lanzó un leve suspiro de desconsuelo —. Tanto esfuerzo y tanta energía para nada.

A Emma le enternecía verla así, tan vulnerable, tan exuberantemente humana. Sentía deseos de abrazarla, de llevar su rubia cabeza hasta el hueco de su hombro y acariciarla como a una gata indefensa. En lugar de eso (aún no se atrevía a tanto), reunió fuerzas para animarla.

—Hay que confiar, Marta, tenemos que confiar —repitió—. Mientras hay vida… dice el refrán. Y ya te aseguro yo que si Iris despierta… Qué digo, si: cuando Iris despierte, trinco a esa arpía como que me llamo García. ¡Mira, hasta me ha salido un pareado!

Rieron ambas. Y eso fue todo.

Tomaron un aperitivo potente: bravas, hummus, *chips* de verduras. Les servía de comida; al menos a Marta, que estaba acostumbrada a la frugalidad en los ágapes. García no habría tenido remilgos para zamparse también un solomillo, pero poco a poco iba entrando en el equilibrio dietético y veía que le sentaba bien. En algún momento, saltó una conversación que, de haber podido, Emma habría evitado. No recuerda muy bien a santo de qué salió el tema. Marta le preguntó por qué había estado tanto tiempo fuera de la policía.

—Bueno, solo unos añitos, tampoco fue tanto. Tuvimos un caso importante y no fui capaz de resolverlo. Me acusaron de haber dejado escapar a la asesina.

—¿Y era cierto?

—Depende… Digamos que omití una información que habría podido interesar a la Interpol.

A Marta también le enternecía ver excesos de humanidad en aquella antiheroína honrada y algo patosa.

—¿Por qué lo hiciste?

—Me parecía justo.

¿Le interesaba el tema o quería saber más de Emma, de sus sentimientos, de sus razones?

—¿Qué fue de ella?

—Digamos que se retiró a una isla.

—¿Y tú fuiste a buscarla?

—Tenía que llevarle algo.

El pimpón de preguntas y respuestas se detuvo ahí. Para disipar el abismo del silencio, Emma untó una *chip* de berenjena en el hummus pensando que la combinación tenía su exotismo y recordando las berenjenas a la parmesana que aquel verano había degustado en la isla en un banco de madera, a la sombra de un techado de cañas, con el mar al lado, el agua transparente, color esmeralda de día, plata de noche bajo una luna brillante incluso en los cuartos; los tajos de sandía a media tarde bajo los pinos, los baños, los cuerpos.

—Fue un bonito verano y un amor imposible —remató al fin saliendo de su ensoñación.

—Podías haberte quedado en la isla —dijo Marta viendo ya que el tema no iba a dar para mucho más.

—Podía —admitió García—, pero mi vida está aquí, tenía que afrontar lo que llegara. Y, además, soy una negada para los idiomas.

A Marta se le escapó la risa.

Tras el aperitivo, volvieron al paseo. Emma también tenía ganas de saber algo más de ella. A fin de cuentas, ¿qué conocía de su vida aparte de que era médica y sobrevivía a trompicones entre horarios descontrolados?

—¿Y tú qué? —le preguntó a bocajarro.

—Yo ¿qué de qué?

—No sé… que si te has enamorado, si… —¿me atrevo? ¿se lo suelto?—, si estás con alguien.

Marta se encogió de hombros.

—Mi trabajo no deja tiempo ni energía para romances.

La respuesta no le disgustó, le daba un cierto margen. Tendente como era a la fabulación, le dio por pensar cómo sería tener de novia a una médica de urgencias. Siendo ella poli, coincidir en lo doméstico iba a representar un auténtico carrusel, pero vete a saber si hasta sería bueno para la relación. Dicen que es mejor echar de

menos que echar de más.

—¿Y tú? —preguntó Marta.

—Yo ¿qué?

—Que si estás con alguien.

—¡Ah! Bffff, bueno, no, ahora no. Yo… —Se detuvo para mirarla a los ojos—. Yo es que soy muy torpe. Lo chafo todo y no doy mucho margen para que se fijen en mí. Además, siendo poli… es algo que siempre impone, ¿sabes?

Marta la miraba con aquella mirada verde que a García le hacía ver estrellitas de colores por todas partes. El cielo azul otoñal, otra vez el mar al fondo (que parece que se lo pongan adrede en cada escena de amor para completar el cuadro), patinadoras zumbando a toda velocidad por el paseo y un grupo de gaviotas graznando sobre sus cabezas.

Un escenario de comedia romántica al que no le faltaba ni un solo ingrediente.

—Pues a mí me gustas con todas tus torpezas.

La frase aumentó las estrellitas de colores y añadió música de violines. García no sabía dónde meterse. Quería decirle que a ella también le gustaba aunque no le veía ninguna torpeza digna de resaltar, que estaba enamorada de ella, que desde que había aparecido en su vida algo había cambiado, que… pero no había manera, las palabras no le salían. Y cuando por fin se decidió a hablar, a decirle estoy loca por ti, entró una llamada al móvil de Marta. El sonido habitual y anodino de timbre telefónico fue una especie de salvada por la campana o todo lo contrario, pero en cualquier caso la ayudó a respirar.

En parte por el azoramiento, en parte por obligación profesional, Dylan no podía dejar de responder. Se disculpó y echo la mano al bolsillo de la chaqueta donde reposaba el celular. No dijo de quién era la llamada. García solo escuchó tres expresiones separadas por intervalos irregulares.

—¿Sí?… ¿Cuándo?… Vale, voy para allá.

Al colgar, tenía una expresión incierta. Guardó el teléfono y miró a Emma con una mezcla de arrobamiento, emoción y

embeleso que le invitó a pensar: va a decirme que me ama. Además, hizo un gesto como que parecía que iba a lanzarse hacia ella y Emma se abrió de brazos convencida de que ¡va a abrazarme, va a abrazarme! Fueron solo unos segundos, pero se dilataron como la goma de mascar. Y, en efecto, Marta la agarró por el antebrazo y la estrechó hacia ella con fuerza. No era exactamente un abrazo, pero se le parecía mucho o, como dicen en su pueblo, le faltaba el canto de un duro.

—Vamos —dijo—. Ha despertado y está consciente.

ISABEL FRANC (Barcelona, 1955)? Se define como narradora, articulista, «clownferenciante» y profesora en l'Escola d'Escriptura, en definitiva, una «cómica de la pluma». En la actualidad es también colaboradora habitual de La Independent, Agencia de Noticias con Visión de Género.

Literariamente se dio a conocer con *Entre todas las mujeres*, obra que fue finalista en 1992 del premio La Sonrisa Vertical. Después llegaría la celebrada trilogía que firmó bajo el seudónimo de Lola Van Guardia, editada por Egales, que incluye los títulos *Con pedigree* (1997), *Plumas de doble filo* (1999) y *La mansión de las tríbadas* (2002), todos traducidos a varios idiomas. Se ha adentrado igualmente en el terreno de la novela gráfica, junto con la dibujante Susanna Martín, con *Alicia en un mundo real*, una obra sobre el cáncer de mama que recibió el premio Jennifer Quiles en 2011, y en el del ensayo, con la coordinación y edición en 2017 de Las humoristAs. Ensayo poco serio sobre mujeres y humor, donde en tono irónico se hace una profunda reflexión sobre la presencia/ausencia de las mujeres en el terreno del humor.

Todas sus obras se caracterizan por el sentido del humor, la ironía y la parodia en un universo donde las mujeres son las protagonistas. Ahora vuelve con *Dos tazas. El regreso de la inspectora García* (Eagles).

Notas

[1] ¿Estás bien? Iris, ¿te encuentras bien? <<

[2] Meapinos. Domingueras. <<

[3] ¡No estamos para hostias! <<

[4] «p» de «pluriautonómico», no piensen mal las lectoras. <<